UAN
AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN
TRAL DE BIBLIOTE

LA DIVINA

EUCARISTI

1

BX2215
R6
v.1

008949

1080016409

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA DIVINA

EUCARISTIA.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AGUSTIN RODRIGUEZ

LA DIVINA EUCARISTIA

Colección de artículos publicados
en la Sección Eucarística del semanario católico
"La Cruz."

(CON CENSURA ECLESIASTICA.)

TOMO I.

MEXICO

TIP. T. GONZALEZ SUCESORES
BETLEMITAS 2.
1897

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
45526

BX 2215
R6
V. 1

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INDICE.

	Páginas.
La Eucaristía, resumen de las obras de Dios	3
Enseñanzas de la Iglesia	7
Nombres de la Eucaristía	13
Figuras de la Eucaristía	19
Ofrenda de Melquisedec, figura de la Eucaristía	20
Panes fermentados, figura de la Eucaristía	22
Panes de proposición, figura de la Eucaristía	23
Conversión del agua en vino, en las bodas de Caná, figura de la Eucaristía	24
Multiplicación de los cinco panes, figura de la Eucaristía	25
Sacrificio de Abraham, figura de la Eucaristía	27
La sangre de las víctimas con que Moisés roció al pueblo, figura de la Eucaristía	31
Sacrificio perpetuo en la antigua ley, figura de la Eucaristía	34
El árbol de la vida, figura de la Eucaristía	38
El Maná, figura de la Eucaristía	43
El pan subciniricio, figura de la Eucaristía	50
El Cordero pascual, figura de la Eucaristía	53

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
003949

Páginas.

Errores sobre la Eucaristía.—Los judíos de Cafarnaun fueron los primeros que impugnaron la verdad de la Eucaristía 61
Simonianos.—Menandrianos y Maniqueos, en los seis primeros siglos de la Era cristiana 63
Iconómacos ó Iconoclastas, siglo VIII 64
Juan Scoto Erigena, siglo IX 65
Berenger, siglo XI 66
Petrobrusianos.—Apostólicos.—Albigenses y Flagelantes, siglo XIV 70
Juan Wiclef, siglo XIV 70
Carlostadio.—Zwinglio.—Ecolampadio 73
Juan Calvino, siglo XVI 78
Los Sacramentarios y otros herejes 82
Juan de París 85
Profecías de la Eucaristía 90
Profecía de Isaías.—Magnificencias de la comunión 94
Profecía de David.—Frutos de la comunión 100
Profecía de Zacarías.—Frutos extraordinarios de la Eucaristía 108
Profecía de Isaías.—Carácter gratuito del don eucarístico 117
Profecía de Salomón.—Universalidad del don eucarístico 124
Historia de la institución de la Eucaristía 134
Preliminares de la Institución.—Jueves Santo 141
Preparativos de la Pascua 148
La Pascua legal 156
La traición 165
Jesús lava los piés de sus discípulos 172

Páginas.

La Santa Cena 180
Presencia real.—Sacrificio.—Comunión 186
Comunión de Jesús y de los Apóstoles 192
Comunión de Judas 197
Comunión de María 204
El Misterio Eucarístico.—Exposición del Misterio. 211
Pruebas de la verdad del Misterio eucarístico.—Negación de la Divinidad de Jesucristo 218
Negación positivista 224
Positivismo 228
Littré 234
Stuart Mill 240
Herbert Spencer 245
El positivismo ante la ciencia.—Hipótesis gratuitas 251
Contradicción científica 257
Contradicción científica. (Continuación) 264
Contradicción científica. ,, ... 268
Contradicción científica. ,, ... 273
Falsedad absoluta en sus afirmaciones radicales.... 279
El sistema de Spencer ante la verdad 286

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

La Divina Eucaristía es la maravilla de las maravillas, la obra de las obras, el resumen, la consumación, el coronamiento de todas las obras de Dios: el más grande, el más rico, el más suave de los sacramentos. [1]

En ella, como en un abismo, están acumuladas las riquezas inexcrutables de Cristo: [2]

A ella, como á un océano infinito, afluyen la bondad, la sabiduría, la omnipotencia, la misericordia y la munificencia divinas.

Centro de todas las grandezas, de todos los destinos. de todos los deberes y de todas las fuerzas del cristiano, la Eucaristía es, por excelencia, el

1 Doublet.
2 San Pablo ad. Heb. XI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

La Divina Eucaristía es la maravilla de las maravillas, la obra de las obras, el resumen, la consumación, el coronamiento de todas las obras de Dios: el más grande, el más rico, el más suave de los sacramentos. [1]

En ella, como en un abismo, están acumuladas las riquezas inexcrutables de Cristo: [2]

A ella, como á un océano infinito, afluyen la bondad, la sabiduría, la omnipotencia, la misericordia y la munificencia divinas.

Centro de todas las grandezas, de todos los destinos. de todos los deberes y de todas las fuerzas del cristiano, la Eucaristía es, por excelencia, el

1 Doublet.
2 San Pablo ad. Heb. XI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ejercicio de su fe, el apoyo de su esperanza, el fuego que enciende en su alma el incendio del amor, el incomprensible abatimiento que confunde su orgullo, el recuerdo de las agonías divinas que lo despierta de su languidez y fortifica su paciencia, la prenda de la más inenarrable ternura que excita su piedad y conserva siempre vivas las llamas de su devoción.

Sin ella sería la Iglesia un firmamento sin sol, una tierra sin vida, una soledad triste y helada.

Sin ella, que perpetúa el viviente recuerdo de la Encarnación del Verbo de Dios, se borraría de las inteligencias y de los corazones ese dulce y asombroso misterio, y las relaciones entre el cielo y la tierra, tan solemnemente inauguradas, anudadas tan poderosamente por la inmolación del Calvario, aflojándose poco á poco, bien pronto serían impotentes para retener á la humanidad en su nueva é irremediable pérdida.

Es el tabernáculo, para la sociedad entera, un foco de luz de donde parten esas secretas influencias, esas fuerzas misteriosas, ese soplo, esa respiración, esa sangre de la caridad, que sólo mantienen en ella esa vida de que goza sin reconocer su fuente.

Por más que el mundo lo desconozca ó lo niegue, de la Eucaristía le nacen esas vírgenes que se inmolan á sus dolores y á las más apremiantes necesidades del entendimiento y del corazón, marchitando, antes de tiempo, una vida que el nacimiento ó la fortuna hacían tan brillante, ó que crucificadas en cada uno de sus sentidos, detienen con sus plegarias los golpes de la justicia divina y hacen que desborden del corazon de su Amado olas de redención y misericordia sobre ese mundo que las persigue y las odia.

Por más que el mundo lo desconozca ó lo niegue, de ella salen esos apóstoles, esos consoladores, esos ángeles que por millares, bajo todos los nombres y bajo todos los sayales, hacen por todas partes y á través de todos los siglos, la misma obra: consolar, bendecir, santificar á una sociedad que los pisotea, los desprecia y los maldice.

Por más que el mundo lo desconozca ó lo niegue, á ella le debe esa suavidad de costumbres que el paganismo de las suyas no logra debilitar, ese sentimiento de justicia que sus leyes ateas no han podido vencer, esa atmósfera impregnada de cristianismo que sus perversas teorías no han llegado á envenenar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ©
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El hombre y el mundo están impregnados de sus celestiales influencias, porque ella comunica á todos la virtud de la Redención, ese misterioso abismo en que reside la fuente misma de todas las gracias, prolongación y multiplicación de la presencia de Dios hecho hombre en este valle del destierro y del llanto, glorificación terrestre de la naturaleza y de la humanidad, perfeccionamiento de la vida sobrenatural, prenda segura de vida celeste, profundo símbolo de la unidad de la Iglesia; memorial en fin, según el canto de David, de todas las maravillas de un Dios bueno y misericordioso.

Tal es la Eucaristía, apenas bosquejada con lengua mortal que no puede traducir las grandezas del amor divino.

II

ENSEÑANZAS DE LA IGLESIA.

La Iglesia, con la precisión de sus fórmulas y la pureza de su doctrina, así consagra sus principios sobre este augusto misterio.

I

En el santísimo sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre, juntamente con el alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por consecuencia, todo Cristo; sin que sea lícito afirmar que solamente está en él como en señal ó en figura ó virtualmente.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

En el sacrosanto sacramento de la Eucaristía no queda sustancia de pan y de vino juntamente con el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo; sino que por virtud de las palabras que pronuncia el sacerdote se realiza aquella admirable y singular conversión, de toda la sustancia de pan en el cuerpo, y de toda la sustancia del vino en la sangre, permaneciendo solamente las especies de pan y vino; conversión que la Iglesia Católica con suma propiedad llama *transubstanciación*.

III

En el venerable sacramento de la Eucaristía, se contiene todo Cristo en cada una de las especies, y, divididas éstas, en cada una de las partículas de cualquiera de las dos especies.

IV

No es lícito afirmar que, hecha la consagración, no está el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Je-

sucristo en el admirable sacramento de la Eucaristía, sino sólo en el uso, mientras que se recibe, pero no antes ni después: tampoco es lícito afirmar que no permanece el verdadero Cuerpo del Señor en las hostias ó partículas consagradas que se reservan ó quedan después de la comunión.

V

No es lícito afirmar que el principal fruto de la santísima Eucaristía es el perdón de los pecados, ó que no provienen de ella otros efectos.

VI

No es lícito afirmar que en el santo sacramento de la Eucaristía no se debe adorar á Cristo, Hijo Unigénito de Dios, con el culto de *latría*, ni aun con el externo.

VII

Queda fuera de la comunión de la Iglesia el que afirme que no es lícito reservar la sagrada Eucaristía en el sagrario, sino que inmediatamente después de la consagración se ha de dis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tribuir de necesidad á los que están presentes; ó el que diga que no es lícito llevarla honoríficamente á los enfermos.

VIII

En la Eucaristía no sólo se recibe á Cristo espiritualmente, sino también sacramental y realmente.

IX

Queda fuera de la comunión de los fieles el que negare la obligación en que están los fieles de ambos sexos de comulgar, cuando hayan llegado al completo uso de la razón, todos los años á lo menos en Pascua florida, según el precepto de la Iglesia.

X

Queda también fuera de la comunión de los fieles el que dijere no ser lícito al sacerdote que celebra darse á sí mismo la comunión.

XI

La fe sola no es preparación suficiente para recibir el sacramento de la Santísima Eucaristía.

Y para que no se reciba indignamente tan grande sacramento, y por consecuencia cause muerte y condenación, establece y declara el Concilio de Trento, que los que se sientan gravados con conciencia de pecado mortal, por contritos que se crean, deben para recibirlo, anticipar necesariamente la confesión sacramental, habiendo confesor.

Tal es la doctrina infalible de la Iglesia Católica sobre el augusto y admirable sacramento de la divina Eucaristía; tales son sus enseñanzas que sus hijos debemos recoger con fe completa y veneración profunda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

NOMBRES DE LA EUCARISTIA.

La Divina Eucaristía puede considerarse con relación al tiempo pasado, al presente y al porvenir.

Bajo el primer aspecto, puede decirse que la Eucaristía está envuelta en un velo de muerte.

En la noche en que iba á ser entregado, cuando el consejo de los judíos adopta las últimas disposiciones para perderlo, cuando los verdugos están dispuestos á sacrificarlo, en medio de tales aprestos de muerte, es cuando Jesús "toma el pan" [1] é instituye este sacramento, la prenda más dulce del amor á sus hijos.

[1] I. Cor. XI, 24.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Y después les decía á sus Apóstoles: "Haced esto en memoria mía."

"Cada vez, agrega San Pablo, que comáis de este pan y bebáis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga."[1]

Ante esta palabra omnipotente de Jesús todas las edades están llenas del recuerdo de su muerte; esa memoria tenía que llenar y ha llenado toda la tierra.

Así es que, vista la Eucaristía en el tiempo pasado, es la memoria de los indecibles dolores de una víctima infinita, es el recuerdo de una inmolación que se reproduce, aunque incruenta, día por día, en los altares de la Iglesia Católica.

Bajo este aspecto la Eucaristía se llama Sacrificio.

Puede también contemplarse con respecto al tiempo presente.

Ella entonces sirve para establecer la unión de los fieles con Cristo y de los fieles entre sí.

"Todos los que participamos del mismo pan, dice San Pablo, bien que muchos venimos á ser un solo pan, un solo cuerpo. "Cuya cabeza es Cristo," agrega el anotador del texto sagrado.

1 I. Cor. 11, 25.

Así considerado este sacramento, se le llama *Comunión* y también *Synaxis*, palabra del griego que significa *Unión*, *Congregación*.

Respecto del tiempo futuro, la Eucaristía es un anuncio del goce de los elegidos en la patria, es una prenda de la gloria que Dios reserva á los que andan sin mancha, en sus caminos.

Contemplada desde este punto de vista, se le llama *Viático*, porque nos abre la vía, nos traza el camino para llegar á las delicias del cielo.

Se le llama también *Eucaristía*, que significa *buena gracia*, ya porque la *gracia de Dios es la vida eterna*, ya porque contiene á Cristo que es la fuente de la gracia.

Algunos dicen que *Eucaristía* significa *Acción de gracias*.

Aun en esta significación, conviene ese nombre al Santísimo Sacramento, porque Cristo, al instituirlo, dió gracias á su Padre, *gratias agens*, y se ofrece en nuestros altares también como acción de gracias.

Por eso el sacerdote, después de consumir la Hostia consagrada, asombrado y agradecido, dice: "¿Con qué daré gracias al Señor por todo lo que ha hecho conmigo?"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Eucaristía tiene otros nombres.

Por razón de la materia, por razón de sus efectos y por razón de lo que en ella se contiene.

La materia de este Sacramento es el pan y el vino; de esta materia usó Cristo al instituirlo: *accepit panem: accipiens calicem*, y por cáliz, según la frase común de la Escritura, se entiende el vino.

Se llama, entonces, por este motivo *Pan de vida*, *Pan que baja del cielo*, *Pan de los ángeles*, *Pan cotidiano que sustenta*, que es lo que significa, según San Jerónimo, la palabra *Panis supersubstantialis*, *Fracción del pan*, *Cáliz de bendición*.

La Eucaristía produce entre otros efectos admirables, una íntima unión con Dios: "El que come mi carne y bebe mi sangre, decía Jesucristo,[1] permanece en mí y yo en él;" aumento de gracia santificante: "Mi carne, decía el mismo Salvador, es verdaderamente manjar, y da derecho á la gloria. El que come de este pan, decía también el Redentor de los hombres, tendrá la vida eterna."

Por razón de estos efectos se le llama *Sacramento de Gracia*, *Gracia saludable*.

1 Billart, tom. 9, pág. 114.

En este sacramento se contiene verdadera, real y sustancialmente el cuerpo de Cristo. "Esto es mi cuerpo," decía á sus discípulos, presentándoles el pan en la víspera de su pasión.

Por esto, por razón de lo que en el sacramento se contiene, se le llama *Cuerpo de Cristo*, *Cuerpo del Señor*.

Se llama también *Mesa del Señor*, *Convite sagrado*, porque fué instituido á manera de convite espiritual para el alma.

Llámasele igualmente *Cena del Señor*, porque se hizo su institución en la última cena.

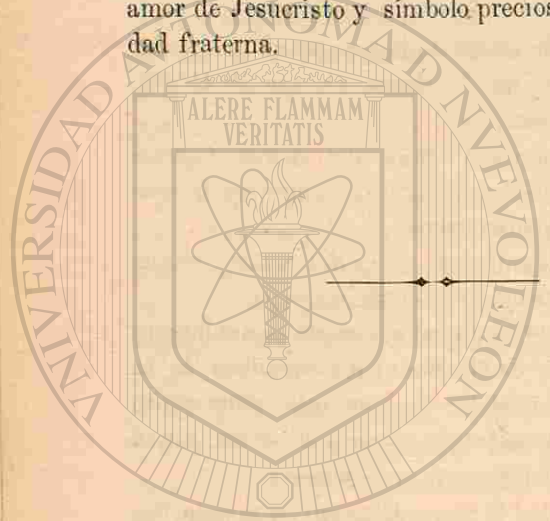
Quieren algunos que sobriamente se use de este nombre, porque de él abusan los enemigos de la Iglesia para persuadir de que este sacramento consiste en la costumbre ó acto de cenar, y que no se requiere el ayuno para recibirlo.

No falta quien le llame *Eulogia*, que significa bendición, porque el sacerdote, antes de consagrar, bendice las especies.

Este nombre se aplicaba con especialidad en los primeros tiempos de la Iglesia, al pan bendito que se distribuía, en lugar del pan eucarístico, á los que por causa legítima é inculpable se abstenían de la comunión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por último, se le llama también *Agape*, de una palabra griega que significa *amor*, *caridad*, y la Eucaristía es un testimonio palpitante del amor de Jesucristo y símbolo precioso de la caridad fraterna.



IV

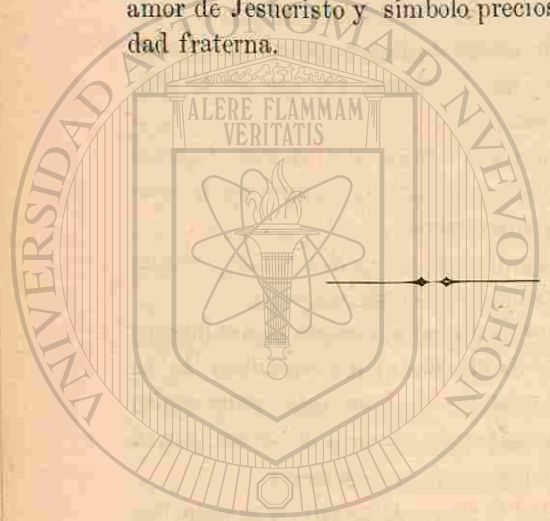
FIGURAS DE LA EUCARISTIA.

En la Divina Eucaristía pueden considerarse: primero, solamente la materia y las especies, es decir, el pan y el vino; segundo, solamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo que es lo que se contiene en aquellas especies después que han sido consagradas; tercero, solamente la gracia, comunicada á manera de alimento espiritual, que es lo que se significa en este Sacramento por las señales exteriores ó signos sensibles del pan y del vino; cuarto, juntas todas las propiedades de Sacramento tan admirable.

Bajo estos cuatro puntos de vista ha sido anunciada la Eucaristía, ya en la antigua, ya en la

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por último, se le llama también *Agape*, de una palabra griega que significa *amor*, *caridad*, y la Eucaristía es un testimonio palpitante del amor de Jesucristo y símbolo precioso de la caridad fraterna.



IV

FIGURAS DE LA EUCARISTIA.

En la Divina Eucaristía pueden considerarse: primero, solamente la materia y las especies, es decir, el pan y el vino; segundo, solamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo que es lo que se contiene en aquellas especies después que han sido consagradas; tercero, solamente la gracia, comunicada á manera de alimento espiritual, que es lo que se significa en este Sacramento por las señales exteriores ó signos sensibles del pan y del vino; cuarto, juntas todas las propiedades de Sacramento tan admirable.

Bajo estos cuatro puntos de vista ha sido anunciada la Eucaristía, ya en la antigua, ya en la

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nueva ley, revelándose en distintas y admirables figuras.

Así es que, estos signos, en sentir de Santo Tomás, se reducen á cuatro clases, expresando los de cada clase una de las cuatro formas en que puede considerarse el Sacramento augusto que fortalece y alumbra nuestras almas.

SIGNOS DE LA PRIMERA CLASE.

Cuando Abraham volvía victorioso, después de haber derrotado al rey de los elamitas y á sus aliados, *Melquisedec, rey de Salem, ofreciendo pan y vino, porque él era sacerdote del Dios excelso, le bendijo, diciendo: Bendito Abraham del Dios excelso que posee cielos y tierra.*

Estas palabras, versión gramatical del texto hebreo, hecha según lo exige el rigor de la propiedad de las voces y el sistema luminoso de la acentuación tradicional entre los judíos, tan recomendado por los más célebres gramáticos, así católicos como protestantes y rabinos, presentan la figura más expresiva del augusto sacrificio del altar, instituido por nuestro Divino Redentor en

la noche de la cena, bajo las especies del pan y vino.[1]

La figura es clara.

La ofrenda de este pontífice es pan y vino, materias puras y sin sangre, en las cuales Jesucristo debía ocultar la carne y la sangre de su nuevo sacrificio.

Abraham participa de esa ofrenda antes de haberse sometido á la ceremonia legal de la circuncisión: era, entonces, ese sacrificio de pueblos incircuncisos é imagen del que instituyera el Redentor de la humanidad, cuya excelencia es más grande que la de los sacrificios de la circuncisión, porque fué preparado para todos y no sólo para el pueblo judío que era el único que en la ley antigua ofrecía holocaustos aceptos al Señor.

Melquisedec lo ofrece como sacerdote del Altísimo y lo distribuye después á los asistentes para repararlos de las fatigas de sus combates: Jesucristo ofrece igualmente el suyo y lo distribuye á los fieles para repararlos y fortalecerlos en los combates de la vida.

Lleguemos con la fe de Abraham á este nuevo sacrificio, que Abraham vió en espíritu, en esa

1 Nota de Amat al ver. 18. cap. XIV Gen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hermosa figura que lo anunciaba en la antigua ley y con el cual se sintió lleno de regocijo, como se regocijó de ver al Salvador que había de nacer de su raza.[1]

"Habló el Señor á Moisés, enseñan las Santas Escrituras, diciendo: Habla á los hijos de Israel y díles: Cuando hubiéreis entrado en la tierra que os daré y segado las mieses, ofreceréis al sacerdote manojos de vuestras espigas, primicias de vuestra siega."

"Contaréis desde el día segundo de la fiesta en que ofrecísteis el manojo de las primicias, agregan las Santas Escrituras, siete semanas enteras, hasta el otro día de cumplida la séptima semana, que vienen á ser cincuenta días; y entonces ofreceréis *en nuevo sacrificio al Señor* en todas partes en que habitáreis, dos panes de primicias, hechos de dos décimos de flor de harina con levadura."

En estos dos panes fermentados que el pueblo judío ofrecía al Señor, para reconocer su dominio supremo, ven los intérpretes la segunda imagen ó figura de la divina Eucaristía, considerando en ella las especies solamente.

1 Rohrbacher: Hist. de la Igles., tomo I, pág. 123.—Bossuet. Elev.

Los panes de proposición, colocados sobre una mesa, en el templo de Jerusalén, eran perpetuo testimonio de la dependencia de los judíos, con respecto á Dios, y de que reconocían un imperio absoluto sobre sus vidas, representadas por el pan, condición esencial de ellas; la Eucaristía es igualmente perenne testimonio de nuestra dependencia absoluta respecto de Dios: los doce panes de proposición se ofrecían diariamente en nombre de las doce tribus de Israel; el Cuerpo de Nuestro Señor se ofrece diariamente en nombre de todos los cristianos: los panes de proposición, en la antigua ley, sólo á los sacerdotes tocaba confeccionarlos; las especies de pan y vino, en la nueva, sólo pueden consagrarse por los sacerdotes: encima de aquellos había un vaso de oro lleno de esquisitos perfumes; el objeto de la comunión es hacer del alma un vaso de oro por la caridad, lleno del perfume de la oración y de la alabanza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La figura no puede ser ni más bella ni más expresiva.

——

En la nueva ley, las figuras son prodigios, que anuncian los más asombrosos portentos que ha de realizar Jesucristo en la víspera de su pasión.

Llega Jesús á Caná y es invitado á una fiesta nupcial, con sus discípulos.

María, su amorosa Madre, le dijo: "No tienen vino."

María, no obstante la dulce repulsa que le había hecho Jesús, dijo á los criados: "Haced lo que él os diga."

Jesús, entonces, mandó que llenaran de agua seis urnas de piedra que servían para las abluciones: las llenaron hasta el borde.

Dijo después Jesús: "Tomad de esa agua y llevadla al jefe del festín;" la llevaron.... El agua estaba convertida en exquisito vino.

Este prodigio que llenó de admiración á los moradores y convidados de la casa de Caná, anunciaba otra maravilla más asombrosa.

El que había convertido la agua en vino, convertiría dentro de poco el vino en su sangre preciosa.

El que había hecho gustar vino delicioso á los convidados á un banquete nupcial, haría gustar á todos los invitados al banquete del cielo, un vino que engendra vírgenes, como es la sangre del Cordero sin mancha.

Lo posible y lo fácil que es para Dios convertir una sustancia en otra distinta, quedaban proclamados sin sombra.

Era la preparación de las almas, para que no abrigaran dudas de la conversión que había de realizar á poco tiempo, la víspera de su muerte, convirtiendo el pan en su cuerpo adorable.

La figura es un portento.

Continúan los prodigios.

Poco después de la muerte de Juan Bautista, el Salvador se dirigió á Cafarnaun; cruzó el mar de Tiberiades, acompañado de sus discípulos, y entró en un vasto desierto; pero los pueblos, que seguían todos sus pasos, hallaron medio de unirse con él para escuchar su doctrina y conseguir la curación de sus dolores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entonces fué cuando para recompensar su fidelidad, atendiendo á sus necesidades, multiplicó milagrosamente cinco panes y dos peces, con los cuales sació á cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

Esta prodigiosa multiplicación era el preludio de otra más portentosa: la multiplicación del pan eucarístico.

Si Jesucristo había convertido una sustancia en otra, si había multiplicado prodigiosamente cinco panes, para saciar á cinco mil hombres que hambrientos le seguían, no podía dudarse después, que le era fácil convertir el pan en su cuerpo, y para saciar á los hambrientos de luz y de amor, multiplicar ese pan misterioso y alimentar con él á todas las generaciones que buscan ansiosas la vida eterna.

Aquella misma tarde del día en que multiplicó los panes, estando de regreso en Cafarnaun, anunció al pueblo que le daría un pan mejor que aquel con que lo había saciado, un pan más celeste que el maná con que sus padres se habían alimentado en el desierto.

"Yo, les dijo, soy el pan vivo que descendió del cielo: este pan que os daré, cuando llegue la hora,

es mi carne que será inmolada para la salvación del mundo." [1]

En concepto, pues, de Jesucristo mismo, la multiplicación de los panes fué preludio y figura de la divina Eucaristía.

SIGNOS DE LA SEGUNDA CLASE.

Por razón de las especies consagradas ó sea el cuerpo y sangre de Cristo, fueron figura de la Eucaristía todos los sacrificios antiguos.

Entre estos, tres son los que de un modo más singular revelaron sus caracteres y su importancia.

Bendecido por Dios, reverenciado por los hombres, con un hijo en quien debían ser benditas todas las naciones de la tierra, Abraham había llegado al colmo de la prosperidad.

1 Gaume, tomo 3°, pág. 61.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Precisamente en este momento lo sujetó el Señor á una prueba terrible.

—Toma á Isaac—le dijo,—á tu hijo único á quien tanto amas, y ve á la tierra de visión y allí me le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré.

Levantóse pues Abraham antes del alba, aparejó su asno llevando consigo á dos mozos y á Isaac su hijo. Y cortada la leña para el holocausto, encaminóse al lugar que Dios le había mandado.

Al tercer día de camino, alzando los ojos, divisó el lugar á lo lejos y dijo á sus mozos: "Aguardad aquí con el jumento, que yo y mi hijo subiremos allá arriba con presteza, y acabada nuestra adoración volveremos á vosotros."

Tomó también la leña del holocausto y cargóla sobre su hijo Isaac, y él llevaba en las manos el fuego y el cuchillo. Caminando así los dos juntos, dijo Isaac á su padre: "Veo el fuego y la leña, ¿dónde está la víctima del holocausto?"

"Hijo mío, respondió Abraham, Dios sabrá proveerse de víctima para el holocausto."

Llegaron finalmente al lugar que Dios le había mostrado, erigió un altar, acomodó encima la leña y habiendo atado á Isaac su hijo, púsole en

el altar sobre el montón de la leña, extendió la mano y tomó el cuchillo para sacrificarlo.

De repente, el ángel del Señor gritó del cielo: "No extiendas tu mano sobre el muchacho.... me doy por satisfecho de que temes á Dios, pues no has perdonado á tu hijo único por amor de mí."

Alzó Abraham los ojos y vió atrás de sí un carnero enredado por las astas en un zarzal, y habiéndolo cogido, le ofreció en holocausto en vez del hijo.

Abraham llamó á este lugar Moriah, esto es, el Señor ve y provee.

En esta bellísima escena descrita con inimitable lenguaje, porque es el lenguaje del cielo, aparece en figura la divina Eucaristía.

Sobre el monte Moriah fué edificado el templo de Salomón, y una de sus cimas se llama Calvario.

Isaac lleva á ese monte la leña sobre la cual debe ser inmolado; Jesucristo llevará también á la misma montaña el leño en que lo ha de sacrificar la ingratitud de su pueblo.

Isaac es el hijo único de Abraham; Jesucristo es Hijo único de Dios.

Isaac fué colocado vivo sobre la leña del holo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

causto; Jesucristo fué también colocado vivo en el leño de su sacrificio.

Isaac, de treinta años próximamente, pudo con facilidad sustraerse á la muerte, y por lo mismo, si fué colocado sobre la leña del holocausto, fué porque quiso; Jesucristo, igual á su Padre en poder, pudo con facilidad libertarse de la muerte, y en consecuencia, si se ofreció á ella fué porque quiso.

Isaac fué inmolado por su padre, que había puesto en él todo su amor; Jesucristo lo ha sido por su Padre, que tenía en él todas sus complacencias.

La Sinagoga oraba en el nombre y por los méritos de Isaac; la Iglesia ruega en el nombre y por los méritos de Jesucristo.

La sangre de un cordero fué ofrecida en holocausto por Abraham; la sangre de Jesucristo será ofrecida en sacrificio por la redención del hombre.

El sacerdocio de Aarón ofrecerá aquella sangre figurativa sobre el monte Moriah en el templo de Salomón; el sacerdote eterno ofrecerá en la misma montaña la sangre divinamente propiciatoria, su propia sangre en el altar de la Cruz.

La figura no puede ser más expresiva. Abraham entrevió el gran misterio de la Cruz, perpetuado en la divina Eucaristía.

Dios sin duda, para recompensar la heroica obediencia del padre y del hijo, les reveló el sentido misterioso y profético de su sacrificio.

¡Qué inefables sentimientos de gozo y de piedad debieron entonces inundar sus almas! ¡Con qué ardor suspirarían por ver el día de ese otro Isaac, en quien Dios prometió con juramento que serían por siempre benditas todas las naciones de la tierra!

¡Y cuáles no deben ser nuestros sentimientos de fe y de amor, cuando, más felices que Abraham y que Isaac, palpamos el cumplimiento de esas promesas!

¡Con qué inefable devoción debemos asistir al sacrificio adorable en que el hijo de Dios realiza tan hermosa figura!

¡Oh Dios de Abraham y de Isaac, dadnos la fe de Isaac y de Abraham!

Después que Moisés manifestó al pueblo hebreo que Dios le prometía la tierra de Chanán y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abundancia de bienes temporales, si observaba la ley, escribió en un libro todo lo que el Señor le había dicho y leyó ese libro delante del pueblo, el cual dijo: "Haremos todas las cosas que ha ordenado el Señor y seremos obedientes."

Tomando entonces Moisés la sangre de las víctimas que habían inmolado algunos jóvenes de los hijos de Israel en holocausto al Señor, roció con ella al pueblo, diciendo: "Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha contraído con vosotros, mediante todo lo tratado."

Esta sangre con que roció Moisés al pueblo, es, como enseña Santo Tomás, figura de la sangre de Cristo, que había de confirmar el Testamento Nuevo. Por eso en la noche de los grandes misterios y de los grandes dolores de Jesucristo, ofreciendo éste el cáliz á sus discípulos, que con él celebraban la Pascua, les dijo: *Esta es la sangre del Nuevo Testamento*, usando así de las mismas palabras de que se valiera Moisés al publicar el pacto que el Señor hiciera con su pueblo.

El apóstol San Pablo, tan versado en la ley y en los usos de los hebreos, siglos después de que apareció la figura, se encargó de esclarecerla é iluminarla.

"La sangre de la antigua alianza, dice el gran apóstol, esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificación legal de la carne."

"Cuánto más, agrega, la sangre de Cristo, el cual por impulso del Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas de los pecados, para que tributemos un verdadero culto al Dios vivo."

La sangre de la antigua alianza fué, entonces, la figura de la sangre redentora del Calvario.

Todavía San Pablo hace un recuerdo más preciso.

"Por eso, dice, ni aquel primer testamento fué celebrado sin sangre, puesto que Moisés, después que hubo leído todos los mandamientos de la ley á todo el pueblo, tomando de la sangre de los novillos y de los machos de cabrío, mezclada con agua, lana teñida de carmesí y el hisopo, roció el mismo libro de la ley y también á todo el pueblo diciendo: "Esta es la sangre que servirá de sello del testamento que Dios os ha ordenado ó hecho en favor nuestro."

Agua y sangre brotó del herido corazón de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El sacrificio realizado en el Calvario tuvo su imagen en el que hizo Moisés para sellar el testamento antiguo.

Sangre mezclada con agua se esparce todos los días en los altares que la Iglesia católica levanta, á semejanza del que levantó Moisés al publicar el pacto que Dios ajustara con su pueblo.

Y la Iglesia recuerda al hacer ese sacrificio, tomando las palabras de Moisés, que repitió el sacerdote Eterno al celebrar la última cena, que esa sangre que derrama sobre las aras consagradas, *es la sangre del Nuevo y Eterno Testamento* para la remisión de los pecados.

La Divina Eucaristía, el sacrificio del altar, que es nuestra redención y nuestro consuelo, tuvo, en consecuencia, una figura expresiva y luminosa en la sangre que Moisés esparciera sobre el pueblo, para sellar la alianza antigua.

Entre los sacrificios que ofrecía al Señor el pueblo libertado por Moisés de la servidumbre de Egipto, existía uno que se llamaba *sacrificio perpetuo*.

En él se inmolaban cada día sobre el altar de

los holocaustos dos corderos, uno por la mañana, cuando el sol comenzaba á difundir la suave claridad de su luz, y otro por la tarde, cuando las sombras principiaban á extenderse sobre la tierra.

El cordero que se inmolaba no había de tener tacha ni vicio alguno.

El que ofrecía la víctima ponía la mano sobre la cabeza de ésta, á fin de mostrar así que la ofrecía para que en lugar suyo fuese sacrificada y que Dios, por gracia especial, aceptaba la vida de los animales en lugar de la de aquellos que ofrecían el holocausto.

Se esparcía la sangre de la víctima al pie y al derredor del altar, porque la vida del animal, que está en la sangre, era como el precio que Dios recibía en cambio de la vida del hombre que tenía derecho de exigir.

Se quemaba la víctima entera ó en parte para significar, por el humo que subía hacia el cielo, que Dios parecía recibir el sacrificio que le era ofrecido.

La víctima se presentaba por aquel que la ofrecía, y participaba de ella en el sacrificio pacífico.

Este sacrificio perpetuo que se ofrecía diaria-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente en el altar del pueblo de Israel es también una figura de la Divina Eucaristía.

El cordero no debía tener mancha; Jesucristo fué cordero sin mancha, escogido y separado de los pecadores, para ser ofrecido á Dios en sacrificio digno de él, el único elevado á una santidad perfecta, por la unión inefable del Verbo con el hombre en la Encarnación; y por eso San Pedro dice que fuimos rescatados con la sangre preciosa de Cristo como de *un cordero inmaculado* y sin tacha.[1]

El que ofrecía la víctima ponía la mano sobre su cabeza, mostrando así que la ofrecía para que en su lugar fuera inmolada; Jesucristo, que sabía que su Padre le había dado un cuerpo para que fuese la víctima verdadera, lo entregó para que en la cruz se ofreciera en holocausto por la redención del mundo.

La sangre de la víctima se derramaba al pie del altar; la de Jesucristo se derramó al pie de la cruz, reparando así el ultraje hecho á la santidad de Dios por el pecado, preparando al hombre una fuente de gracias que lo santifica y lo une á Dios por toda la eternidad.

1 Epist. I. 19

Se quemaba sobre el altar la víctima; del mismo modo, en la Resurrección gloriosa de Jesucristo, la divinidad, figurada por el fuego que consumía la carne de las víctimas legales, acabó de destruir lo que había, lo que quedaba en su cuerpo de terrestre y de corruptivo, y lo hizo subir hacia su Padre en el día de la Ascensión.

La víctima se presentaba por aquel que la ofrecía, y éste participaba de ella en el sacrificio pacífico; la víctima del Nuevo Testamento se ofrece al Padre por mano de los sacerdotes, en nombre de toda la Iglesia que con ellos se une, y se hace el alimento del pueblo de Dios que come esta carne inmolada y bebe la sangre esparcida sobre el Calvario, como preciosa prenda de reconciliación con el cielo.

Pasó la figura: en los altares de la Iglesia Católica se realiza el sacrificio que hacía el objeto de la confianza de todos los santos y de los profetas de la antigua ley.

"Ya no aceptaré, decía el Señor, de vuestra mano ofrenda ninguna, porque desde el Oriente hasta el Ocaso y en todo lugar, se sacrificará y se ofrecerá al nombre mío, una ofrenda pura.[1]

1 Malaquías, 1, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIGNOS DE LA TERCERA CLASE.

Por razón de la gracia fueron igualmente imagen y figura de la Eucaristía el árbol de la vida plantado en medio del Paraíso, el maná llovido del cielo para alimentar al pueblo en el desierto y el pan subcinerario que sustentó maravillosamente á Elías.

Acabados los cielos y la tierra y hecho el hombre *viviente* y con alma racional, fué llevado por el Señor á un deliciosímo jardín en donde había hecho nacer, de la tierra misma, toda suerte de árboles hermosos á la vista y de frutos suaves al paladar.

Adán estaba allí solo: no se hallaba para él una ayuda ó un compañero que le fuese semejante.

Dios hace caer sobre Adán un sueño profundo; le quita una costilla mientras estaba dormido, y forma con ella á la primera mujer tan dulce y tan hermosa, que al verla Adán exclamó lleno de amor y de admiración: Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne.

Adán y Eva eran, en expresión de San Juan

Crisóstomo, como dos ángeles revestidos de cuerpos.

Adán y Eva eran inocentes y fueron creados para ser inmortales.

Esta inmortalidad no provenía de la naturaleza intrínseca del hombre.

Formado su cuerpo de elementos contrarios, como lo está el nuestro, esa contrariedad, esa pugna de elementos que se excluyen, necesariamente debía producir su natural disolución.

Esa naturaleza íntima del hombre, aun en el estado de inocencia, entrañaba la inevitable necesidad de morir.

Aun en el estado de inocencia, nutrirse era una operación natural y necesaria para el cuerpo viviente.

El cuerpo tenía entonces que estar dotado, como ahora, de cierta fuerza nutritiva que, siendo una fuerza natural, con el ejercicio tenía que debilitarse y hacer que el organismo, por ese mismo ejercicio de las funciones vitales, se hiciese inepto para la nutrición.

La misma propia experiencia pone de manifiesto que la eficacia y el vigor de la fuerza nutritiva se va debilitando poco á poco y que, pasando los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

años, notablemente se disminuye, aun en aquellos que viven bajo la ley de la templanza más severa y usan de los alimentos más sanos.[1]

Y es que el cuerpo del hombre, como todo agente, obrando se gasta.

Contra este defecto Dios ministró al hombre un alimento especial: plantó en el Paraíso el árbol de la vida, cuyos frutos servían, no para restaurar el vigor debilitado, sino para prevenir é impedir ese debilitamiento.

"Adán y Eva, dice San Agustín, se sustentaban comiendo de otros manjares, para que los cuerpos animales no sintiesen molestia alguna con el hambre y la sed, y del árbol de la vida comían para que no les entrase la muerte de ningún modo, ó consumidos por la vejez, corriendo y pasando los espacios del tiempo, al fin muriesen." [2]

El árbol de la vida habría servido para hacer inmortal al hombre en el estado de inocencia.

Esa era la virtud que tenía y comunicaba su fruto.

Hermosa figura de la Divina Eucaristía.

1 Urraburu: Psychologia, núm 146.
2 De civit, Dei XIII—20.

Cristo es el árbol de la vida.

Arbol que, como dice San Juan, produce doce frutos, dando cada mes uno, y cuyas hojas sanan á las gentes.

Cristo se da como alimento á sus escogidos en este valle que es el camino para la patria.

Cristo, ese árbol de la vida, da su fruto cada mes, es decir, continuamente, según Santo Tomás, para alimentar continuamente á los suyos: en el camino del destierro, por la participación de su cuerpo y de su sangre; y en la patria, por la contemplación perpetua de su incomprensible divinidad y de su humanidad adorable.[1]

Las hojas de ese árbol sirven de medicina, decía el profeta Ezequiel, y de manjar sus frutos.

Las hojas son los preceptos de Cristo, dice el Angel de las Escuelas, y si con el auxilio de la gracia se cumplen, las almas quedan justificadas.

El fruto es Cristo mismo, es su cuerpo adorable y su sangre redentora; ese fruto da la inmortalidad.

El lo ha dicho: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día."

1 Santo Tomás: in Apocal. 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Su carne nutre nuestra carne, dice San Justino,[1] y su cuerpo, agrega San Ireneo,[2] hace subsistir nuestro cuerpo."

"Cristo se mezcla, enseña San Cirilo,[3] por medio de su carne á los cuerpos de sus fieles, á fin de que, por la urión á lo que es inmortal, el hombre se haga participante de la incorrupción."

"Como se oculta un carbón, añade el mismo santo en otro lugar,[4] bajo la paja para conservar allí una semilla de fuego, Jesucristo Nuestro Señor oculta en nosotros la vida por su propia carne, y deja en la nuestra como una semilla de inmortalidad,arrojando de ella toda corrupción."

El fruto que produce el árbol de la vida en la Iglesia Católica, repara, conforta, perfecciona, deleita é inmortaliza.

"Yo conozco un jardín, dice el Padre Monsabré,[5] —la Iglesia de Jesucristo— y en este jardín una santa montaña —el altar— en donde el cristiano puede ir á recoger el remedio de la inmortalidad, el contraveneno de la muerte, la semilla de vida, la planta incorruptible que brotó del

1 Aol. ad. Aut. Prim.
2 Lib. 5. Cont, haereses. cap. 2º.
3 Catech. cap. 37.
4 In Juan, cap. 15.
5 Conferen. 71.

seno de una virgen, la carne sagrada del Salvador. Bello es este árbol de la vida.

Sentémonos á su sombra: gustemos de su fruto, siempre antiguo y siempre nuevo, que guarda, para hacernos inmortales, el amante de nuestras almas.

Treinta días después de que los hijos de Israel salieron de Egipto, que había sido para ellos lugar de cautiverio durante muchos años, llegaron al desierto de Sim, agotadas las provisiones que consigo llevaban, consumidas las muy escasas que pudieron encontrar en el camino y sintiendo hambre, como era natural, y hambre que no podía remediarse en aquel árido y pavoroso desierto.

No obstante que habían presenciado los estupendos prodigios que, para redimirlos de su esclavitud, obrara el Señor por ministerio de Moisés, al sentir el hambre apremiadora, murmuraron contra sus libertadores, Moisés y Aarón, é ingratos decían: "Ojalá hubiéramos muerto á manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando estábamos sentados junto á las calderas llenas de carne y comíamos pan, cuanto queríamos."

Dijo entonces el Señor á Moisés: "He oído las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

murmuraciones de los hijos de Israel, díles: "Esta tarde comeréis carne y á la mañana os saciaréis de pan, que lloverá del cielo."

Llegada la tarde, vinieron tantas codornices que cubrieron todo el campamento, y por la mañana se halló esparcido también un rocío al rededor de él; el cual habiendo cubierto la superficie de la tierra, quedó en el desierto sobre el suelo una cosa menuda como machacada en almirez, semejante á la escarcha.

Visto por los hijos de Israel se dijeron unos á otros: *¿Manhú?* que significa: ¿Qué es esto?

"Este es el pan, dijo Moisés, que el Señor os ha dado para comer: recoja de ello cada uno cuanto baste para su sustento."

Así lo hicieron los Israelistas y recogieron, quien más, quien menos; pero ni quien más había recogido, por eso hubo más, ni quien menos recogió tuvo menos, sino que cada cual reunió tasadamente aquella porción que podía comer.

Advirtióles, además, Moisés, que nada reservaran para el día siguiente.

Algunos no le obedecieron, sino que guardaron para otro día, y empezó, lo que guardaron, á hervir en gusanos.

Recogía cada uno de madrugada cuanto le podía bastar para su mantenimiento; y en calentando el sol, se derretía el maná del campo.

¡Maravilla singular! lo que en el campo quedaba se deshacía al suave influjo de un tibio rayo de sol, y lo que llevaban á sus tiendas los hijos de Israel, no sólo resistía á la fuerza del astro del día, sino que lo cocían al fuego y lo preparaban á su gusto.

El día sexto de la semana se hacía provisión de doble medida, á fin de reservar una para el sábado, en que el maná no llovía del cielo, por ser el día consagrado al Señor.

Nuevo prodigio: la porción reservada para el sábado no se alteraba.

La familia de Israel llamó á este manjar: "maná:" era blanco, del tamaño de una simiente del cilantro, [1] y su sabor como torta de flor de harina amasada con miel.

Contenía en sí todo deleite, y acomodándose al gusto de cada uno, se trasmutaba en lo que cada cual quería.

Así es que Dios no había dado á su pueblo un

1 Una planta del tamaño del peregil, con raíces delgadas, hojas redondeadas y semillas globulosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alimento común y grosero, sino suavísimo y delicioso.

Comieron los israelitas de este pan por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron á la tierra poblada en que habían de habitar.

Para conservar el recuerdo de esta maravilla, ordenó Moisés, de parte de Dios, á su hermano Aaron, que llenase un saco de maná y lo colocara ante el Eterno, en el Tabernáculo.

Por un nuevo y especial portento, el maná que se alteraba de un día para otro y que al contacto de los rayos del sol se fundía en el campo, se conserva, sin corrupción, en la urna del Tabernáculo durante muchos siglos.

Hermosísima, espléndida figura del pan con que Jesucristo alimenta á sus hijos en la Iglesia Católica, mientras llegan al cielo, que es su patria.

El maná bajaba del cielo á la madrugada; el pan con que Cristo alimenta á sus hijos, baja por las mañanas del cielo á la tierra, no en un lugar y para un pueblo, sino en todos lugares y para todos los pueblos.

Blanco como la escarcha era el maná; blancas como la nieve son las especies que velan á nues-

tros ojos el cuerpo adorable de nuestro amantísimo Redentor.

A miel sabía el manjar que alimentaba en el desierto á los Israelitas; dulcísimo es el pan de los ángeles que alimenta á los cristianos en los desiertos del mundo.

Encontraron el maná los Israelitas cuando salieron de su cautiverio, dejando las calderas egipcias llenas de carne; hallan manjar más delicioso los hijos de la Cruz, cuando abandonan las delicias del mundo y dejan atrás, sin volver la cara, las seducciones y el halago casi irresistible de los placeres sensuales.

Fué concedido á los judíos el maná, después que atravesaron el Mar Rojo; á los hijos de la Iglesia se les recrea con la carne inmaculada de Jesucristo, después que han pasado por las aguas del bautismo, mar inmenso de misericordia, enrojecido con la sangre redentora del Hijo de Dios.

El maná dió vigor y fuerza á los Hebreos para pelear y vencer á los Amalecitas; el pan eucarístico da vigor y fuerza á los fieles para luchar contra las adversidades de la vida y vencer las tentaciones y los obstáculos que á cada paso se les presentan, para impedirles su entrada á la gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El maná era un pan que no provenía de alguna semilla ni brotaba de una tierra sobre la cual hubiera héchose sentir la impresión del arado, sino que se preparaba por los ángeles; el cuerpo de Cristo nació del inmaculado seno de María, en donde se formó sin intervención humana, mediante la operación divina del Espíritu del Señor.

El maná proporcionaba á los Hebreos toda delicia y encerraba en sí toda clase de sabores, el cuerpo de Cristo es leche para los recién nacidos, suave alimento para los niños, manjar sólido para los hombres perfectos.

El maná era pequeño; Cristo está contenido en hostia, reducido.

El maná era triturado en un almirez; el cuerpo de Cristo fué despedazado en la cruz.

Los Israelistas, recogieran más, recogieran menos, cada cual tenía la sustancia toda, la virtud entera de aquel admirable alimento; los fieles en la Iglesia Católica, sea la especie más grande, sea más pequeña, reciben igualmente á Cristo entero en su humanidad adorable, en su divinidad incomprensible.

El maná se recogía en el desierto en los seis días de cada semana, porque en el séptimo no

aparecía aquel manjar en el campo; en el Sábado de la eternidad cesará el velo del sacramento, sólo se encuentra en la Iglesia en los días de nuestra peregrinación en el mundo.

El maná se fundía calentando el sol; deshechas las especies por el calor, el Sacramento desaparece.

El maná, finalmente, se agusanaba y perdía para los infieles avaros que codiciosos le cogían sin guardar la moderación prevenida por Dios, y el Sacramento es manjar de muerte para los que le reciben sin la preparación debida.

La figura no puede ser más exacta.

Pero como la cosa figurada es más noble que la figura, como el cuerpo es más noble que su sombra y el hombre más que su imagen, el maná Eucarístico excede en grandeza al maná del desierto, que era su imagen.

El maná era un alimento que dejaba á los judíos esclavos de la muerte del cuerpo y del alma.

La carne de Cristo es un pan vivo, principio de vida eterna para las almas, prenda de inmortalidad para los cuerpos, fuente inagotable de paz y de alegría, de fuerza y de aliento para los verdaderos fieles, manjar deliciosísimo para los que saben como se debe comer, que desprecian las ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lagüeñas y engañosas delicias de las carnes y de los frutos de Egipto, que caminan sin perder jamás á Dios de vista, dóciles á su voz, sometidos á las órdenes de su providencia, llenos de reconocimiento por sus dones, sufridos en las más terribles pruebas y en las más crueles adversidades.

Este maná es el que sostiene al pueblo cristiano en los áridos y escabrosos desiertos del mundo, el que abrasa el celo del apóstol, ilumina la inteligencia del doctor, inspira la sed del martirio, santifica el corazón de la virgen.

Este maná es el que mantiene á los hijos de Dios en el desierto de la vida hasta que hayan pasado las fronteras del cielo, hasta que ellos contemplen y posean eternamente y al descubierto lo que ahora contemplan y poseen bajo el velo del Sacramento.

Es bella la figura: la realidad es dulce y arrobadora.

Dadnos Señor, siempre este pan.

Dadnos corazón de hijos para que comamos dignamente y con fruto el pan de los ángeles.

Perseguido Elías por Jezabel y atemorizado en

gran manera, se fué huyendo por donde le llevaba su imaginación.

Al llegar á Bersabee, de Judá, dejó allí á su criado y prosiguió su camino una jornada por el desierto.

Cansado y afligido tendióse en el suelo y se durmió á la sombra de un enebro.

El ángel del Señor le tocó, y le dijo: "Levántate y come."

Miró atrás y vió á su cabecera un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua: comió, pues, y bebió y se volvió á dormir.

Mas el ángel del Señor volvió segunda vez á tocarle y le dijo: "Levántate y come porque te queda que andar un largo camino."

Levantándose Elías, comió y bebió, y confortado con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar á Horeb, monte de Dios.

En este pan cocido al rescoldo, aparece una hermosa figura, una bellísima imagen del pan Eucarístico.

Elías perseguido y fatigado descansa en el desierto á la sombra de un árbol; los hijos de Dios perseguidos por la impiedad, casi agotados mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chas veces por las pasiones que los debilitan, sólo pueden descansar tranquilos en el desierto del mundo á la sombra de la Iglesia Católica, árbol prodigioso que extiende sus ramas sobre toda la tierra para amparar y fortalecer á los que buscan su abrigo.

Un ángel del Señor despertó á Elías dormido á la sombra de un enebro y mostrándole un pan cocido al rescoldo, le dijo: "Levántate y come," el Angel del testamento dijo á sus apóstoles á la sombra del cenáculo, mostrándoles el pan que tenía en sus manos: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo."

Elías comió de aquel pan, y confortado con aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches por el desierto hasta llegar al monte del Señor; los afortunados hijos de la Iglesia comen también un pan que los conforta durante su peregrinación sobre la tierra, que es una cuaresma, porque es un tiempo de ayuno y de penitencia, hasta llegar á la gloria, donde contemplarán como Elías al Señor Dios de Israel en todo el explendor de su belleza, en toda la majestad de su esencia divina.

La figura queda atrás de la realidad.

El pan Eucarístico conforta á los cristianos

para que lleguen, no al monte Horeb, sino al cielo, mansión de inefable paz, de inacabable dicha.

Vivamos siempre cerca del tabernáculo: perseguidos y fatigados, descansemos á la sombra del altar en que mora el Dios de la Eucaristía: allí los ángeles nos mostrarán bajo cándidos accidentes un pan cocido, no al rescoldo, sino al calor del corazón de Jesucristo; comeremos ese pan inmaculado y portentoso y alimentados con ese manjar divino, hemos de llegar sin hambre y sin vacilaciones á la mansión de los escogidos.

SIGNOS DE LA CUARTA CLASE.

Gemían los Israelistas bajo la dura mano de los Egipcios.

El Señor por medio de Moisés había obrado estupendos prodigios para mostrar la protección á su pueblo, ablandar el corazón de Faraón y obtener la libertad de los cautivos.

Faraon tenía endurecida el alma. Moisés anun-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia un nuevo castigo: la muerte de los primogénitos en la tierra de Egipto.

El Señor, antes de realizar esta amenaza, dijo á su pueblo: "El día diez de este mes tome cada cual un cordero por cada familia y por cada casa.

El cordero ha de ser sin defecto y primal, ó sea de un año.

Lo reservaréis hasta el día catorce de este mes, en el cual por la tarde le inmolará toda la multitud de los hijos de Israel.

Y tomaréis de su sangre y rociaréis con ella los dos postes y el dintel de las casas en que le comerán.

Las carnes las comeréis aquella noche asadas al fuego y panes ázimos ó sin levadura, con lechugas silvestres.

Nada de él comeréis crudo ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego: comeréis también la cabeza con sus piés é intestinos.

No quedará nada de él para la mañana siguiente: si sobrare alguna cosa la quemaréis al fuego.

Y le comeréis de esta manera: tendréis ceñidos vuestros lomos, y puesto el calzado en los piés y un báculo en la mano, y comeréis apriesa por ser la Fase, esto es, el Paso del Señor.

Porque yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto y heriré de muerte á todo primogénito en dicha tierra, sin perdonar ni á hombre ni á bestia.

La sangre os servirá como señal en las casas donde estuvieréis; pues yo veré la sangre y pasaré de largo sin que os toque la plaga exterminadora cuando yo heriré en ella la tierra de Egipto."

Así lo hicieron los Israelitas.

A la media noche del día señalado, el Señor hirió de muerte á todos los primogénitos en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón hasta el primogénito de la esclava que estaba en cadena, y á todo primer nacido de las bestias.

Fueron grandes los alaridos en Egipto, porque no había casa en donde no hubiese algún muerto.

Faraón entonces dijo á Moisés y á Aarón: "Marchad y retiraos prontamente de mi pueblo."

Al mismo tiempo los egipcios estrechaban al pueblo para que saliesen prontamente del país, diciendo: "Si no marchais, pereceremos todos."

Partieron, en fin, los hijos de Israel de Egipto, en número de unos seiscientos mil hombres de á pie, sin contar los niños.

Quedó así consumada la libertad del pueblo de Israel, y en memoria de este acontecimiento, cele-

003949

braban los Israelitas cada año una fiesta llamada "Pascua."

En ella se inmolaba un cordero, y lo comían con el mismo rito con que lo comieron en la noche de su libertad.

Este cordero que se inmoló en la casa de los Israelitas el día en que salieron de la servidumbre de Faraón, y que se inmolaba después en la fiesta de Pascua es, en sentir de Santo Tomás, la figura más propia y más excelente de la divina Eucaristía.

El cordero la prefiguraba en cuanto á las especies, en cuanto á lo que se contenía bajo esas especies y en cuanto á los efectos del sacramento.

En cuanto á lo primero, dice el Angel de las Escuelas, porque se comía con panes sin levadura; en cuanto á lo segundo, porque se inmolaba por la multitud de los hijos de Israel, inmolación que representaba la pasión de Jesucristo á quien por la inocencia se le llama Cordero; y en cuanto á lo tercero, ó sea en cuanto á los efectos del sacramento, porque, por la sangre, quedaron libertados los hijos de Israel del ángel exterminador y de la servidumbre de Egipto, como lo quedó la humanidad de la muerte eterna y de la esclavitud del

ángel de las tinieblas, por la sangre del cordero sin mancha inmolado en la cruz.

La semejanza entre la figura y la realidad es perfecta.

El cordero pascual se inmolaba por la tarde, y Jesucristo, cordero sin mancha por largo tiempo esperado, al fin, en la tarde de los siglos fué sacrificado en la cruz, espirando en el día de su sacrificio á las tres de la tarde.

Todos los Israelitas inmolaban al cordero; todos los judíos pidieron á Pilatos la crucifixión de Cristo, Redentor del hombre.

Era un cordero lo que inmolaban los Israelitas; cordero era Jesucristo por la pureza, por la mansedumbre y por la paciencia.

Los Israelitas inmolaban y comían el cordero; en la Iglesia católica se inmola un cordero más puro y se come en la Eucaristía. Por eso San Andrés respondió al Procónsul de Acaya, que le amenazaba con el suplicio de la cruz si no hacía un sacrificio á los ídolos, diciendo: "Yo ofrezco en sacrificio todos los días al Dios Omnipotente, que es único y verdadero, no el humo del incienso ni las carnes de los animales, sino al Cordero sin mancha, cuyas carnes come el pueblo cre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yente, quedando, sin embargo, el cordero íntegro y vivo."

El cordero se comía en la noche; á Cristo en la Eucaristía no lo vemos, sino que creyendo lo reconocemos en la oscuridad de la fe.

Con la sangre del cordero rociaban los Israelitas los dos postes y el dintel de sus casas; la memoria de la pasión de Jesucristo se impone en el corazón por la fe y en la boca por la profesión que de ella se hace.

La sangre que aparecía en los postes de las casas libró á los Israelitas del esterminio; la sangre de Cristo, sus méritos infinitos libran al hombre de la eterna muerte.

Sólo los Israelitas comían el cordero; sólo los cristianos reciben el cuerpo de Cristo.

El cordero se comía con panes sin levadura y lechugas silvestres; la Eucaristía debe recibirse con pureza de alma y dolor de los pecados.

Se comía del cordero la cabeza, los piés y los intestinos; en la Eucaristía se recibe la divinidad de Jesucristo, su humanidad adorable y se participa de los más secretos misterios de su amor y de su ternura.

El cordero se comía en muchas casas; en muchas iglesias es inmolado Cristo y lo reciben sus hijos.

No era lícito llevar fuera de la casa restos del cordero inmolado; no es lícito dar la Eucaristía á los infieles, á los cismáticos y á los demás que están fuera de la Iglesia.

Comían el cordero ceñidos los lomos; el que recibe á Cristo en la Eucaristía, debe restringir sus liviandades y los deleites de la carne.

Los Israelitas comían el cordero teniendo su báculo en la mano, porque estaban de viaje y en camino para la tierra prometida; la Eucaristía es también alimento de los viajeros del cielo, es viático de los que mueren en el Señor.

El cordero se comía apriesa; en la Eucaristía no debe buscarse tanto el deleite, cuanto el nutrimiento y las fuerzas para soportar los trabajos en las vías de Dios y para llegar con apresuramiento á la patria celeste.

Los primogénitos de los egipcios que no gustaron del cordero, murieron; los que desprecian la Eucaristía perecerán sin remedio.

Cristo ha dicho: si no coméis la carne del Hijo del hombre ni bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si fué bella y significativa la figura, la realidad la supera en grandeza y en hermosura.

Cristo, dulce y manso Cordero, fué inmolado en la cruz: su inmolación se repite cada día en las aras de los templos católicos; su carne inmaculada, oculta bajo la especie de un pan sin levadura, alimenta nuestras almas; su sangre divina, escondida bajo el fruto de la vid, nos redime y nos limpia; su gracia, que es una participación de su naturaleza, nos da fuerzas para emprender, entre las espinas del mundo, nuestra jornada á los cielos.

ERRORES SOBRE LA EUCARISTIA.

I

El Divino Redentor, enseñando en la Sinagoga de Cafarnaun, decía:

Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo.

Quien comiere de este pan, vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi misma carne, la cual daré yo para la vida ó salvación del mundo.

Comenzaron entonces los judíos, dice San Juan,[1] á altercar unos con otros, diciendo: "¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?"

1 Cap. 6, ver. 53.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si fué bella y significativa la figura, la realidad la supera en grandeza y en hermosura.

Cristo, dulce y manso Cordero, fué inmolado en la cruz: su inmolación se repite cada día en las aras de los templos católicos; su carne inmaculada, oculta bajo la especie de un pan sin levadura, alimenta nuestras almas; su sangre divina, escondida bajo el fruto de la vid, nos redime y nos limpia; su gracia, que es una participación de su naturaleza, nos da fuerzas para emprender, entre las espinas del mundo, nuestra jornada á los cielos.

ERRORES SOBRE LA EUCARISTIA.

I

El Divino Redentor, enseñando en la Sinagoga de Cafarnaun, decía:

Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo.

Quien comiere de este pan, vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi misma carne, la cual daré yo para la vida ó salvación del mundo.

Comenzaron entonces los judíos, dice San Juan,[1] á altercar unos con otros, diciendo: "¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?"

1 Cap. 6, ver. 53.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesús, empero, les dijo: "En verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros."

Muchos de sus discípulos, agrega San Juan,[1] que oían estas palabras, dijeron: "Dura es esta doctrina, ¿y quién es el que puede escucharla?"

Como si dijeran, dice el anotador del texto evangélico: "¿Qué oídos hay que puedan sufrir esta doctrina tan áspera, que es necesario comer la carne y beber la sangre de este hombre para vivir eternamente?"

Y era que estos judíos carnales, gobernados por los sentidos y sin entender lo que el Señor les decía, se imaginaban bajamente, que cuando prometía darles su carne á comer, la había de dividir en pedazos, como la carne que se vende públicamente en las plazas, y que haciendo esto no podría subsistir.

Se mofaban de las palabras del Maestro Divino, y al fin, muchos de sus discípulos dejaron de seguirle y ya no andaban con él.

Aun antes de instituirse el adorable Sacramento de la Eucaristía, cuando solamente anunciaba

1 Cap. 6, 67.

Jesucristo que iba á dejar á la humanidad regenerada, un alimento divino que la nutriera en el desierto del mundo y le diera una vida inacabable y eterna, hombres carnales y groseros, no solamente ponían en duda las palabras caídas de la boca de Dios, sino que las negaban y huían de una enseñanza regeneradora, verdadera y fecunda.

Los judíos de Cafarnaun fueron, en consecuencia, los primeros que impugnaron la verdad de la Eucaristía.[1]

II

Instituido el venerable Sacramento de la Eucaristía, no hubo contra él en los seis primeros siglos de la Iglesia otros errores que los que esparcían los Simonianos, Menandrianos y Maniqueos.

Como estos negaban que el Verbo de Dios hubiera tomado un cuerpo verdadero, negaban consiguientemente que éste se hallara en la Eucaristía.

1 Bilnart. Sum. de Sacra. Eucart. Disert. 1ª art. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A estos herejes se refiere San Ignacio, Obispo de Antioquía, en una carta á los fieles de Esmirna, cuando dice, que ellos no admitían la Eucaristía y las ofrendas y que negaban que la Eucaristía fuese la carne del Salvador inmolada por nuestras culpas.

Estos herejes negaban, por lo mismo, la verdad del sacramento, pero de una manera indirecta.

III

Los primeros que afirmaron en los comienzos del siglo VIII de la era cristiana, que el pan y el vino Eucarísticos no eran más que la imagen de Cristo, una representación de su cuerpo y de su sangre, fueron los Iconómacos ó Iconoclastas.

La Emperatriz Irene restableció el culto de las imágenes que había prohibido el Emperador León, y poniéndose de acuerdo con el Papa Adriano I, hizo reunir un concilio en Nicea el año de 787, que fué el séptimo de los ecuménicos, en el cual, después de haberse recordado la institución de la Eucaristía, se consignó esta con-

clusión: "Queda, pues, evidentemente demostrado, que jamás el Señor, los Apóstoles ó los Padres afirmaron que el sacrificio sin sangre que se ofrece por el sacerdote, fuese una imagen, sino el mismo cuerpo y la misma sangre de Cristo."

Los Iconoclastas fueron condenados por este concilio.

IV

Juan Scoto Erigena, filósofo del siglo IX, fué el primer representante del racionalismo en la Edad Media.

Según unos, era natural de Escocia, y según otros, de Irlanda; pero se ignora el pueblo y el año de su nacimiento: sólo se sabe que vivió en la corte de Carlos el Calvo.

Un vastísimo talento, unido á una extensa erudición, dieron gran celebridad á este hombre que se distinguió tanto en la literatura como en la filosofía y la teología.

Como literato, poseía admirablemente el latín, el griego, árabe y hebreo, de modo que en este ramo era considerado como el portento de su siglo.

Entre otras obras escribió un tratado sobre la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eucaristía, en el cual, según dice Hincmaro en su libro *De Prædestinatione*, rechazó la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, diciendo: "El sacramento del altar no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor, sino tan sólo una memoria de su cuerpo y de su sangre."

El Sínodo de Verceil condenó el libro de Juan Scoto; igual condenación recibió en el Concilio de París celebrado en 1150; en fin, por decreto del Papa Nicolás II, en el Sínodo Romano, se obligó á Berenger á que quemara ese libro.[1]

V

Berenger, canónigo arcediano de Angers, fué el verdadero precursor de los sacramentarios.

Nació á principios del siglo XI.

No es fácil coger el verdadero pensamiento de Berenger sobre la Eucaristía: su espíritu voluble le hacía variar constantemente en sus opiniones, y todo prueba que poco á poco llegó hasta la herejía, más bien por efecto de la lucha en que se

1 Dicc. de Cien. Eclesiást.

había empeñado, que por un estudio previo y formal de la doctrina que atacaba.

La escuela que fundó fué tan móvil y contradictoria como él mismo, porque hay comunmente una analogía entre la doctrina y el carácter del maestro, y pende por lo general el uno de la otra.[1]

Precisando la doctrina de Berenger sobre la Eucaristía, parece que enseñó abiertamente, según el Padre Monsabré,[2] que Jesucristo no está en la Eucaristía más que como está la cosa representada en su signo: *ut res significata est in suo signo.*

Llamado ante el Concilio de Tours para explicar su doctrina, no se atrevió á sostenerla, confesó la fe de la Iglesia y juró no volver á apartarse de ella.

Volvió, sin embargo, al error.

Para detener su difusión, el Papa Nicolás II convocó en Roma un Concilio, ante el cual se hizo comparecer á Berenger.

Ciento trece obispos acudieron á ese concilio, y Berenger se retractó escribiendo una fórmula redactada por el Cardenal Humberto.

1 Dicc. de Cien. Eclesiást.
2 Indice de errores sobre ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eucaristía, en el cual, según dice Hincmaro en su libro *De Prædestinatione*, rechazó la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, diciendo: "El sacramento del altar no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor, sino tan sólo una memoria de su cuerpo y de su sangre."

El Sínodo de Verceil condenó el libro de Juan Scoto; igual condenación recibió en el Concilio de París celebrado en 1150; en fin, por decreto del Papa Nicolás II, en el Sínodo Romano, se obligó á Berenger á que quemara ese libro.[1]

V

Berenger, canónigo arcediano de Angers, fué el verdadero precursor de los sacramentarios.

Nació á principios del siglo XI.

No es fácil coger el verdadero pensamiento de Berenger sobre la Eucaristía: su espíritu voluble le hacía variar constantemente en sus opiniones, y todo prueba que poco á poco llegó hasta la herejía, más bien por efecto de la lucha en que se

1 Dicc. de Cien. Eclesiást.

había empeñado, que por un estudio previo y formal de la doctrina que atacaba.

La escuela que fundó fué tan móvil y contradictoria como él mismo, porque hay comunmente una analogía entre la doctrina y el carácter del maestro, y pende por lo general el uno de la otra.[1]

Precisando la doctrina de Berenger sobre la Eucaristía, parece que enseñó abiertamente, según el Padre Monsabré,[2] que Jesucristo no está en la Eucaristía más que como está la cosa representada en su signo: *ut res significata est in suo signo.*

Llamado ante el Concilio de Tours para explicar su doctrina, no se atrevió á sostenerla, confesó la fe de la Iglesia y juró no volver á apartarse de ella.

Volvió, sin embargo, al error.

Para detener su difusión, el Papa Nicolás II convocó en Roma un Concilio, ante el cual se hizo comparecer á Berenger.

Ciento trece obispos acudieron á ese concilio, y Berenger se retractó escribiendo una fórmula redactada por el Cardenal Humberto.

1 Dicc. de Cien. Eclesiást.
2 Indice de errores sobre ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta fórmula que debía ser también la abjuración del error, está concebida así:

"Yo, Berenger, indigno diácono de la Iglesia de San Mauricio, en Angers, reconozco la verdadera fe católica y apostólica: anatematizo toda herejía, principalmente aquella con que hasta hoy me he deshonrado y á virtud de la cual pretendía sostener que el pan y el vino que se ponen en el altar, son después de la consagración, sólo un sacramento y no el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo."

A esta declaración va unido este punto importante de la fórmula:

"Y que quedo de acuerdo con la Santa Iglesia Romana, en que el pan yel vino traído sobre el altar, son después de la consagración, no sólo un sacramento, sino el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo."

Habiendo aceptado Berenger, sin discusión y sin pedir que se le permitiese dar explicación alguna de sus opiniones, la fórmula de Humberto se ciñó solamente al dogma de la conversión del pan y el vino en el cuerpo de Cristo.

Vuelto apenas de Roma, cayó de nuevo Berenger en sus antiguos errores, y aun respondió á

las benévolas amonestaciones del Papa Alejandro II, que en lo sucesivo perseveraría en sus opiniones, y entonces fué cuando se permitió contra Roma y el Santo Padre los ultrajes más indebidos. Cuatro concilios, empero, sucesivos, le condenaron; el de Angers —1062,— el de Rouen —1063,— el de San Mauricio —1075,— y el de Poitiers —1076.

Gregorio VII le intimó de nuevo que compareciese ante un Concilio en Roma, en 1078; se le permitió que formulase él mismo su profesión de fe, y declaró en ella que después de la consagración el pan y el vino son el verdadero cuerpo de Jesucristo.

Pero esta fórmula, escogida por él mismo, no le sirvió más que de nueva máscara para disfrazar su pensamiento y continuar propagando sus errores.

Necesario fué venir á otra más precisa y á la que se vió obligado á prestar juramento en el Concilio de Roma celebrado en 1079.

No obstante el juramento y no obstante haber reconocido de rodillas que hasta entonces había errado no admitiendo la conversión sustancial del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to, la restricción mental con que hizo aquella fórmula, quitaba toda sinceridad á sus más formales aserciones.

Un nuevo Concilio de Burdeos, celebrado en 1080, y una nueva profesión de fe de Berenger, terminaron definitivamente esta serie de condenaciones idénticas y de retractaciones hasta allí siempre contradichas.

Ocho años después, en 1088, murió Berenger en la Isla de Come, cerca de Tours, reconciliado con la Iglesia, después de una larga penitencia, el día de la Epifanía, y exclamando:

"Hoy día de su manifestación, Jesucristo, mi Señor, aparecerá por mi salvación, como espero, á causa de mi penitencia, y temo por la pérdida de muchos á quienes con mi doctrina he extraviado."

De 1340 á 1370, los Petrobrusianos, los Apostólicos, los Albigenses y los Flagelantes continuaron en la propagación de Berenger, pero sin la misma resonancia.

Juan Wiclef, heresiarca inglés, nacido en la al-

dea de Wiclef, en 1324, mostró desde su juventud, particular afición á la lectura de Aristóteles y San Agustín, y desde muy temprana edad llamó la atención no sólo por su piedad y pureza de costumbres, sino también por su extraordinaria erudición y gran agudeza de ingenio.

Fué nombrado capellán de Eduardo III, Rey de Inglaterra, y recibió en 1372, la investidura de doctor, y acto continuo la de profesor de teología.

Todos los elementos contenidos en la falsa filosofía y teología de los waldenses y apocalípticos, de Guillermo Decan, de Marsilio y otros eruditos, aparecen reunidos en el sistema de doctrina de este heresiarca que forma el tránsito de los antiguos errores religiosos á una nueva tendencia herética de carácter universal, ó sea al protestantismo.

Por el año de 1381, empezó Wiclef á combatir en tesis teológicas y discursos, la doctrina de la Iglesia sobre la Eucaristía; especialmente la transusbstanciación, considerándola opuesta á la Sagrada Escritura; por más que no osó exponer aún con entera claridad su propia teoría. Miraba el pan y el vino como símbolos del cuerpo y sangre de Jesucristo, cuya acción se manifestaba al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

colocar á los fieles devotos en una comunicación ó unión real con el Señor. En suma: aceptó la doctrina de Berenger como si fuese la genuina expresión de la antigua tradición de la Iglesia. El canciller de la Universidad oxoniense, Guillermo Berton, prohibió exponer en los colegios ó academias las proposiciones de Wiclef sobre la Eucaristía, en un decreto firmado por doce profesores y doctores, de los cuales ocho eran regulares. Pero el heresiarca declaró nulo el acto del canciller, de cuyo fallo apeló al rey; y no contento con esto, el 10 de Mayo de 1381 publicó un escrito en su propia defensa, con una exposición de su teoría en forma popular.

Elevado á la silla arzobispal de Cantorbery el Obispo de Londres Guillermo Courtney, reunió en esta ciudad un Sínodo provincial en Mayo de 1382, en el que se condenaron, unas como erróneas y otras como heréticas, veinticuatro proposiciones, tomadas de los escritos de Wiclef y de los sermones de sus parciales.

En un segundo Sínodo que se reunió en Noviembre de 1382, fué separado de su cátedra y expulsado de la Universidad. Retiróse entonces á su parroquia de Lutterworth, donde predicaba

con frecuencia aprovechando además esta ocasión para componer su *Trialogus*, la principal de sus obras, dividida en cuatro libros, en la que expuso detalladamente su sistema doctrinal bajo la forma de diálogos que sostienen entre sí Alercia, Pseudos y Fronesís, ó la verdad, la mentira y la prudencia.

El 28 de Diciembre de 1384, mientras asistía á la misa que celebraba su correligionario y capellán Juan Purney, en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sufrió un ataque apoplético, perdió el uso de la lengua y casi todo movimiento, dejando de existir el 31 del propio mes. Así murió este heresiarca, sin haber retractado sus doctrinas, dando más bien muestras de contumacia, en el mero hecho de haberse negado á presentarse en Roma, y de haber tratado, por todos los medios posibles, de propagar y defender sus erróneas teorías.

Carlostadio, Zwinglio y Ecolampadio negaron también la presencia real de Jesucristo en la Eu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caristía, enseñando osadamente que esta es un puro símbolo.

Carlostadio tomó el nombre de su ciudad natal, situada en la Franconia bávara: su verdadero nombre era Andrés de Bodenstein.

La Providencia permitió que las consecuencias é inconsecuencias de la pretendida reforma del siglo XVI, se reasumiesen en un solo personaje que fué á la vez el representante del puritanismo helvético, del dogmatismo sajón y de la revolución eclesiástica y política que contenía en gérmen la reforma, y este personaje fué Carlostadio.

Después de haber estudiado teología y jurisprudencia en Roma y en Wittemberg, vino á ser arcedeano en esta última ciudad, después cura, y por último, doctor y profesor en teología

Desde que Lutero apareció en la escena, el inquieto Carlostadio estuvo á su lado, y su consideración personal y su reputación de saber prestaron un poderoso apoyo á los primeros ensayos de Lutero.

El fué el primero que el día de Navidad de 1521 celebró la misa en alemán, distribuyó la comunión en las dos especies sin confesión previa,

y se puso al frente de los estudiantes, de los aldeanos y de los monjes despechados, para recorrer las iglesias de la ciudad y derribar los altares y las imágenes de los santos.

Fué el primer sacerdote de esta época que se casó públicamente y procuró sin disfraz el desprecio de la ley del ayuno.

Disgustóse al fin con Lutero y empezó á escribir contra éste sobre los puntos más débiles de su doctrina, demostrándole que no tenía razón alguna para conservar el dogma de la presencia real de Cristo en la Cena, lo que Lutero se vió obligado á confesar en una carta dirigida á Bucero, en la que le decía: "Reconozco que si el Doctor Carlostadio, ú otro cualquiera, hubiese podido decirme hace cinco años que no hay en el Sacramento más que pan y vino, me hubiera hecho un gran servicio."

Así es que uno de los principales errores que profesaba Carlostadio, era que en el Sacramento del Altar no estaba realmente Jesucristo Nuestro Señor.

Odiado y perseguido por Lutero, anduvo errante y en la mayor miseria con su familia á través de la Alemania, hasta que encontró refugio en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Kemberg, en donde vivió dedicado á la agricultura y á un pequeño comercio.

Ignórase el día de su nacimiento y se dan á su muerte muchas fechas.

Según unos, murió de la peste en Basilea el 24 de Diciembre de 1543, y según otros, que es lo más probable, había muerto ya en 1541.

Ulrico Zwinglio fué el émulo de Lutero.

Siendo párroco de Zurich, sintióse herido en su amor propio porque el sumo Pontífice León X, que mandaba publicar las indulgencias en Suiza, se sirvió para esto de un religioso franciscano y no de él.

De aquí es que, como Lutero impugnó á Tezellio, así impugnó Zwinglio al religioso franciscano, mas no se contentó, como aquel en su principio con declamar contra las indulgencias, sino que atacó desde luego con toda la impetuosidad de su genio, la autoridad pontificia, el sacramento de la penitencia, el mérito de la fe, el pecado original, el efecto de las buenas obras, la invocación de los santos, el sacrificio de la misa, las leyes eclesiásticas, los votos, el celibato eclesiástico y la abstinencia de carnes.

Empuñó violentamente las armas y la espada

para obligar á los que se le oponían á que abrazaran sus opiniones.

En su obra "De la verdadera religión y de la falsa," afirma que se lee en el Evangelista San Lucas, que habiendo tomado Jesucristo y partido el pan, lo dió á sus discípulos diciéndoles: "Esto significa mi cuerpo." Y no contento con esto, en todas las biblias que publicó sustituyó la voz "significa" por lo voz "es."

Como Lutero, se casó á pesar de ser sacerdote. Tomó por mujer á una viuda rica, y llevó después de su apostasía una vida tan licenciosa, que no pocos de entre los mismos protestantes le tuvieron por condenado y creyeron que Dios le había castigado visiblemente.

Lutero afirma que Zwinglio murió miserablemente á manos de los papistas en las refriegas, y que por consiguiente, acabó sus días en los pecados.

Lutero añade: "Desconfío de la salvación del alma de Zwinglio."

Tal era la fama que había adquirido el reformador helvético aun entre los mismos de sus correligionarios.

Juan Ecolampadio fué en su juventud monje

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la orden de Santa Brígida; pero apenas empezaron á asomar los primeros gérmenes del protestantismo, abandonó el monasterio y se unió á los discípulos de Zuinglio y de Carlostadio, abrazando sus errores, por lo cual mereció ser el primer cura protestante de la iglesia de Basilea.

Aunque no tuvo errores propios sino en general los comunes á los reformadores, dió una nueva explicación de la Eucaristía, diciendo que este Sacramento sólo contiene la imagen del cuerpo de Jesucristo, y sólo es una acción de gracias que los fieles hacen en común para dar testimonio de la caridad que los une.

Su nombre se hizo tan odioso, que los impresores no querían ponerlo al frente de sus libros para no perder por completo la venta.

Ecolampadio fué encontrado muerto en su casa el 1º de Diciembre de 1531.

Otros dicen que fué asesinado por su mujer.

Juan Calvino, principal autor de la confesión reformada en Suiza, y el más grande propagador de esta doctrina en Francia, nació el 10 de Julio de 1509 en Mayon, en Picardía.

Su padre fué Gerardo Cauvin, hombre de posición precaria, obligado para criar á sus hijos á encomendarse á la benevolencia de personas caritativas, y entre otras á la noble familia de Montmor.

En esta casa recibió Juan, en unión con los hijos de la familia una educación esmerada y la primera instrucción elemental hasta la edad de doce años, *primam vitæ et litterarum disciplinam*, como él mismo se expresa.

La protección de sus bienhechores le alcanzó el goce ilegal de algunos beneficios eclesiásticos que le permitieron trasladarse para continuar sus estudios, á París, en donde al lado de una adhesión profunda y una tradicional abnegación por la Iglesia católica, se habían difundido, por aquellos días, bajo el reinado de Francisco I, la duda, la incredulidad, el deseo de novedades, el amor á la disputa, despertados por las innovaciones religiosas de Sajonia y Suiza, favorecidas en la corte de Francia por la frívola Margarita, hermana de Francisco I, y por la duquesa de Etampes, su favorita.

Iniciado después en las nuevas doctrinas alemanas, se desvió de su vocación sacerdotal y re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nunció á ella tanto más fácilmente, cuanto que no había recibido aún más que la primera tonsura.

Dedicóse después, por seguir las indicaciones de su padre, al estudio del derecho que terminó en Bourges, con Andrés Alciato, historiador, poeta y teólogo que agradó singularmente á Calvino, reanimando su amor por la antigüedad clásica.

Consiguió, al fin, por medio de una voluntad de hierro, una infatigable perseverancia y rudos combates establecer un sistema religioso y jerárquico. El calvinismo difiere del protestantismo y catolicismo.

Bajo el punto de vista dogmático, el sistema de Calvino, se distingue, sobre todo, de las demás sectas por la doctrina de la predestinación absoluta.

Por su doctrina sobre la Cena, es por lo que más se aleja de Zwinglio y de Lutero así como de la fe católica. Afirma, sobre esta materia (in cap. 26 Math.) que el cuerpo de Cristo se nos da verdaderamente en la Cena y que nos nutrimos de su sustancia. "*Vere in cœna datur nobis corpus Christi, ut sit animis nostris in cibum salutarem, hoc est, substantia corporis Christi pascun-*

tur animæ nostræ, ut vere unum efficiamur cum eo."

Pero esta manducación que, según las transcritas palabras pudiera creerse que es real, en el sistema de Calvino no se hace más que por la fe. *Interim vero hanc non aliam esse, quam fidei manducationem fatemur: ut nulla alia fingi potest.* (Inst. cap. 17, § 5).

Y no puede admitirse otra, dice Calvino, porque el pan y el vino están en la tierra y el cuerpo de Cristo está en el cielo.

Entre los signos y el cuerpo de Cristo hay unión y la liga de esta unión es el espíritu de Cristo, una cierta virtud santificante que deriva de él y con él nos une: *Vinculum istius conjunctionis est spiritus Christi, cujus nexu copulamur: et quidem veluti canalis per quem quidquid Christus et est et habet, ad nos derivatur* (Inst. cap. 17 § 12). Calvino, dice el P. Monsabré, hace mal en decir que su doctrina es difícil é incomprensible.

Se ve en ella claramente su impiedad y su hipocresía.

En el fondo, es la doctrina de los sacramentarios, pero Calvino velaba ó encubría su error para conciliar los dos partidos de la reforma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La conferencia de Zurich adoptó para las reformas de Suiza, la doctrina de Calvino.

También se encuentra esta doctrina en la confesión de fe anglicana del Sínodo de Londres.

El sistema de Calvino, cuya organización presbiteriana, la predestinación y la cena, forman sus tres puntos capitales, fué propagado por los teólogos reformados en Ginebra y en Francia, en los Países-Bajos, Inglaterra y Escocia.

Calvino, aunque fuertemente quebrantado de salud, lo defendió hasta el último día de su vida, que fué el 27 de Mayo de 1564, cuando aun no tenía cincuenta y cuatro años.

El Concilio de Trento ha flagelado todos estos errores: símbolo, manducación por la fe, virtud comunicada, todo queda destruido con estas tres palabras: *vere*, *realiter*, *substancialiter*.

Con respecto al misterio de la Encarnación hay errores de *esencia* y errores de *modo*.

Los Arrianos y los Nestorianos han negado el hecho mismo de la unión hipostática del Verbo Divino con la naturaleza humana; los Eutiquianos y Monotelitas han alterado el verdadero concepto de esta unión.

Sucede lo mismo con respecto á la Eucaristía.

Los Sacramentarios han negado la presencia real de Jesucristo en el sacramento; otros herejes han alterado la noción del acto misterioso por el cual Jesucristo se hace presente en la Eucaristía, negando la conversión del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre, conversión que la Iglesia llama *transubstanciación*.

Ciertos herejes, según enseña Guitmond, pretendían que el pan destinado á la comunión de las almas era el que verdaderamente se cambiaba, por la consagración, en el cuerpo de Cristo; pero que esta consagración quedaba sin efecto respecto del pan que se recibía por los que no eran justos, ó sea por los pecadores.

De tan extraña y falsa doctrina naturalmente se infiere que un sacerdote en pecado no convierte por la consagración, el pan en cuerpo de Cristo, que los fieles quedan así en peligro de idolatría, y que las almas timoratas están condenadas á las más crueles vacilaciones.

La teoría es sencillamente una inepcia, como la califica el P. Monsabré.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ruperto, abad de Deutz, ha imaginado la unión hipostática del Verbo con el pan eucarístico.

"El Verbo, dice, se ha hecho hombre, por la Encarnación, no destruyendo ó cambiando la naturaleza humana, sino uniéndola á su persona."

"Lo mismo, agrega, se verifica en la Eucaristía. El Verbo se hace pan, no destruyendo ni cambiando la naturaleza de pan, sino uniéndola á su persona." [1]

Esta doctrina la expone casi en los mismos términos en otra de sus obras, [2] agregando [3] que sólo los justos reciben el cuerpo de pan y el cuerpo de carne de Cristo: el cuerpo de pan por la manducación corporal, el cuerpo de carne por la manducación espiritual. Los pecadores, en su concepto, no reciben más que el cuerpo de pan.

Ruperto parece que olvidó enteramente estas palabras del Salvador: "El pan que yo daré es mi carne: Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros."

No fué ciertamente un cuerpo de pan el que fué entregado á la muerte para nuestro rescate, sino un cuerpo de carne.

1 Lib. in Joan.
2 Lib. 2 de div. offic. cap. 2.
3 cap. 7.

Por lo demás, todos los Padres están unánimes en decir que el cuerpo que nos es dado en la Eucaristía es el que nació de la Vírgen María, el que murió sobre la Cruz y el que está sentado á la derecha del Padre en el cielo.

En vano se buscarían las razones de esta unión hipostática del Verbo con el pan: no se ve en ella más que extravagancia é inconveniencia, si se considera que esa unión puede hacerse y deshacerse todos los días.

No es propia tal doctrina más que para hacer nuestra fe odiosa y ridícula.

Juan de Paris intentó corregir el error de Ruperto.

Enseñaba que el Verbo se une personalmente al pan; pero por medio de su cuerpo.

Y ¿cómo se verifica esta unión por medio del cuerpo?

Esto es lo que no explica Juan de Paris ni puede explicarse ciertamente.

El cuerpo de Cristo no tiene personalidad propia que pueda comunicar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre él y otra materia, si se suprime la conversión, no puede haber más que una *yuxtaposición.*

Los Calvinistas dicen que la transubstanciación es un error criminal y una cosa imposible.

Los luteranos no son de esa opinión.

"La transubstanciación dice Khemnitz, es posible y no repugna á la fe; pero los católicos hacen mal en hacer de ella un artículo de su *Credo.*"

"Se puede creer, afirma Lutero, que el pan y el vino perseveran después de la consagración con el cuerpo y la sangre de Jesucristo: esto es lo que hay de más probable y de más conforme á la Escritura." [1]

¿Pero cómo quedaba el pan después de la consagración con el cuerpo y la sangre de Jesucristo?

¿Es acaso porque el Verbo está unido al cuerpo de Cristo?

Entonces el error de Lutero es el mismo que profesaron Ruperto y Juan de Paris.

El monje apóstata comprendió la inconveniencia de esta opinión, y entonces en su sermón sobre la Cena y en su confesión explicó de otra

1 De Captiv. Babyl. Cap. De Eucharistía

manera la unión del pan con el cuerpo de Jesucristo.

"Este cuerpo, dice, adquirió por su unión con el Verbo la propiedad de estar donde está el Verbo. Y como el Verbo está en todas partes, el Cuerpo de Cristo se halla igualmente en todas partes, y si se halla en todas partes está ciertamente en el pan de la Cena."

Esta última explicación es la que han admitido y es la doctrina que profesan los discípulos de Lutero.

Fácilmente se percibe la falsedad de esta doctrina, su insuficiencia para explicar la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Si el cuerpo de Jesucristo dice el Padre Monsabré está en todas partes, está sin duda en un sombrero, en una mesa, del mismo modo que está en el pan.

Jesucristo, entonces, de todas las cosas podría decir: Este es mi cuerpo.

Sería en tal situación inútil absolutamente venir á buscarlo en la Iglesia y la consagración nada agregaría á lo que ya estaba en el pan.

Podría decirse que la consagración, en el sistema de Lutero, tiene la propiedad de designar el-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

signo ó símbolo por medio del cual el cuerpo de Cristo comunica más particularmente su virtud.

Pero entonces, agrega el Padre Monsabré, la doctrina de los luteranos sería la misma que la de los sacramentarios, á quienes consideran aquellos como impíos.

Es, pues, necesario ocurrir, para que pudiera sostenerse la teoría de Lutero, á la *impanación* y decir, como dice: Jesucristo está en el pan, bajo el pan y con el pan.

Esta teoría es enteramente falsa, ofende la verdad de la institución y desmiente las palabras de Cristo.

Si Jesucristo cambió realmente el pan en su cuerpo, pudo decir con toda verdad: "Este es mi cuerpo"

Si no realizó ese cambio, la proposición es falsa.

Una cosa es lo que es, y no otra cosa.

El pan es pan y no un cuerpo de carne.

Gramaticalmente se puede explicar un demostrativo vago por el sustantivo que conviene á la cosa que se muestra; se puede decir, por ejemplo, mostrando un pan: esto es pan. Pero mostrar pan y decir *este es mi cuerpo*, es turbar el espíritu y confundir todas las nociones.

Jesucristo mostrando un pan dijo: "Este es mi cuerpo."

Luego ó afirmó un absurdo, lo que no puede concebirse, ó el pan se había convertido en su cuerpo.

Esto es lo verdadero; esto es lo que constituye el dulce misterio de la Eucaristía; esta es la obra maravillosa del poder divino: al eco de su poderosa palabra, el pan quedó convertido en su cuerpo, al que están unidas su sangre, su alma y su divinidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROFECIAS DE LA EUCARISTIA.

El fin primario y principal de las Santas Escrituras ha sido, á no dudarlo, consignar en sus bellas y encantadoras páginas, la historia profética del Mesías prometido, desde las primeras horas del mundo.

En esas páginas adorables queda el recuerdo de hechos prodigiosos marcados con el sello de la intervención divina, que eran, como se ha visto en precedentes artículos, dulces y hermosas figuras de la obra maravillosa, de la obra por excelencia, de la obra divina con que debía cerrar el Mesías la jornada de su labor terrestre.

A la luz de esos hechos, aparece el Antiguo Testamento, ante las miradas del hombre á quien no ha deslumbrado el esplendoroso brillo de las falsas doctrinas, como una tela inmensa en que, siglo por siglo, época por época, desde el Edén hasta el Cenáculo, fué trazando el dedo de Dios la fisonomía divina y describiendo las propiedades y las bellezas del augusto Sacramento; luz y consuelo, alimento y fortaleza de los que atraviesan las sendas oscuras de la vida, en camino para la patria celeste.

Esos hechos, esas figuras son profecías en acción: anunciaban la futura institución de esa maravilla de las maravillas, que la Iglesia llama, con tanta propiedad, la Divina Eucaristía.

Pero ese testimonio de los hechos no es el único que la primera alianza rinde á la divinidad de la Eucaristía.

Otro testimonio encierra ese libro, que es el libro de la humanidad, depósito venerado de los anales del cielo y de la tierra y tesoro de las más grandes y estupendas revelaciones.

Ese testimonio es el de las profecías.

Testimonio irrefragable, porque la profecía es el lenguaje exclusivo de Dios, que él sólo puede

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hablar, porque es el único que puede leer en el porvenir.

Y Dios ha hablado por el labio de sus Profetas, anunciando, con certidumbre, el misterio de la Eucaristía.

Algunas veces, esos anuncios proféticos aparecen como incidentales y rápidos, brillan como el relámpago que de paso deja su luz; se vislumbran en el horizonte del Antiguo Testamento, como se vislumbran puntos luminosos, pero lejanos, en el inmenso espacio de los cielos.

Otras veces la visión es más extensa y más profunda.

El Señor descubre á los Profetas los esplendores y las bellezas del sublime y dulce misterio.

Entonces las palabras desbordan ardientes de sus labios; las imágenes se acumulan, brillantes y vivas en sus escritos.

Estas son las grandes profecías de la Eucaristía, cuya apacible luz alentaba las esperanzas del pueblo fiel y lo hacía marchar, con paso firme, hacia la realidad del misterio que encerraba todo el amor del corazón de Jesucristo.

Ellas forman por decirlo así la teología profética de la Eucaristía.

La naturaleza, las propiedades, los efectos saludables del Sacramento de vida aparecen en ellos con una claridad purísima.

Presentaremos las principales de esas profecías.

En unas contemplaremos el esplendor, los efectos ordinarios y los efectos ocultos de la comunión.

Admiraremos en otras, el deseo con que Dios parece apresurarse á convocar al gran banquete de la reconciliación á todos los hombres, á los pequeños y á los pobres, á las almas enfermas y á las ignorantes, á las almas escogidas, á los sabios y á los poderosos.

El Verbo encarnado, que declaraba en términos precisos á la muchedumbre reunida sobre el borde de un lago el misterio de la vida en su carne y en su sangre, no había esperado este momento para anunciarlo al mundo que lo esperaba con tantas ansias.

El Verbo sacramental puede, como el Verbo encarnado, decir de sí mismo esta palabra: "Estudiad las Escrituras:....ellas dan testimonio de mí: *Scrutamini Scripturas:.... illæ sunt quæ testimonium perhibent de me.*[1]

1 San Juan V.—30.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAGNIFICENCIAS DE LA COMUNION.

Isaías, hijo de Amon, nació setenta y seis años antes de la fundación de Roma [1] Fué un profeta grande, fiel y santo [2] Un serafín le consagró profeta, purificándole los labios con un carbón encendido, porque estaba destinado por Dios para inflamar los fríos y helados corazones de los hombres, con su ardiente predicación, con su vida y su caridad, con el conocimiento y con el amor de ese Dios, infinito centro de todas las perfecciones.

La luz profética que lo inundaba era amplia, sublime y purísima.

Nacido de sangre real y educado en el palacio de los reyes, su estilo se distinguía por la belleza de las comparaciones, por la expresión correctísima de sus sentencias, por la galanura y elegancia de las palabras.

Arrebatado ciertos días por la inspiración sobrehumana, vió en los esplendores de una luz intensa, un magnífico espectáculo.

1 Corn. á Lap. Corn. in Is.
2 Eccl. XL—VIII.—25.

Antes de describir su visión, deja desbordar sus sentimientos en inspirados cánticos de regocijo y de alegría.

"Oh Señor, tú eres mi Dios: yo te ensalzaré, y bendeciré tu nombre, porque has ejecutado cosas maravillosas, designios antiguos y fieles.

"Porque tú has sido fortaleza para el menesteroso en su tribulación: su esperanza en la tormenta, su refrigerio en el ardor."

Pero ¿cuál es esa obra que, aun mirada lejos, así excita al profeta, y le hace prorrumpir en esas frases que, como todas las frases proféticas, tienen una originalidad tan profunda, proporciones tan vigorosas, esplendor tan incomparable?

Escuchemos la magnífica y profunda revelación:

"Y el Señor de los ejércitos á todos los pueblos les dará en este monte manjares suculentos, un convite de vinos esquisitos, de carnes de mucho meollo, de vinos puros sin mezcla."

"*Et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemice, pinguium medullatorum, vindemice defæcatæ.*"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La montaña que designaba el Profeta en esas grandes y luminosas palabras era la montaña de Sión porque al hacer ese vaticinio se hallaba en Jerusalén [1]

Ocho siglos después, sobre esa misma montaña, Dios hecho hombre preparó su mesa y convocaba á todos los pueblos diciendo: "Tomad y comed todos, esta es mi carne y mi carne es alimento."

"Tomad y bebed todos, esta es mi sangre y mi sangre es bebida.

Desde entonces la mesa quedó preparada, dispuesta para todos, aguardando á todas las naciones de toda raza y de toda lengua.

Y todos se han sentado á esa mesa divina, y esa carne esquisita y ese vino delicioso se ha servido en toda la tierra, hasta en los confines del mundo.

Es el banquete Eucarístico, el que vió en sus transportes el inspirado Profeta.

"*Hoc accipiunt*, dice Cornelio á Lapide, [2] *Eusebius, Cyrillus, Procopius et Leo Castrius de convivio Eucharistico corporis et sanguinis Christi, quæ summæ sanctorum sunt deliciæ.*

1 Cornelio á Lapide.
2 In Is. cap. XXV. ver. VI.

La profecía no puede ser ni más clara, ni más expresiva.

Convivium pinguium medullatorum, convite de manjares suculentos, de carne de mucho meollo.

En la Eucaristía se recibe una carne esquisita, se recibe el cuerpo de Cristo.

Ese cuerpo fué formado de la materia más escogida, es decir, de la más pura sustancia de una Virgen que inmaculada en sus orígenes había sido preparada durante quince años por los cuidados de un incomparable obrero, el Espíritu Santo, como una planta infinitamente preciosa y única en su género para producir el mejor y más sazonado fruto.

El cuerpo de esa Virgen fué nutrido en los pastos de un paraíso cerrado á la criatura y visitado sólo por Dios.

En el seno de esa Virgen sin mancha se formó no por la mano del hombre, que no podía tocar esa carne virginal y purísima, sino por la mano del Espíritu de Dios, y envolviendo esa concepción misteriosa la sombra del Altísimo, el cuerpo inmaculado de Cristo, que jamás conoció ni la corrupción de los humores, ni los debilitamientos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la enfermedad, sino que está hecho de una carne toda sana, toda viva, toda vivificante.

Esa carne del cuerpo de Cristo por su contacto con la Divinidad, cuya esencia es la vida de todos los seres, tiene cualidades sustanciales, propiedades nutritivas tan abundantes y tan enérgicas, que es poderosa para nutrir no sólo los cuerpos, sino también las almas, para alimentar no sólo la vida física, sino la vida sobrenatural, la vida divina; y esto sin agotarse jamás por los siglos de los siglos: *pinguium medullatorum.*

Y el Profeta parece que quiere revelar de un modo evidente lo exquisito de la vianda que ha de servirse en la suntuosa mesa de la Eucaristía, haciendo notar que esa carne tiene mucho meollo.

De manera que las delicias de este celestial banquete, se hacen consistir por el Profeta en dos cosas: en que la carne sea suculenta, *pinguia*, y en que esté llena de meollo, *medullata.*

Y la médula es lo más delicado de los huesos y prueba ó demuestra que las carnes son delicadísimas.[1]

La médula de la carne del Verbo hecho hombre, dice el Padre Tesniere,[2] es el alma de Jesús que

[1] Corne. a Lapid. loc. cit. [2] Predic. Eucaristi.

la anima y la vivifica; es la persona del Verbo que deifica esta alma y esta carne; es la divinidad misma, la esencia divina con quien está indisolublemente unida; esa alma, esa persona, esa naturaleza divina la recibimos en la carne Eucarística.

Esta vianda adorable del cordero irradia goces de gloria, esplendores de bienaventuranza.

Aunque envuelta en un pan sin sabor para nuestros sentidos, la fe y el amor saben penetrar hasta las realidades vivas y sustanciales ocultas bajo esos símbolos, y nuestra alma allí se nutre, allí se refrigera y allí como que se asimila á Dios mismo, *ut et anima a Deo saginetur*, dice enérgicamente Tertuliano.

Y el vino que se toma en este maravilloso festín es un vino como anunciaba el Profeta, sin mezcla alguna, *vindemiæ defæcatæ.*

Es la sangre de Cristo, pero es una sangre que anima la vida de Dios mismo, su santidad, su pureza, su amor, su clemencia, su misericordia y todas sus otras perfecciones.

Es puro ese vino y doblemente purificado, sin mezcla, sin nada que pueda embriagar con la degradante embriaguez de los sentidos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es, dice el Padre Tesniere, dulce como la leche, puro como el agua de las rocas, fortificante como el zumo purísimo de la vid.

Es también embriagante, pero con la embriaguez en que se sumergen, dice el mismo Padre, en el océano de su amor recíproco las tres divinas Personas; en que nadan en las olas de bienaventuranza eterna los ángeles y los santos, *vindemiæ defæcatæ*.

¡Oh abundancia de las divinas larguezas, ¡oh suntuosas magnificencias del amor divino!

FRUTOS DE LA COMUNION.

David era el más joven de los hijos de Isaí ó Jesé, rico ganadero de la tribu de Judá.

Su historia, dice un célebre escritor, despierta grande interés al considerarle humilde pastor de los rebaños de su padre, poco después valiente guerrero, salvador de Israel, jefe de los proscritos, rey magnífico y glorioso, á quien no faltó ninguna de las grandezas y ninguna de las miserias de la humanidad, y, para acabar de una vez,

el más dulce de los poetas líricos, el más sublime é iluminado de los profetas.

Como Isaías había visto, al esplendor de una luz intensa, las magnificencias de Dios, en el don inefable de su cuerpo y de su sangre, así contempló David, al reflejo poderoso de la inteligencia divina y entre las dulces armonías de las cítaras de los ángeles, los frutos admirables que había de producir en las almas el cáliz embriagante de la sangre redentora, y el pan que había de servirse en la mesa que el Señor levantara á vista de aquellos que perseguían á su profeta.

Su lengua que, á impulsos de inspiración sobrehumana, era, según él mismo se expresa, como la pluma del que escribe con rapidez asombrosa, produjo esos cantos inimitables que se llaman los Salmos de David, magnífico resumen de la Escritura Santa, como ésta es maravilloso compendio de las revelaciones que hiciera el cielo á la tierra, de las perfecciones íntimas de Dios y de sus ocultas magnificencias.

1. "El Señor me apacienta, dice David[1] en uno de sus salmos, y nada me faltará."

[1] Sal. XXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2. "El me ha colocado en lugar de pastos: me ha conducido junto á unas aguas que restauran y recrean."

3. "Convirtió á mi alma. Me ha conducido por los senderos de la justicia, para gloria de su nombre."

4. "De esta suerte, aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo."

5. "Aparejaste delante de mí una mesa á la vista de mis perseguidores. Bañaste de óleo mi cabeza. ¡Y cuán excelente es el cáliz mío que embriaga!

6. "Y me seguirá tu misericordia todos los días de mi vida; á fin de que more en la casa del Señor por largo tiempo."

He aquí el salmo por excelencia de la comunión.

He aquí la preciosa profecía.

He aquí, en bosquejo, anticipada la historia de las influencias de la Eucaristía sobre la vida de la humanidad.

Cristo es el buen Pastor.

Después de haber arrancado á los hombres, que

son sus ovejas, de las garras del lobo que las aprisionara, ofreciendo, para libertarlas, en holocausto su vida, se acerca á nosotros, diciendo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; permaneced en mi amor; dejaos conducir por mi mano cariñosa."

Pero el buen pastor no sólo guía, sino también alimenta; sus ovejas siguiendo á su pastor, buscan pasto abundante y sabroso.

Nuestra vida cristiana necesita, cada día, pan abundante y capaz de sustentarnos con su sustancia y de recrearnos con su dulzura.

"Yo soy, nos dice Cristo, en la mesa eucarística, ese pan bajado del cielo, pan que tiene en sí toda delicia, pan que encierra fuerza poderosa, pan que levanta nuestras almas en sus desfallecimientos, pan de vida que nunca faltará al hombre sobre la tierra."

La profecía está cumplida: *El Señor me apacienta y nada me faltará. Me ha colocado en lugar de pastos.*

Muchas veces nuestras almas fatigadas por el camino, despedazadas de dolor por la lucha, devoradas por el fuego de las pasiones, disecadas por la tristeza que llega á quemar la médula de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vida, buscan con ansia un venero de agua cristalina que refresque sus labios, apague su sed y restaure sus fuerzas.

A la sombra del Tabernáculo brota esa fuente de agua pura, que calma la sed, apacigua la fiebre y restaura el alma.

Con razón lo presagiaba David, diciendo: *Me ha conducido á unas aguas que restauran y recrean.*

El buen Pastor lleva más adelante su misericordia.

En la Eucaristía ha depositado el Señor la fuerza de su poder para convertir á las almas, es decir, para apartarlas de los bienes perecederos, desprenderlas de las criaturas y conducirlas á su Creador que, siendo su único fin, debe ser su amor supremo.

Ha dejado, bajo las consagradas especies, una virtud curativa, una fuerza sobrenatural que arranca la raíz de los pecados, aniquila el efecto de los malos hábitos y ayuda al alma á romper sus cadenas.

El vaticinio de David es en la Eucaristía una realidad.

Convirtió mi alma, decía el Profeta.

Pero no basta que el alma se convierta.

Una vez libertada, el buen Pasto reconstruye lo que el pecado había destruido, é inicia la obra de embellecerlo, á fin de hacer en ella un templo para Dios, un santuario para el Espíritu de verdad, un lugar reservado y tranquilo, en donde el Esposo divino hable con su amada en el secreto más íntimo del amor y de la ternura.

Este trabajo es el de la santificación al que las Santas Escrituras llaman, las vías de la justicia, los senderos de la ley.

El sacramento de la Eucaristía pone ante nuestros ojos los preceptos de esa virtud admirable, los imprime en el fondo mismo de nuestros corazones y despierta en ellos sed de justicia, deseo ardiente é inapagable de virtud y de santidad.

La obra propia de la Eucaristía es la santificación: ella nos lleva de claridad en claridad, hasta que podamos ver sin deslumbrarnos, el sol esplendente de la santidad divina.

Me ha conducido, argregaba David, *por los senderos de la justicia.*

Pero por luminosos que sean los senderos de la justicia, no dejan de ser, muchas veces, difíciles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El viajero, fatigado, se detiene y en alguna ocasión cae, sin poder levantarse.

El buen pastor hace, entonces, de su báculo un apoyo para sostenerlo, ó una vara para castigarlo y hacer que encuentre, en el rigor mismo de la corrección, la advertencia que lo despierte, el aguijón que lo estimule para llegar con valor al término de su viaje.

Tu vara y tu báculo, sigue diciendo David, *han sido mi consuelo.*

Sólo á la dulce y bienhechora luz de la comunión, es la vara un consuelo.

Sólo á la influencia celeste de la Eucaristía, puede comprenderse como es saludable la prueba, bendita la humillación, delicioso el sufrimiento.

La Hostia de amor, que jamás nos falta, está viva en el sagrario para defender la bondad de Dios contra nuestras injustas acusaciones, cuando sufrimos, y para cambiar el castigo ó la prueba en sobrenatural consuelo de nuestras almas.

Algunas veces la prueba se prolonga, las tinieblas son profundas, se asemejan *á la sombra de la muerte.*

Nos refugiamos, entonces, al pie de los altares.

Allí, en el tabernáculo, está para velar sobre nosotros, nuestro Pastor dulcísimo.

Viene á lo más íntimo de nuestras almas, por la comunión, y entonces nada tememos.

Bien lo pronunciaba David: *Aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre.*

Y sobre todo, la Eucaristía nos hace invencibles é invulnerables.

El Señor ha levantado una mesa en que el pan que se come, dando valor y ardimiento, se cambia, como dice el P. Ternière, en arma de combate, en espada y escudo.

Aparejaste delante de mí una mesa, la vista de mis perseguidores.

Presencia continua, asistencia perpetua, alimento, bebida, conversión, santificación, protección, consuelo, final perseverancia, tales son los frutos de la comunión profetizados en esta magnífica página del libro de los Salmos.

Sentémonos cotidiamente á esa mesa divina, y allí encontraremos el gusto anticipado de las santas alegrías de la gloria: *Bañaste de oleo mi cabeza.*

Allí gustaremos ese vino que nos hará olvidar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las tristezas del destierro: *Y cuan excelente es el cáliz mío que embriaga.*

La misericordia del buen Pastor, nos seguirá todos los días de nuestra vida y *la Hostia de salud que nos abre* las puertas del cielo, nos introducirá á la casa de nuestro Padre, en donde viviremos con él no en las relaciones tímidas y reservadas de la fe, sino en las inefables intimidades de la unión perfecta y de la visión beatítica: *A fin de que yo more en la casa del Señor, por largo tiempo*.

FRUTOS EXTRAORDINARIOS DE LA EUCARISTIA.

Zacarías, hijo de Baraquías y nieto de Addo, comenzó á profetizar en el año II del Rey Darío, 250 años antes de la venida de Cristo.

Se ignora el lugar y época de su nacimiento, así como también el tiempo que duró su misión profética. [1]

Parece, dice Bossuet [2], que el libro de los decre-

1 Diccionar. de Cienc. Eclesiást.
2 Histor. Univer. Cap. X.

tos divinos fué abierto ante los ojos del Profeta y que leyó toda la historia del pueblo de Dios.

Su estilo es vivo, su lenguaje es puro y sus vaticinios en lo que se refiere al Mesías son más precisos que en los demás profetas.

¡Oh hija de Sión, prorrumpe el Profeta, al mirar en el éxtasis de su inspiración al Redentor que había de venir, ¡oh hija de Sión! regocíjate en gran manera, salta de júbilo ¡oh hija de Jerusalén! he aquí que á tí vendrá tu Rey, el Justo, el Salvador.

Describe en seguida los triunfos del rey pacífico con estas magníficas palabras:

"Entonces destruiré los carros de guerra de Efraim y los caballos de Jerusalén, y serán hechos pedazos los arcos guerreros; y anunciará la paz á las gentes, y dominará desde un mar á otromar, y desde los ríos hasta los confines de la tierra."

Y contemplando el indomable valor de los que habían de conquistar el mundo con la Cruz y con la palabra, así expresa su visión el Profeta:

"Yo he hecho de Judá como un arco tendido para mi servicio.... y á tus hijos ¡oh Sión! les daré valor sobre los hijos tuyos ¡oh! Grecia y te haré irresistible como la espada de los valientes."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Y aparecerá sobre ellos el Señor Dios; el cual lanzará sus dardos como rayos....; y marchará entre torbellinos del Mediodía."

"El Señor de los ejércitos será su protector; y consumirán y abatirán á sus enemigos con las piedras de las hondas."

"Y el Señor Dios suyo los salvará en aquel día como grey selecta de su pueblo; porque á manera de piedras santas serán erigidos en la tierra de él."

Después de anunciar el Profeta este poder maravilloso, esta fuerza admirable de los que habían de dominar á las naciones y conquistar á los pueblos, congregando á todos en un solo templo y difundiendo por todas partes una sola fe y una sola doctrina, pregunta el Profeta confuso y arrebatado:

"¿Mas cuál será el bien venido de él y lo hermoso que de él nos vendrá, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?"

Las grandezas del reino de Cristo debían tener una causa; la fuerza de los conquistadores del mundo debía tener un apoyo; las inimitables abnegaciones de las vírgenes cristianas debían tener un fundamento.

El Profeta lo busca, y á la intensa luz de la inspiración lo descubre y lo revela.

El Mesías, para esas grandes obras y para esos grandes triunfos, da á sus hijos lo que él tiene bueno, lo que él tiene hermoso, el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes.

He aquí la profecía del augusto Sacramento, he aquí descrita siglos antes de su institución la maravillosa obra de Cristo, la divina Eucaristía.

El Mesías dió á sus hijos lo bueno que él tenía, porque como dice el Padre Cornelio Alapide, en la Eucaristía, Cristo con suma bondad les da el sumo bien, es decir, se da él mismo tal como es, comunicando toda su divinidad, toda su humanidad y casi agotando de este modo los tesoros de su grandeza.

Da también, por otra parte, todo lo hermoso que tiene, porque en la Eucaristía está sustancialmente el Verbo de Dios que es la imagen y hermosura del Padre, y está sustancialmente el mismo Verbo como hombre, en cuyo carácter es por su belleza el más hermoso entre los hijos de los hombres.

Es también lo más hermoso porque la Eucaristía causa la florida juventud de las almas, las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace robustas, ágiles, prontas para el bien; las hace puras y vírgenes produciendo así como se expresa el Libro de la sabiduría [1] una generación bella y esclarecida.

Dió lo más hermoso, porque las especies de pan y de vino representan á Cristo inmolado en la Cruz, es decir, el cuerpo separado de la sangre.

Y esta inmolación y esta víctima fué hermosísima, digna de Dios y gratísima á sus ojos, como que por ella se le restituye el honor que el pecado le arrebatara.

Por eso San Agustín [2] decía: Cristo es hermoso en el cielo, es hermoso en la tierra, hermoso en el seno de la Virgen, hermoso en los brazos de sus padres, hermoso haciendo milagros, hermoso en la flagelación, hermoso invitando á la vida, hermoso entregándose á la muerte, hermoso en la Cruz, hermoso en el sepulcro.

La Eucaristía es lo bueno y lo hermoso de Cristo, y de tal manera que nada mejor ni más hermoso podía dar á los hombres.

Y no cabe ponerlo en duda, porque la Eucaristía es el compendiado resumen de las maravillas del Dios misericordioso.

1 IV. 1.
2 In. Psalm. 44.

Maravilla fué la creación del mundo; maravilla es la transubstanciación, porque es como cierta creación á virtud de la cual es creado en el altar el mismo Señor y Creador del mundo y el mundo en él mismo.

Maravilla fué el maná, que era un pan del cielo: maravilla es el pan Eucarístico que es maná sobrenatural y divino.

Obra maravillosa fué la Encarnación del Verbo; en la Eucaristía se realiza en cierto modo una encarnación nueva, se encarna el Verbo y humanado está presente en los altares.

Maravilla fué la crucifixión de Cristo, su muerte y la redención del mundo; en la Eucaristía se renueva de un modo incruento esa crucifixión y esa muerte.

Dios en la Eucaristía renueva y supera los antiguos milagros: convierte el vino en su sangre; hace que su cuerpo íntegro se encuentre en cada una de las partes de la Hostia, aun en la más imperceptible; permite que los accidentes vivan sin sustancia; se halla en todos los altares del mundo igualmente perfecto é íntegro.

En la Eucaristía se ejercita la fe creyendo que la Hostia no es pan, sino la carne de Cristo; se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ejercita la religión porque estando Dios presente en ella le adoramos rendidamente; ejercitamos la esperanza, porque si se nos da él mismo en alimento, ¿qué nos podía negar?

La Eucaristía es medicina de todas las enfermedades del cuerpo y del alma.

¿Te aqueja la soberbia? Recibe la Eucaristía que es Cristo humillado hasta la condición de pan.

¿Te aflige la impureza?

Toma la sangre de Cristo que es engendradora de vírgenes.

¿Te exalta la ira ó te agota la impaciencia?

Recibe á Cristo paciente y crucificado.

La Eucaristía es el fuego del amor divino. En ella está Cristo que es el amor de los amores, como dice San Bernardo.

Lo bueno y lo hermoso de Cristo, vaticinado por el Profeta, es, como él mismo lo llama, el trigo de los escogidos, el vino que engendra vírgenes.

Es el trigo de los escogidos, es decir, traduciendo la palabra hebrea, es el trigo de los jóvenes, porque la Eucaristía hace jóvenes, es decir, hombres fuertes, prontos, expeditos para toda lucha por ardua y difícil que sea.

Ella hizo á los grandes conquistadores de las almas, á los grandes héroes del cristianismo, á los mártires que derramaron su sangre para fecundar en la tierra la semilla divina.

Por eso en los tiempos de las persecuciones se concedió á los fieles que depositaran en sus casas la Eucaristía, para que la tomasen al presentarse el peligro.

El gran San Cipriano decía: "Cuando recibimos la sangre de Cristo derramada por nosotros, nos robustecemos y nos excitamos para derramar por él generosamente la nuestra, porque el amor es vigoroso como la muerte."

Ella es el vino que engendra á las vírgenes, porque inspira el amor superior de Dios y de los bienes celestes y el desprecio de las delicias y de los placeres del mundo.

Ella es el vino que engendra vírgenes, porque nos separa y nos consagra, porque paralizando y ahogando cada día más en nosotros los principios corruptores de nuestra carne viciada, hace correr en nuestra sangre no sé qué principio superior de pureza y virginidad.

La carne que recibimos en la Eucaristía es la carne virginal de Cristo: ella inocula, como es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

natural, sus propiedades en nuestro ser, y poco á poco nos hace semejantes á Jesús, nos hace vírgenes como él.

Ella imprime sobre nuestras frentes un pudor que ni se marchita ni se envejece; es un pudor que brilla con las gracias de inmortal pureza.

La Eucaristía en fin, es el sacramento del martirio y de la virginidad.

Los mártires y las vírgenes son los frutos escogidos del amor divino.

El amor llevado á su última potencia, á su intensidad suprema, es el único que puede producir á los vencedores del mundo, á los que lo han conquistado derramando su sangre y crucificando su carne.

Ninguna religión tiene vírgenes que ofrezcan á Dios con manos puras la víctima santa de la expiación, ó que adopten en el amor de una maternidad sobrenatural todas las debilidades de la infancia, todos los dolores de las enfermedades, todos los abandonos de la vejez.

Y no tiene vírgenes ni mártires porque sus tabernáculos están desiertos, porque la mesa que sirve á sus adeptos no está provista ni del trigo

que hace almas generosas, ni del vino que hace florecer á las vírgenes.

Si la historia demuestra, en efecto, que el martirio y la virginidad son frutos reservados de la comunión Eucarística, la profecía lo había anunciado antes con claridad deslumbradora, con autoridad que no admite réplica.

CARACTER GRATUITO DEL DON EUCARISTICO.

Isaías, llamado el historiador profético del Mesías, contemplando á la luz de la inspiración las grandezas de la Iglesia cristiana, dejó escapar de sus labios estas palabras.

"Sedientos, venid todos á las aguas; y vosotros que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed: venid, comprad sin dinero y ninguna otra permuta, vino y leche."

"¿Por qué gastáis vuestro dinero en cosas que no son buen alimento, y empleáis vuestras fatigas en lo que no puede saciaros?"

"Escuchadme con atención, concluye el Profeta, y alimentaos del buen manjar y vuestra alma se recreará en la más sustancioso de las viandas."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas palabras son á no dudarlo una profecía de la Comunión Eucarística.

Los intérpretes sagrados así lo afirman. [1]

Y así lo demuestra el paralelismo que se advierte entre este pasaje de Isaías y el capítulo VI del Evangelio de San Juan.

El Profeta se dirige á todos aquellos que tienen hambre y sed al mismo tiempo, y les promete la satisfacción perfecta de sus necesidades bajo los dos principales elementos de la alimentación humana.

"Sedientos, les dice, venid á las aguas.... comprad y comed: alimentaos del buen manjar y vuestra alma se recreará en lo sustancioso."

El Salvador del mundo llama también á los que tienen hambre, y sed y les ofrece un alimento y una bebida: el pan de su carne y el vino de su sangre.

"Si no coméis, decía en su paso por el mundo, la carne del Hijo del hombre, ni bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. Porque mi carne es verdaderamente alimento y mi sangre bebida."

El Profeta ofrecía un alimento y una bebida que dejaría completamente satisfechos á quienes

[1] Cornel. á Lapide in is. cap. LV.

los usaran y que los llenaría de delicias. *Comedite bonum, et delectabitur in crassitudine anima vertra.*

Llama á este alimento con una energía sublime el bien, lo bueno, la cosa excelente entre todas: *Comedite bonum.*

Lo opone á los falsos bienes, á los placeres culpables que buscan los hombres con tanto empeño y en los cuales no encuentran, después de un momento de embriaguez, más que el vacío de las decepciones, las angustias de la conciencia, la tortura del remordimiento y no sin frecuencia la enfermedad y la ruina.

¿Por qué gastáis, les dice, vuestro dinero en cosas que no son buen alimento y empleáis vuestras fatigas en lo que no puede saciaros?

Jesucristo á su vez ofrece un alimento y una bebida que dejará satisfecho al hombre plenamente.

"Yo soy el pan de vida decía el Salvador: quien viene á mí ya no tendrá hambre y quien cree en mí ya no tendrá sed."

Jesucristo á su vez ofrece lo bueno, lo excelente: se ofrece él mismo, fuente de vida.

"Yo soy el pan vivo, decía, bajado del cielo."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y ese pan celeste que es El mismo, le da al hombre aquello de que tiene hambre y sed, es decir, la vida, la vida del alma y la vida del cuerpo, la vida para el tiempo y la vida para la eternidad.

"Yo soy el pan vivo, repetía, y el que come de ese pan vivirá eternamente."

Jesucristo á su vez oponía ese alimento y esa bebida á los goces del mundo que nunca satisfacen.

El que bebe de esta agua, decía á la Samaritana, volverá á sentir las angustias de la sed.

Pero si venís á las aguas vivas, al cáliz de la salud, á la mesa del cielo, quedaréis restaurados y satisfechos.

¡Oh hombres, decía Isaías y repetía el Salvador, ¿por qué buscáis con tanto afán vanos fantasmas de felicidad? ¿Por qué gastar vuestro dinero y disipar el patrimonio de vuestros padres, es decir, el de vuestros dones naturales, para no conseguir dar á vuestra alma algo que la satisfaga?

Ni las riquezas, ni los honores, ni los placeres, ni el renombre, ni la ciencia, ni la gloria son un pan con que ella pueda satisfacerse.

Sólo Dios, su gracia, su doctrina y especialmente el alimento Eucarístico es el pan, dice el Padre Cornelio á Lapide, que puede reparar á la alma y saciarla completamente.

He aquí, en concepto del Padre Tesniére, la aplicación literal, por decirlo así, de este vaticinio de Isaías, á la Comunión Eucarística.

Pero puede penetrarse un poco más.

Fué revelado al Profeta, y él lo anuncia al mundo, uno de los caracteres más salientes del Sacramento de amor: la inefable facilidad con que puede adquirirse el pan Eucarístico.

"Los que no tenéis dinero, decía el Profeta, comprad y comed: comprad sin dinero y sin ninguna otra cosa en cambio, vino y leche."

Sin dinero puede adquirirse ese manjar bueno, ese bien excelente, como le llama Isaías, "*comedite bonum.*"

Hermosa revelación, sublime profecía: todos nosotros, criaturas miserables, pobres y desnudos y que pagamos tan caro el pan corruptible de nuestras mesas, podemos adquirir el pan del cielo, el pan de los ángeles, el pan de Dios, por nada.

Sin oro, sin plata, sin dar nada en cambio, podemos obtenerlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y no una vez, ni con grandes esfuerzos, ni siquiera con prolongadas súplicas.

Podemos adquirirlo cuantas veces lo quiera nuestra alma, cada día, sin suspender nuestro camino, sin detenernos más que el tiempo necesario para tomarlo y comerlo: "*Properate.*"

Basta quererlo, basta desearlo, basta tener necesidad, la pobreza da título y derecho: "*Omnes sitientes, venite*"..... *emite absque argento*"

Cristo como el Profeta, no exigía más.

Al ofrecer al mundo el pan de vida de su adorable Sacramento, no ponía más que esta condición: creer en su valor, es decir, creer que él es el verdadero pan de vida, "*Hoc est opus Dei ut credatis,*"[1] experimentar la necesidad de ese pan, para no desfallecer en el camino: "*Ne deficiant in via*" desearlo y venir á comerlo "*Accipite et manducate.*"

Tener hambre, tener sed, confesar nuestra necesidad del auxilio de Dios para conservar la vida de la gracia; creer en la palabra del Salvador, de que ese socorro se encuentra en el pan vivo de la Eucaristía, presentarse á la santa mesa, para satisfacer el hambre; he aquí lo que basta para obtener fructuosamente el pan Eucarístico.

1 Joan VI-29.

Esa hambre no es otra cosa que la buena voluntad, compuesta de amor, de humildad y de ardientes deseos.

La buena voluntad, dice San Bernardo, es la moneda con que Dios se conforma, en cambio del bien de los bienes que él nos concede.

Y Dios se conforma con esa buena voluntad, con esa moneda en cuya composición entra, según el mismo santo, el oro del amor, porque él nos ama tanto, que desea á todo trance ser amado por nosotros.

Tiene sed de que tengamos sed de él, según la enérgica y bellísima frase de San Gregorio de Nacianzo: "*Sitit sitiri Dominus.*

Es tan bueno nuestro Dios, desea tanto salvarnos, que mira nuestros deseos como precio digno de sus bienes sin precio.

¡Oh! apresuramiento admirable de la bondad divina.

El bien de los bienes nos es ofrecido con la sola condición de quererlo: Dios no aguarda que le busquemos, él nos busca: tiene sed de ser deseado: tenemos sed y él presenta el cáliz á nuestros labios: nos mira como sus bienhechores, cuando le pedimos beneficios: tiene una naturaleza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

generosa, magnífica, pronta para dar: siente más placer en acordarnos sus dones, que nosotros en recibirlos.

No vacilemos en llegar á la mesa Eucarística: nuestra pobreza es el mejor título para acercarnos al banquete divino: nuestra indigencia nos da derecho á participar del pan de los ángeles.

Venid á mí todos los que tenéis sed: os he hecho príncipes y señores de la tierra, de la mar y de los cielos: ¿qué os podré negar? no os pido más que una cosa en cambio: que tengáis sed de vuestro Padre, ¡oh! hijos míos, y vuestro Padre que es también vuestro Dios, se os dará desde luego á vosotros.

Estas hermosas palabras de Clemente Alejandrino, resumen el ardiente y amable vaticinio del Profeta Isaías.

UNIVERSALIDAD DEL DON EUCARISTICO.

Salomón, hijo de David, y sucesor de éste en el trono de Judá, en la época más gloriosa para el pueblo de Israel [1]; ese rey admirable, á quien

1 Rohrbacher, tom. I, pág. 484.

dió el Señor un corazón sabio y de tanta inteligencia, que no lo ha habido semejante antes, ni lo habrá después [1]; ese hombre de prudencia incomparable y de magnanimidad inmensa, como la arena que está en las playas del mar [2], dejó escritas, en sus proverbios, que son como los elementos de la razón humana [3], estas sublimes y misteriosas palabras:

"La Sabiduría se fabricó una casa, labró siete columnas."

"Inmoló sus víctimas; mezcló el vino y preparó la mesa: envió sus criadas á convidar que viniesen al alcázar; y desde las murallas de la ciudad gritaba:"

"Quien sea párvulo, véngase á mí. Y á los que no tienen juicio les dijo:"

"Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado:"

"Dejad las niñerías, y vivid y caminad por las sendas de la prudencia." [4]

En estas hermosísimas frases, que son, siguiendo la doctrina de San Atanasio [5], unas verda-

1 III Reg. III-12.
2 Loc. cit. IV-29.
3 Rohrb. loc. cit.
4 Prov. IX, 1 á 6.
5 In Sinop. Scrip. cap. XIV in Prov.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deras estrofas, es decir, que una cosa expresan, atendida la corteza de las palabras, y otra significan, por medio de la imagen ó figura que enuncian, se ve delineada, mil años antes de su institución, la Divina Eucaristía, ese convite celestial, al que son invitadas todas las generaciones, todas las razas, todos los pueblos.

Sólo al percibir el acento del Profeta que no ha perdido ni su original encanto, ni la belleza de su forma, descubre el cristiano que aquella sabiduría, que necesita una habitación en la tierra, es la Sabiduría encarnada, revestida de las debilidades de la humanidad, que ha fundado la Iglesia para que le sirva de morada escogida y de amable tabernáculo, en el que pueda prolongar su permanencia en el mundo, hasta el fin de los siglos.

La humana inteligencia, adoctrinada por la enseñanza cristiana, vislumbra, también, en las siete columnas, que, formadas de la roca, servían de fundamento á la casa de la Sabiduría, los siete Sacramentos que, instituidos por Cristo, que es la piedra, constituyen la base de la Iglesia, y con los cuales alimenta, repara y mantiene la vida, en el alma de sus hijos.

Y en ese templo, incomparablemente más suntuoso y más santo que el de Salomón, la Sabiduría encarnada, como lo anunciaba la profecía del pacífico Rey de Judá, ha ofrecido y ofrece todos los días un sacrificio del que es ella misma la Hostia sin mancha.

Lo ofrece bajo las dos especies de pan y vino, y después que la justicia de Dios queda satisfecha, recibiendo el perfume de esa víctima inmaculada; después que Dios ha tomado su parte del sacrificio, llevada por el arcángel á la mesa del cielo; el altar de la tierra, se convierte en mesa para el hombre y allí la Sabiduría infinita le sirve una parte de la misma víctima, en el pan consagrado y en el vino del cáliz.

En las esclavas, de que habla Salomón en su encantadora parábola, enviadas por la Sabiduría á las murallas de la ciudad, para que desde allí invitaran á los niños y á los insensatos á que comieran el pan y bebieran el vino que les tenía preparado, contempla, sin sombras, el corazón del creyente, á los Profetas y á los Doctores, á los Apóstoles y á los Obispos, llamando desde la altura de las cátedras cristianas á todos los hombres, con palabra dulce y apremiadora, para que vengan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

a sentarse á la mesa divina, en la que les ha preparado la Sabiduría Eterna, un pan que da vida y un vino que engendra á las almas vírgenes.

Y en la parábola están bien descritos con la palabra *esclavas*, enviadas por la Sabiduría, *missit ancillas suas*, porque los Profetas y los Apóstoles, los Doctores y los Obispos son los enviados de Dios y tienen que estar dotados de blanda suavidad, como es la de una mujer, para consolar al hombre en la tierra y atraerlo dulcemente á las delicias del banquete Eucarístico.

Lo que en las palabras de Salomón descubre el pensamiento humano, iluminado por la fe, lo admiraron y descubrieron los grandes genios que han iluminado al mundo, en el curso de los siglos.

"Aquí sin duda reconocemos, dice San Agustín, que la Sabiduría de Dios, esto es, que el Verbo tan eterno como el Padre, edificó en las entrañas de la Virgen su casa, que es su cuerpo humano, y que á éste, como á cabeza, le añadió, como miembros, su Iglesia, sacrificando en ella las víctimas de los mártires y disponiendo la mesa con pan y vino, donde se nos descubre también el Sacerdocio, llamando y convidando á los faltos de entendimiento."

"Y el participar de esa mesa, agrega el Santo Doctor, es lo mismo que comenzar á tener vida, porque hasta en otro libro llamado "El Eclesiastés," donde dice: "no tiene otro bien el hombre sino lo que comiere y bebiere," ¿qué cosa más creíble podemos entender que nos dice, sino lo que pertenece á la participación y comunión de esta mesa que nos pone el mismo sacerdote, mediandero del Nuevo Testamento, sirviéndonos en ella su cuerpo y su sangre? [1]" La Sabiduría, dice San Atanasio, puso la mesa del sagrado altar, en el cual se ponen para alimento de vida, el cuerpo y la sangre de Cristo."

"El Espíritu Santo, agrega San Cipriano, por los labios de Salomón mostró anticipadamente el tipo del sacrificio de la nueva ley, al hacer mención de la Hostia inmolada, del pan y del vino, del altar y de los Apóstoles."

"La Sabiduría de Dios, añade San Isidoro, se edificó una casa, la Iglesia Santa, en la cual inmoló la Hostia de su cuerpo, mezcló el vino de su sangre en el cáliz del sacramento divino, preparó una mesa, esto es, el altar del Señor, y envió á sus esclavas, los Apóstoles y los Doctores, para

1 De Civit. Dei XVII. 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que invitaran á los insensatos, es decir, á las naciones que no conocían al Dios verdadero y les dijeran: "Venid, comed el pan y bebed el vino que os tengo preparado."

La Iglesia Católica, maestra infalible de la verdad, ha proclamado que las palabras de Salomón constituyen una hermosa profecía del Sacramento Eucarístico.

Ella, con su celeste sabiduría, las ha escrito en el frontispicio de ese monumento de ciencia, de elegancia literaria y de amor que se llama "El Oficio del Santísimo Sacramento," levantado á la gloria de Dios por el genio inmortal de Santo Tomás de Aquino.

Pero lo que más resalta en la profecía, es el carácter de universalidad del don Eucarístico.

"Quien sea párvulo, véngase á mí: el que no tenga juicio venga á comer de mi pan."

Evidentemente estas palabras designan el carácter universal del don Eucarístico.

¿Quién es el hombre que ante Dios no sea un niño pequeño?

¿Quién es el hombre que, ante el trabajo de la virtud, el cumplimiento del deber, la lucha organizada y dirigida contra él por los enemigos de

su salvación, no sea pequeño, débil y, en suma, un niño, sin valor y sin fuerzas?

¿Quién, ante el problema de su destino, de la dirección de su vida, del camino que debe tomar para ir al cielo, de la elección que debe hacer entre los falsos bienes y los verdaderos, no es un ignorante, un imprudente, un insensato, para decirlo de una vez, con la energía de la palabra sagrada, *insipientibus locuta est?*

¿En dónde está el hombre que no haya demostrado, muchas veces en su vida, ligereza deplorable y necedad profunda, prefiriendo la criatura al Creador, el bien pasagero al bien perdurable, la estimación y el amor de los hombres á la estimación y al amor de su Dios, la muerte á la vida, el infierno á la gloria?

No cabe ponerlo en duda: todo hombre es un niño, es un ignorante, desde que se trata de la vida sobrenatural, desde que se coloca ante la majestad de su Dios.

La profecía, en consecuencia, se refiere á todos los hombres.

Y Jesucristo lo consagró, así con su palabra omnipotente, al instituir el Sacramento de su ternura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Comed todos, dijo, *manducate ex eo omnes:*"

Todos: he aquí una pala indeterminada, infinita: en ella caben todas las condiciones, todas las edades, todos los estados.

Todos, hasta los ignorantes, hasta los sencillos, hasta los pecadores, hasta los que ayer estaban muertos y que apenas vueltos á la vida pueden caer más profundamente quizá, hasta los niños que apenas tienen conciencia de sí mismos, hasta los moribundos que tienen ya un pie en las sombras del sepulcro.

A todos invitaba la profecía, y á todos invitó Cristo, realizándola.

Invita á los niños y á los insensatos, es decir, á los pecadores, no porque acepte á estos con los pecados que manchan su alma: quiere que se despojen de ellos, al entrar al convite.

Dejad las niñerías, decía el Profeta, es decir, abandonad el mal camino que váis recorriendo y caminad por las sendas de la prudencia, *et ambulate per vias prudentiæ.*

A todos ofrecía el Profeta y ofreció Cristo el pan y el vino que iluminan, que enseñan, que destruyen los errores, que corrigen los vicios, que reprimen los extravíos, que hacen salir de las

vías tenebrosas cuyo término es la muerte, para introducirlos en las vías luminosas, rectas y seguras de la prudencia sobrenatural, en donde la fe esclarece los senderos, la humildad evita los tropiezos, la esperanza sostiene contra el cansancio, el amor da fuerzas para caminar valerosamente, y en donde Dios mismo, en fin, marcha con nosotros y nos lleva como de la mano hasta el término bendito del destierro, hasta la patria eterna; *relinquite infantiam et ambulate per vias prudentiæ:*

¡Oh! dulce profecía: Oh! increíble profusión del don Eucarístico.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Historia de la institución de la Eucaristía.

Nada más excelente, nada más grande, nada más sublime, que el Misterio adorable en que el Dios misericordioso dejó á los hombres una memoria de sus prodigios y la prenda más dulce de su amor infinito.

"Todo el mundo reconoce, con San Dionisio Areopagita y con Santo Tomás de Aquino, en quienes se resume la teología católica, desde su aurora, en los tiempos apostólicos, hasta el esplendor de su plena luz en el siglo XIII, que la Eucaristía es la perfección de todo lo que perfecciona, la consumación de todo lo que santifica, el fin de todos los sacramentos y el más excelso de esos magníficos y poderosos medios de la vida sobre-

natural, como es más excelso el Creador que cualquiera obra de sus manos, por bella y portentosa que se suponga.[1] "

Estas luminosas afirmaciones del Angel de las Escuelas, se imponen á la inteligencia humana, alumbrada por la fe, sin dificultades y sin esfuerzo.

La Eucaristía, considerada en su objeto adorable, es el hombre Dios hecho Sacramento.

Todo lo que se afirma esencialmente del Verbo hecho carne, se afirma, en consecuencia, del Verbo sacramentado.

Tiene, pues, la Eucaristía, la misma excelencia, la propia dignidad, la idéntica incomparable grandeza de Jesucristo.

Es importante como Jesucristo, necesaria como él, digna de las mismas alabanzas, de los mismos respetos, de los mismos deberes, de las mismas adoraciones de los ángeles y de los hombres.

Es no solamente el signo, la imagen ó el vestigio, el instrumento ó el medio, la gracia ó el don de Jesucristo, es Jesucristo mismo, que es el Dios bendito en todos los siglos y á quien se debe toda gloria.

1 Santo Tomás, III Par. q. LXV á 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Considerada en sus relaciones con la sociedad cristiana, de la que forman parte el cielo, la tierra y el lugar de expiación de las almas escogidas formando un solo reino, es la Eucaristía el alma y el corazón del cuerpo místico de Jesucristo, la fuente de toda gracia, el río ancho y profundo que hace circular la vida en todas las extremidades de la tierra, que extiende hasta los valles desolados del Purgatorio, sus aguas purísimas que refrescan y consuelan, y que hace subir hasta el cielo sus ondas luminosas que llevan á los jardines del Eden un flujo, sin cesar renovado, de gozo y de gloria.

En la tierra, es la razón fundamental y el objeto supremo del culto de la Iglesia Católica, es el centro y el nudo de nuestras creencias que reune; en espléndida armonía, la fuente siempre pura y siempre activa de su santidad, la garantía indefectible de su inmortal duración, el resorte poderoso de su expansión apostólica que no tiene límite conocido.

Es para las almas el medio indispensable de la vida cristiana; el único preservativo contra nuestra nativa debilidad; el solo remedio capaz de curar la llaga siempre purulenta del apetito sensual;

el alimento de todas las virtudes que gradualmente desenvuelve; el principio generador de la piedad; el recurso que hace las relaciones del Creador con su criatura, fáciles hasta la familiaridad, afectuosas hasta la ternura; el principio activo de la abnegación; el foco siempre encendido de la caridad divina.

Es el astro central de esa inmensa fase que principia en la muerte del Salvador y que ha de terminar en el día de su triunfo supremo, cuando juzgue á los vivos y á los muertos.

Ella es el presente.

Entre el pasado de Cristo, en que sólo un pequeño grupo de privilegiados gozó de su presencia visible, y el porvenir glorioso del reino eterno, en que lo poseerán todos los elegidos en los esplendores de la visión beatífica y del amor sin desfallecimientos, la Eucaristía es el único medio de la presencia personal del Salvador en la tierra.

Bajo los velos del Sacramento es como los viajeros del tiempo podemos poseer á Jesucristo; pero lo poseemos en realidad, en su persona misma, en su esencia divina, en su naturaleza humana, en su vida y en su acción.

El Cristo Eucarístico es el fin inmediato de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Iglesia y del cristiano, como el Cristo glorioso es su fin último.

En él es, en quien se consuma, aquí abajo, la unión del hombre con Dios, que es en lo que consiste la perfección suprema y la felicidad soberana de la criatura racional en la tierra.

Obra tan admirable, como la que acaba de bosquejar nuestro labio, que mancha la culpa, no podía denominarse con un solo nombre.

Tan extensa como es, no era posible que se encerrase en los límites de algunas sílabas: propiedades tan maravillosas, efectos tan sin número, exigían que mil nombres reuniesen sus rayos, y ni aun así podrían llegar á esclarecer, sino muy imperfectamente, su objeto divino.

Obra tan portentosa, no podía aparecer de improviso.

El misterio más profundo, que sobrepasa los límites de la razón y que debía sumergir al hombre en el abismo más hondo del respeto y la admiración, debió anunciarse largo tiempo antes de que se realizara, debió definirse y bosquejarse bajo las formas elementales de la figura.

"Ni el arte, ni la naturaleza, dice Bossuet, pro-

ducen de un solo golpe sus grandes obras: avanzan paso á paso."

Y así lo hizo Dios en el orden de la creación: así lo hizo en el de la Redención: así lo hace en el orden de la santificación, cuyo centro es la Eucaristía.

"Dios, dice Basilio de Selencia, acostumbra bosquejar, en antigua imagen, las obras nuevas de su gracia. Como las cosas que son superiores á las leyes de la naturaleza son increíbles á los ojos del hombre, Dios pone, como fundamento de aquellas, las imágenes, para que, contempladas por su criatura, quede preparada á creer lo que su razón no alcanza."

Y así se hizo en la Eucaristía.

La ley escrita y la ley de la naturaleza, que eran un bosquejo de Cristo, *Christi rudimenta*, presentaron al mundo las más bellas y encantadoras figuras del don eucarístico.

Obra tan profunda y tan sublime, necesitaba igualmente que la voz de la profecía se hiciese escuchar, para que las inteligencias pudiesen ver, á la luz de la palabra eterna, la maravillosa obra del amor más puro, de la ternura más inefable,

Por eso en nuestros precedentes artículos hemos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hablado de los nombres de la Eucaristía, hemos presentado sus bellas y radiosas figuras y hecho escuchar la voz imponente y augusta de los Profetas.

Nos acercamos ya al estudio del misterio y sus maravillas.

Debemos entonces contemplar en un solo cuadro los hechos que han pasado en el último día de la vida de Cristo y las circunstancias que han acompañado la institución de la obra más querida de su alma.

Aunque los acontecimientos que vamos á describir se realizaron en el espacio de algunas horas, como ellos son tan numerosos y el camino que debemos recorrer está sembrado de tantos prodigios, necesario es que los estudiemos separadamente.

Así, pues, dividiremos este estudio en dos partes: Preliminares de la Institución: Institución de la Eucaristía.

I

PRELIMINARES DE LA INSTITUCION.

JUEVES SANTO.

"Acercábase ya la fiesta de los Azimos, dice San Lucas, que es la que se llama Pascua, y los príncipes de los sacerdotes y los escribas andaban trazando el modo de dar la muerte á Jesús."

Este, después de haber concluido sobre la montaña de los Olivos un discurso en que había hablado á sus Apóstoles del juicio último y de la ruina de Jerusalén, les dice: Bien sabéis que de aquí á dos días, debe celebrarse la Pascua y que el Hijo del hombre será entregado á muerte de cruz.

Al mismo tiempo, agrega el texto evangélico, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo, en el Palacio del Sumo Pontífice que se llamaba Caifás, y tuvieron concejo para hallar medio como apoderarse con maña de Jesús y hacerlo morir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hablado de los nombres de la Eucaristía, hemos presentado sus bellas y radiosas figuras y hecho escuchar la voz imponente y augusta de los Profetas.

Nos acercamos ya al estudio del misterio y sus maravillas.

Debemos entonces contemplar en un solo cuadro los hechos que han pasado en el último día de la vida de Cristo y las circunstancias que han acompañado la institución de la obra más querida de su alma.

Aunque los acontecimientos que vamos á describir se realizaron en el espacio de algunas horas, como ellos son tan numerosos y el camino que debemos recorrer está sembrado de tantos prodigios, necesario es que los estudiemos separadamente.

Así, pues, dividiremos este estudio en dos partes: Preliminares de la Institución: Institución de la Eucaristía.

I

PRELIMINARES DE LA INSTITUCION.

JUEVES SANTO.

"Acercábase ya la fiesta de los Azimos, dice San Lucas, que es la que se llama Pascua, y los príncipes de los sacerdotes y los escribas andaban trazando el modo de dar la muerte á Jesús."

Este, después de haber concluido sobre la montaña de los Olivos un discurso en que había hablado á sus Apóstoles del juicio último y de la ruina de Jerusalén, les dice: Bien sabéis que de aquí á dos días, debe celebrarse la Pascua y que el Hijo del hombre será entregado á muerte de cruz.

Al mismo tiempo, agrega el texto evangélico, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo, en el Palacio del Sumo Pontífice que se llamaba Caifás, y tuvieron concejo para hallar medio como apoderarse con maña de Jesús y hacerlo morir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durante este concejo, en que la traición, el odio, la violencia y la astucia juntos deliberan la muerte del Justo, el Salvador estaba fuera de Jerusalén: había salido de allí la víspera de aquel día, ó sea el 13 del mes de Nisan, que en parte corresponde á nuestro mes de Marzo y en parte á nuestro mes de Abril, y no debía volver á la ciudad, sino para consumar su gran sacrificio.

La tarde y la noche de ese mismo día 13, que era miércoles, los pasó en la hospitalaria casa de Bethania, entre las conversaciones con Lázaro, los cuidados solícitos de Marta y las silenciosas adoraciones de María.

Lució la mañana del jueves, que debía ser el gran día de su amor.

Dijo, entonces, á sus discípulos: "Id á la ciudad en casa de tal persona y dadle este recado: El Maestro dice: Mi tiempo se acerca, voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos." [1]

Hicieron estos lo que el Maestro les ordenaba y prepararon lo necesario para la fiesta.

Al caer de la tarde de ese día, púsose á la mesa con ellos y, al fin de la cena, tomó el pan

1 Math. XXVI-18.

y lo bendijo, y lo partió y se los dió, diciendo: "Tomad y comed, este es mi cuerpo."

Jesús, por lo mismo, y así lo demuestran de un modo conteste y uniforme los cuatro documentos Evangélicos, instituyó la divina Eucaristía y celebró la Pascua en el día prescrito por la ley, en el mismo día que la celebraron los judíos, que fué el jueves 14 del mes de Nisan, —que corresponde, según las observaciones del Padre Didon, al 6 de Abril del año 783 de la fundación de Roma y 30 después del nacimiento de Cristo.

La elección de ese día, para la Institución del Augusto Sacramento de los altares, no carecía de misterio.

El día de la Pascua recordaba la memoria de dos acontecimientos, íntimamente ligados en la historia de los judíos.

Era el primero, el paso del ángel esterminador que había libertado á los Israelitas de la servidumbre egipcia.

Habíase verificado ese acontecimiento el día 14 del mes de Nisan, y, para perpetuar su memoria, estableció el legislador judío que esa fecha quedara consagrada, cada año, con la inmolación

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conmemorativa del Cordero pascual que se comía con ciertas ceremonias, que la ley puntualizaba con escrúpulo y con detalle.

La solemnidad, sin embargo, de la fiesta, el gran día de la Pascua, se celebraba al día siguiente, es decir, el día 15 del mes de Nisan, que era el primero de los meses del año.

Era el otro, el ser el día de la Pascua, el primero de la fiesta de los Azimos, instituida para recordar que, al día siguiente del paso del ángel esterminador, la partida de los judíos había sido tan pronta, que el pan amasado la víspera, no había tenido tiempo de fermentar.

Así es que, al hacerse la Institución de la Eucaristía en la tarde del jueves, al ponerse el sol, cuando ya había comenzado la gran solemnidad de los judíos, quiso el Salvador del mundo dar cumplimiento á los vaticinios que esos hechos venían anunciando.

El era el cordero sin mancha, cuya sangre libertaba al hombre de toda servidumbre.

El era el pan del cielo que había de servir de alimento divino á la humanidad pecadora, en su tránsito por la tierra.

Se instituyó la Eucaristía á la hora en que todos los judíos comían el Cordero pascual.

Jesucristo, habiendo satisfecho así, por última vez, la ley promulgada por su Padre, abrogó, con toda la plenitud de su poder, la Pascua antigua y fundó la nueva, reemplazando la carne del cordero figurativo, por el don de su carne inmolada y de su sangre esparcida, para libertarnos de la muerte.

Instituyose la divina Eucaristía, cuando las sombras del Calvario comenzaban á extenderse sobre el cenáculo, y cuando la atmósfera de la pasión empezaba á envolver las últimas efusiones del corazón amante de Jesucristo.

Esta circunstancia respondía á tres grandes designios de la sabiduría del Verbo Encarnado.

Quiso el amante Salvador disminuir la pena de sus apóstoles, dejándoles su presencia sacramental, en el momento mismo en que la muerte iba á privarlos de su presencia humana; quiso mostrarles el subido precio del don que les hacía, pues que había esperado, para hacerlo, el momento más solemne, la hora postrera de la vida; quiso, en fin, atar con inrompible lazo su pasión y la Eucaristía, para que ésta fuese siempre la memo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riade sus dolores, el recuerdo vivo de su agonía y de su muerte.

Así lo enseña Santo Tomás, con su pensamiento siempre luminoso, con su palabra siempre concisa.

El Salvador, en efecto, iba á separarse de sus apóstoles, á privarles de su presencia humana, de su compañía sensible, tan dulce y tan bienhechora.

¿No era, entonces, propio de su previsión y de su ternura, reemplazarla por su presencia Eucarística, á fin de que, si ya no lo podrían ver, encontrasen al menos en su posesión real en el Sacramento, una compensación de aquella presencia humana, tan familiar y tan encantadora para ellos; un consuelo en la ausencia que tan profundamente iba á contristarlos; un medio, en fin, de mantener su memoria y preservarla del olvido á que tienden, casi sin remedio, las inconstancias del corazón humano?

Jesús, por otra parte, era el único que comprendía la grandeza del presente que se proponía ofrecer al mundo.

Sentía que se agitaban en su corazón olas de ternura, y, permitiéndoles que se desbordaran, que-

ría poner, con el don de sí mismo, el colmo á sus beneficios, superándolos á todos.

Quiso hacernos apreciar la grandeza de ese don, su importancia, su precio inestimable.

Y como las últimas palabras de un ser querido se graban más profundamente en la memoria del que las recoge, y como los corazones en el momento de separarse es cuando más íntimamente se penetran, quiso Jesucristo esperar la hora de su separación, para hacer, de la prenda de su último adios, el legado valioso de un testamento supremo.

El Salvador, en fin, iba á morir y á realizar su grande obra de redimir al hombre.

La fe en sus dolores, la esperanza en la efusión de su sangre, tenían que ser el fundamento de la redención humana.

Era, pues, preciso, que dejara á su Iglesia un memorial auténtico de su muerte y que los fieles, al celebrar los misterios Eucarísticos, quedasen en cierto modo obligados á anunciarla, hasta el fin, como se expresa el Apóstol.

He aquí por qué instituyó la Eucaristía, cuando había comenzado ya el día de sus dolores y de su muerte.

Las pocas horas que separaban la cena de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte en la cruz, harían que no se pudiese jamás recordar la primera, sin traer á la memoria las angustias de la segunda.[1]

"No nos acerquemos nunca á la Eucaristía, dice Bossouet, ni asistamos jamás á la celebración de este Misterio, sin trasladarnos en espíritu á la tristísima noche en que fué instituido."

"Acostumbrémonos, agrega el gran Obispo de Meaux, al asistir al Santo Sacrificio, y más todavía al acercarnos al banquete Eucarístico, á despertar en nuestra memoria el amargo al par que dulce recuerdo de la muerte del Salvador."

PREPARATIVOS DE LA PASCUA.

Había llegado el día de los Azimos, en el cual era necesario sacrificar el Cordero pascual.

Jesús, pues, envió á Pedro y á Juan, diciéndoles: Id á prepararnos lo necesario para celebrar la Pascua.

Dijeron ellos: ¿Dónde quieres que lo dispongamos?

Respondióles: Así que entréis en la ciudad,

1 Tesnière. Predicación Eucarística.

encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle hasta la casa en que entrare; y diréis al padre de familia de ella: El Maestro te envía á decir: ¿Dónde está la pieza en que yo he de comer el Cordero pascual con mis discípulos?

Y él os enseñará, en lo alto de la casa, una sala grande bien aderezada; preparad allí lo necesario.

Idos que fueron, lo hallaron todo como les había dicho, y dispusieron la Pascua. [1]

¡Qué sencillez tan sublime! ¡Qué belleza tan encantadora!

Cada vez que se abren las páginas del Evangelio, se encuentran tan frescas, tan llenas de colorido, tan exuberantes de verdad y de vida, como se hallan puras y encendidas, frescas y lozanas, al abrir su cáliz, en cada mañana de primavera, las rosas nacidas á la orilla del Jordán, que embalsaman, con el blando aroma de su virginal esencia, el ambiente de sus riberas, el viento que acaricia la tranquila corriente de sus aguas.

Jesús, en el jueves 14 del mes de Nisan, cerca del medio día, *ante vel sub meridiem*, según la frase del más erudito comendador de las divinas

1 Luc. XXII: 7-12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Escrituras, envía á sus dos más amados discípulos, de Bethania á Jerusalén, para que preparen la Pascua, es decir, para que encuentren un lugar á propósito, sacrifiquen un cordero, lo hagan asar y dispongan todos los demás accesorios de la sagrada cena.

No podían escogerse preparadores más dignos de la Eucaristía, cuya próxima institución ignoraban entonces, pero que estaba en los designios del Maestro que con ese fin los enviaba á Jerusalén.

Pedro y Juan: el Moisés y el Arón de la nueva Ley.

Pedro es el jefe del Colegio Apostólico: Juan, el discípulo á quien amaba Jesús, y el primero de los hijos que adoptara en el Calvario la madre de la víctima.

En Pedro domina la fe: el amor, es la nota más saliente del carácter de Juan.

Al escoger á estos discípulos, revela, desde entonces Jesucristo, que la fe y el amor deben preparar á las almas, cuando venga á ellas, como á un cenáculo, para celebrar su pascua, en la comunión eucarística.

La fe allana los caminos; el amor embellece la morada.

La fe alumbra las sombras del misterio; el amor, con sus regaladas dulzuras, limpia el corazón y lo deleita y lo enciende.

Es la Eucaristía misterio de fe, por autonomasia; es prenda de amor, por excelencia.

Y no sólo revelaba, desde entonces, que la fe y el amor eran las dos alas para subir hasta el tabernáculo en que mora la esencia divina con todos los encantos de su belleza, con toda la majestad de su poder, con todos los prodigios de su Sabiduría; sino que también preparaba á la inteligencia para ese acto de fe, que debía de ser absoluto y completo, presentando los motivos que fundara la creencia.

La fe no es un acto ciego: es un acto racional.

El cristiano cree, porque su razón lo lleva invenciblemente á la fe.

Jesús, al mandar á Pedro y Juan á Jerusalén, para que prepararan la Pascua, les habla como Profeta y como Maestro.

Al entrar en la ciudad, les dijo, encontraréis un hombre que llevará un cántaro, seguidle á la casa á donde vaya y decid al dueño de ella que os

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muestre el departamento en que ha de celebrar el Maestro la Pascua con sus discípulos.

El, entonces, agregó Jesucristo, os presentará una sala espaciosa, un cenáculo adornado con esplendidez soberana.

El texto evangélico hace notar, que Pedro y Juan encontraron todas las cosas, como Jesús las había anunciado.

¿Quién, si no fuera Dios, podría precisar, de esta suerte, las circunstancias de un acontecimiento futuro? ¿Quién, si no fuera Dios, podría, como lo hizo Jesucristo, asegurar con tanta firmeza, que habían de encontrar en la ciudad todo lo que se necesitaba para la preparación de la Pascua?

El éxito respondió á la predicción.

El que llevaba el cántaro de agua no dejó de encontrarse en el lugar de la ciudad por donde ellos entraron, ni de ir á la casa que el Salvador había escogido.

El dueño de ella, que según una respetable tradición[1] era Juan Marcos, compañero de Pablo y Bernabé, en la predicación del Evangelio, les presentó una gran sala en la parte alta del edifi-

1 Cornel. In Mat. 26. 18.

cio, convenientemente dispuesta y enriquecida con profusión de adornos y tapices.

¿Quién podría entonces poner duda en las palabras de Cristo?

¿Quién, al ver realizados con tanta exactitud acontecimientos sencillos pero futuros, no se rendiría después ante la voz augusta de Cristo, al anunciar la conversión del pan en su cuerpo y la del vino en su sangre preciosa?

¡Qué Providencia tan suave! ¡Qué sabiduría tan dulce y tan insinuante!

La profecía preparando el acto de fe en el misterio más amoroso, pero también el más escondido y el más oscuro.

La casa de Juan Marcos estaba situada en el monte Sión, en el lugar mismo en que estuvo colocada durante cuarenta años el Arca de la Alianza, en los tiempos de David y de Salomón.

Esa casa iba á ser la que guardara por vez primera el cuerpo de Cristo en la Eucaristía, arca de la alianza nueva, reducida á una sola ley, que es la del amor, y á un alimento más delicado que el maná, como es el pan divino, la esencia misma de Dios, en la forma de Sacramento.

Esta casa, consagrada por la celebración del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más santo de los misterios, se hizo propiedad de la naciente comunidad cristiana.

Bajo su techo se retiraron los apóstoles, después de la muerte de su Maestro.

Si durante los días del duelo, la Eucaristía consolaba á los desolados discípulos, esa casa fué sin duda su albergue y su tabernáculo.

Allí fué donde la Virgen abrigó su dolor á la vuelta del calvario, y allí fué donde ejerció más tarde la maternidad divina con que su Hijo la invistiera entre dolores sin nombre al pie de la cruz.

En el cenáculo, embalsamado todavía con los perfumes de la cena, fué donde el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles para alumbrar sus entendimientos y para encender sus almas.

Hacen notar los Santos Padres, que Jesucristo, tan amante á la pobreza, no quiso en esta ocasión aparecer pobre.

Quiso que para la Institución de la Eucaristía se preparase un cenáculo amplio, rico y esquisitamente adornado.

"Los cristianos, dice Bossuet,[1] aprendieron por este ejemplo, á decorar con lujo y magnificencia

1 Meditaciones sobre el Evangelio.

los lugares consagrados á la celebración de este Misterio."

Deben aprender igualmente, agrega, á prepararse ellos mismos á recibir dignamente á Cristo en la Eucaristía.

Deben disponerle, como una gran sala, su corazón dilatado por el amor de Dios y capaz de las más grandes virtudes y de los más grandes sacrificios.

Los apóstoles tomaron un cordero sin mancha y de menos de un año.

Pedro, haciendo ya desde entonces su oficio de Vicario de Jesucristo y de padre de la gran familia cristiana, sacrificó á la víctima; le quitó la piel, con ayuda de Juan, y ambos lo pusieron al fuego.

Jesucristo, entre tanto, había salido de Bethania y se dirigió á Jerusalén.

Entró al cenáculo al caer la tarde.

Comenzó la cena Pascual, al aparecer las estrellas en el firmamento.

Cristo aguardó la hora fijada por la ley.

En ese momento comenzó la cena que, principiando por el cordero figurativo, debía terminar por la manducación real del cordero divino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA PASCUA LEGAL.

El Salvador hizo con sus apóstoles, el Jueves Santo, una triple cena, una triple comida.

La cena ó comida del cordero pascual, en la que se tomaba la carne del cordero, con las yerbas prescritas por la ley.

Como el cordero era pequeño, porque debía ser primal, y los que habían de tomarlo diez, cuando menos, acostumbraron los judíos, para satisfacer su apetito, hacer inmediatamente después de la cena legal, otra cena compuesta de viandas comunes.

El Salvador se conformó con este uso, como lo hacía siempre; pero al fin de esta segunda cena, instituyó el Sacramento, hizo la cena eucarística, y dió á sus apóstoles un pan, un vino, una vianda sagrada que su poder y su amor acababan de preparar, ante los ojos admirados de sus discípulos.

"Para distinguirlas, dice el P. Tesnière,[1] llama-

1 Predic. Euc.

remos Pascua, á la primera; comida ordinaria, á la segunda, y última cena, á la tercera, y referiremos las circunstancias de la Pascua, que nos harán entender mejor lo que pasó en la última cena.

"Llegada la hora, dice San Lúcas,[1] esto es, puesto ya el sol, y entre dos luces, como se explica el anotador de las santas escrituras; púsose á la mesa con los doce apóstoles."

Los judíos celebraron la primera pascua, en Egipto, de pie, ceñidos los riñones y con el báculo en la mano.

Estaban de viaje.

Pero al poner sus piés en la tierra prometida, dejaron de ser viajeros.

Desde entonces, comían el cordero sentados á la mesa.

Cuando se introdujo el uso de los divanes ó *triclinia*, se servían de ellos para la cena del cordero, como para cualesquiera otra comida ó convite ordinario.

Así es que, propiamente hablando, dice el P. Tesnière, Jesús y sus apóstoles no se pusieron ó sentaron á la mesa, sino que se recostaron, por-

1 XXII.—14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que los *triclinia* eran unos pequeños lechos ó divanes muy bajos é inclinados, sobre los cuales se tendía una persona para comer.

Cada divan estaba hecho para tres personas: se ponían junto á la mesa: el brazo izquierdo se apoyaba sobre un cojín, la mano derecha quedaba libre y los piés descansaban, por la parte de atrás, sobre el suelo.

Pedro y Juan tomaron lugar en el *triclinium* del Salvador, aquel á la izquierda y éste á la derecha.

Pedro ocupaba, como siempre, el lugar de honor, porque entre los judíos, el primer lugar quedaba á la izquierda, es decir, á la cabeza del que presidía, quien se colocaba en el centro de la mesa.

Juan estaba en mejores condiciones para hablar con su Maestro adorado: estaba al lado derecho, y su cabeza, por lo mismo, quedaba junto al pecho de Jesucristo.

A la cabeza ó á la izquierda de Pedro, estaba Andrés y seguían hacia este lado, Felipe, Bartolomé, Tomás y Mateo.

A la derecha, cerca del pecho de Juan, su hermano Santiago, y en seguida, Santiago el menor, Tadeo, Simón y Júdas Iscariote.

Cada uno ocupaba el lugar que le correspondía, por su antigüedad en el apostolado y por sus relaciones más ó menos íntimas con el Salvador.

Los apóstoles estaban colocados en semicírculo al rededor de Jesús: la mesa tenía la forma de herradura y el lado interior quedaba libre para el servicio.

Así dispuestos los lugares, comenzó la cena pascual, observando en ella Jesucristo todas las prescripciones de la ley de Moisés.

Cuando los judíos comían la pascua, dice el Dr. Sepp, el dueño de la casa se levantaba, tomando con la mano derecha una copa llena de vino rojo, recuerdo de la sangre egipcia derramada el día de su libertad, y pronunciaba la bendición en estos términos: "Este es el signo de nuestra libertad y la memoria de nuestra salida de Egipto. Bendito sea el Señor que ha creado el fruto de la vid."

Después bebía del vino contenido en la copa y la pasaba á los demás convidados.

Al comenzar esta cena ó comida legal, dijo el Salvador á sus apóstoles: "Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros, antes de mi pasión; porque yo os digo, que ya no la comeré otra vez, hasta que tenga su cumplimiento en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el reino de Dios;" es decir, ya no comeré con vosotros para satisfacer las necesidades de mi cuerpo pasible y mortal, y en el reino de mi Padre nos saciará plenamente, la perfección de lo que esta cena figura y anuncia.

Y, en efecto, Jesús no volvió á cenar más: después de su resurrección parece que comía, pero, en verdad, no era así, porque su cuerpo impasible no necesitaba del alimento material, que se corrompe, para vivir y sostenerse.

Después, Jesucristo, según el rito de los judíos, tomó la copa llena de vino rojo, puso en ella sus labios y la pasó á sus discípulos, diciendo estas palabras, cuyo sentido es el mismo que el de las que acaban de recordarse: "Tomad y distribuidlo entre vosotros, porque os aseguro que ya no beberé del zumo de la vid, hasta que llegue el reino de Dios." "Y entonces, lo beberé en su tipo eterno, es decir, que yo y mis elegidos nos embriagaremos en el cáliz de las delicias sin mezcla, en el seno de Dios." [1]

Este primer acto del convite pascual se llamaba *Eulogia*, bendición: y el cordero sacramental

1 Tesnière. Predic. Euc.

llevaba el nombre de *Eucaristia*, ó acción de gracias.

Después de la bendición de la copa, el que presidía, tomaba, según el precepto de la ley, lechugas silvestres que empapaba en una tasa de vinagre y agua salada, puesta sobre la mesa, para recordar á los asistentes las lágrimas derramadas por sus padres, durante la cautividad; y levantándolas con la mano derecha, decía: "Comemos estas yerbas amargas en recuerdo de la amargura con que Egipto llenó la vida de los Israelitas, nuestros abuelos." Tomaba, entonces, dice el Talmud, una porción del tamaño de una aceituna, de este áspero alimento, y todos los convidados lo imitaban.

Se servía en seguida una nueva copa de vino, dos panes ázimos y el cordero pascual. El padre de familia, tomando el pan, lo levantaba, diciendo: "Comamos este pan sin levadura en memoria de que nuestros padres en Egipto, no tuvieron tiempo, en el día en que salieron de aquella región que los tenía cautivos, para que fermentara la masa. Alabemos, pues, al Señor. Decid: alleluya: servidores de Dios, alabad al Señor."

Los asistentes recitaban, entonces, el Sal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo [1] que comienza así: *Cuando Israel salió de Egipto....*

El padre de familia dividía el segundo pan, en tantos pedazos cuantos convidados asistían á la cena, y lo bendecía diciendo: "Tal fué el pan de miseria que han comido nuestros abuelos en Egipto. Que quien tenga hambre venga y coma; que el indigente se aproxime y haga la Pascua. ¡Bendito sea Jehová que produce el pan de la tierra!"

Los convidados respondían: Amén.

El que presidía tomaba cada pedazo, lo envolvía en lechugas silvestres; lo mojaba en una especie de crema ó papilla llamada "Charoseth," compuesta de almendras cocidas en vino, con higos, nueces, zumo de limón y de aceitunas, y decía: "Bendito sea Jehová, Dios de nuestros padres que nos ha santificado por sus preceptos y nos ha prevenido que comamos el pan ázimo con yerbas amargas."

Cada convidado tomaba, entonces, uno de estos pedazos ó lo recibía directamente de mano del padre de familia.

1 CXIII.

Este, en seguida, pronunciaba sobre el cuerpo del cordero pascual la fórmula de la eucaristía judaica, en estos términos: "¡Bendito seas Jehová, Dios de nuestros padres, porque nos has santificado por tu ley y has dispuesto que comamos el cordero pascual! Esta es la pascua que comemos, en memoria de que el ángel exterminador pasó, sin herirlas, ante las casas de nuestros abuelos en tierra de Egipto."

Hecha la comida del cordero el padre de familia ofrecía á los convidados una tercera copa de vino y se rezaba después el himno de acción de gracias compuesto de los salmos CXV y CXVIII que comienzan: "*Credidi y Beati inmaculati in via.*"

El Salvador hizo esta última pascua con sus discípulos, observando todos los ritos del ceremonial judaico.

Terminada la cena figurativa, una mucho más elevada iba á comenzar.

Aquella es el lazo de unión entre la ley antigua y la ley nueva de amor; es el preludio de la Eucaristía; es la preparación próxima é inmediata del más augusto y adorable de los misterios.

Por eso al comenzarla Jesús dijo: "He deseado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con el deseo más ardiente comer esta pascua con vosotros."

"No era, dice Bossuet, la pascua legal, que iba á concluir la que Jesús deseaba con tanto ardor comer con sus discípulos: la había frecuentemente celebrado y comido con ellos. Otra pascua hace aquí el objeto de sus deseos, como si hubiera dicho: He deseado ser yo mismo vuestra Pascua, ser el Cordero inmolado por vosotros, la víctima verdaderamente inmolada, verdaderamente comida."

"Entremos, pues, concluye Bossuet en las mismas disposiciones que tenía el Salvador. Si ha deseado con tantas ansias celebrar esta Pascua con nosotros, abriguemos el mismo deseo de celebrarla con él."

Esta Pascua es la Comunión.

Desea ser comido y hacerse de este modo nuestra víctima: séamos también la suya.

Si somos de Jesucristo, si recibimos su cuerpo adorable, crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y concupiscencias.

Nuestra Pascua es estar unidos con él para pasar de esta vida á otra mejor, de los sentidos al espíritu, del mundo á Dios.

Sólo así seremos dignos de comer con Jesucristo la Pascua que ha deseado tanto, y nutrirnos con la sangre de su sacrificio. [1]

LA TRAICION.

La última Pascua, el último convite de la amistad, tan deseado por Jesús, fué profanado, dice el Padre Tesnière, [2] por la presencia de un traidor.

Judas estaba á la mesa del Maestro divino, bebía en el mismo cáliz, recibía de su mano el pan ázimo y su parte del cordero consagrado, ensayándose así á una comunión sacrílega y manchando la Eucaristía figurativa, antes de profanar la verdadera.

Espectáculo doloroso para Jesucristo.

Intentó, desde este momento, enternecer á este ingrato, mostrándole que lo conocía y haciéndole comprender que si lo tenía á su lado, sin denunciarlo, era por un efecto de infinita misericordia.

1 Bossuet. Medit. sobre el Evang.
2 Predicación Eucarística.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hizo, entonces, la primera revelación de ingratitud tan amarga.

"Estando ya comiendo, dice el Evangelio, [1] así se expresó Jesús. En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición. Y ellos afligidos sobremanera, empezaron cada uno de por sí á preguntar: Señor, ¿soy acaso? Y él en respuesta dijo: El que mete conmigo su mano en el plato, ese es el traidor. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha conforme está escrito de El; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado: mejor le fuera al tal si no hubiese jamás nacido!"

¡Qué caridad, qué ternura las de Jesucristo! Revela el crimen; pero no da el nombre do quien intenta cometerlo.

Lo hace así, dice San Jerónimo, para cuidar la fama de Judas; para que, contra éste, no se levantaran los apóstoles; para que el pecador, ante suavidad tan dulce, ante amor tan generoso, volviera sobre sí y detestara su culpa.

"Muestra, dice San León, [2] que le es conocida la conciencia del traidor; pero sin confundir al

1 Math. XXVI. 21-22-23-24.
2 Ser. VII de Passione.

impío, con aspera, con abierta increpación: lo convence con tácita y blánda advertencia, para que arrepentido se corrija."

"La clemencia, agrega el Santo Pontífice, lo invita, la salvación llama á las puertas de su alma con voz apacible; el que es la vida dulcemente lo atrae, para que vuelva á la vida."

Más bien que expresar, se puede sentir cuánta sería la turbación de los apóstoles fieles al escuchar esta indefinida palabra del Maestro Divino: "Uno de vosotros me hará traición."

A cada uno de ellos daba testimonio su conciencia, de que tenían pensamientos distintos al de cometer el espantoso crimen de traicionar al que era su vida, su consuelo y su fortaleza.

Conocían, sin embargo, su natural debilidad y ante la afirmación categórica del Salvador, sus dudas quedaban justificadas, por el temor que engendra siempre en el alma del justo el conocimiento de su frágil naturaleza, de la pequeñez casi irremediable de sus fuerzas para obrar el bien.

Con razón cada uno de ellos pregunta: ¿Señor, soy acaso yo el que os hará traición?

No obstante esta interrogación, el Señor no descubre al criminal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"El que mete conmigo su mano en el plato, dijo Jesucristo, ese es el traidor."

Esta circunstancia no designaba al culpable.

Todos llevaban su mano al plato del Salvador según su necesidad y según el rito de la comida Pascual.

Judas, como los otros apóstoles, no por un sentimiento de humildad, sino temiendo que su silencio lo descubriera, dijo á su vez: ¿Soy quizá yo, Maestro?

Jesús le respondió: Tú lo has dicho: *Tu dixisti.*

Esta palabra, según enseñan los intérpretes, no fué percibida por los demás apóstoles.

"Es de suponerse, dice el anotador de las divinas Escrituras, que el Señor le respondió sin que los otros discípulos percibiesen lo que le decía."

Cristo, dice el Padre Cornelio á Lapide, no dijo claramente, tú eres, sino en voz baja, tú lo has dicho.

Y es que el Señor no quiere la muerte del pecador: quiere su conversión, quiere su vida.

Judas no escucha tan dulce llamamiento: en su corazón endurecido germina y vive el negro sentimiento de traicionar á su Maestro.

Jesús no se cansa, sin embargo.

Se postra á los piés de todos sus discípulos, ejecutando así un acto de humildad omnipotente.

Pónese á lavar los piés de sus Apóstoles, y cuando Simón Pedro, oyendo la amenaza del Salvador, dice á éste que lave no sólo sus piés, sino también sus manos y su cabeza, Jesús responde: "El que acaba de lavarse, no necesita lavarse más que los piés, estando como está limpio todo lo demás."

"Y en cuanto á vosotros, agregó, haciendo conocer lo que preocupaba á su espíritu la conducta de Judas, limpios estáis, bien que no todos."

Esta nueva palabra debió repercutir en el corazón del ingrato discípulo: *bien que no todos.*

Era otro llamamiento, dulce y amoroso, del corazón de Jesucristo.

Después que el Señor hubo lavado los piés á sus discípulos, púsose de nuevo á la mesa.

El apóstol Juan, recostándose más sobre el pecho de Jesús, con motivo de las revelaciones que éste acababa de hacer, le dijo: "Señor, ¿quién es de nosotros el que te hará traición?"

"Es aquel, respondió Jesús, á quien yo le daré pan mojado." "Y habiendo mojado un pedazo de pan se lo dió á Judas, hijo de Simón Iscariote."

Y después que tomó éste el bocado, se apode-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ró de él Satanás. Y Jesús le dijo: "Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes."

"Pero ninguno de los que estaban á la mesa, agrega el texto sagrado,[1] entendió á qué fin se lo dijo."

Al mismo paso que el Señor, lleno de benignidad, daba á entender á Judas la enormidad de su delito, para que volviera sobre sí y se arrepintiese de él, se explicaba en términos que los otros apóstoles no lo entendiesen, por conservarle la honra y por excusarle la vergüenza y confusión de verse descubierto y desacreditado entre sus compañeros.

Y el ingrato discípulo desoye, por segunda vez, la voz amorosa de quien ardientemente desea redimirlo.

Llega el momento supremo: Jesús obra el más dulce y el más grande de sus prodigios.

Convierte el pan en su cuerpo, el vino en su sangre; da el cuerpo y la sangre á sus discípulos, y con acento de la más honda tristeza dice: "Con todo, he aquí que la mano del que me hace traición, está conmigo en la mesa."

1 San Juan, XIII.—26.

Jesús conocía los designios tenebrosos de Judas, y sin embargo, no le prohibe que tome parte en el celestial convite.

Lo ha profanado, recibiendo en su pecho al que había decidido entregarlo á la muerte.

El amor de Jesús no se cansa.

Como exhalando una queja, un suspiro lleno de ternura, dice: "No obstante el testimonio de amor infinito que acabo de ofreceros, no obstante que al daros mi cuerpo y mi sangre os he hecho dioses, *dii estis*, é hijos del Altísimo á todos, *et filii Excelsi omnes*, con todo, la mano del que me hace traición está conmigo en la mesa."

Tres veces anunció el Salvador la traición del ingrato discípulo, y tres veces lo invita al arrepentimiento, al dolor y á la penitencia.

Lo llama al principio de la cena; lo llama al lavar los piés á sus apóstoles; lo llama, en fin, después que instituye la Eucaristía.

Así lo enseña, conciliando los textos evangélicos, el sabio Pontífice Benedicto XIV.

Y los Padres é intérpretes de la Escritura afirman que esta triple predicción, que este triple llamamiento de Jesucristo á su ingrato discípulo, tenía por objeto afirmar en los apóstoles la idea

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de que la muerte de Jesucristo era un sacrificio voluntario y dar tiempo al traidor para que se arrepintiese de su pecado.

Judas permanece sordo: no escucha la dulce voz de su Maestro: continúa en su proyecto de odio sin nombre.

El Salvador, por su parte, continúa en sus designios de amor.

Lucha espantosa por parte de Judas; sublime por parte de Jesucristo.

Unos instantes más: un prodigio de humildad debe preceder todavía al más grande milagro del amor de un Dios.

JESÚS LAVA LOS PIÉS DE SUS DISCÍPULOS.

La cena legal y sagrada en que no era permitido comer más que el cordero y algunas yerbas amargas, con panes ázimos, fué seguida, según la costumbre, de otra comida común más abundante y mejor preparada.

Se sirvieron en ella las viandas que acostumbraban comer los judíos, en la fiesta de Pascua.

Como en ese día y durante la octava, se bendecían esas viandas, llevaban el nombre, lo mismo que la carne del cordero, de Pascua ó viandas pascuales.

En estas fiestas, generalmente se reunían se sentaban en la mesa los miembros de una misma familia, después de separaciones más ó menos largas.

Esto hacía que esa comida común se prolongara bastante tiempo, que los convidados consumían en parte en conversaciones íntimas y que concluyese, según observa el Dr. Sepp, hasta que la copa hubiese hecho cuatro veces la vuelta entre todos los convidados.

Al finalizar esta cena, de la que habían participado los Apóstoles, es cuando el Maestro divino va á instituir el más augusto de los sacramentos, es cuando va á dejar, sus discípulos y á todos los hombres, bajo los accidentes de pan y de vino, el don más grande que puede encontrar en sus inagotables tesoros: su cuerpo adorable y su sangre preciosa.

Pero antes todavía quiere preparar los corazones, las almas de sus discípulos, por un acto verdaderamente admirable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era costumbre entre los judíos lavarse las manos y purificarse, con cuidado exquisito, para comer el cordero figurativo.

Por eso el Salvador, cumpliendo la profecía y realizando la figura, va á lavar los piés á sus Apóstoles, mostrando así el celo con que deben purificarse, hasta de las más leves imperfecciones, los que deseen participar del cordero divino.

"Es opinión común, dice el sabio pontífice Benedicto XIV, [1] que Jesucristo lavó los piés de los Apóstoles, terminada la cena legal, y que éste es el sentido de aquellas palabras: *Et cœna facta.*"

"Es decir, agrega el ilustre Papa, terminada la cena legal y terminada también la comida que seguía: pero antes de la institución del sacramento divino."

"Entonces, dice San Juan, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito desde este mundo al Padre: como hubiere amado á los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle: Jesús, que sabía que el

1 Cap. CLX.

Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios á Dios volvía: levántase de la mesa, y quítase sus vestidos, y habiendo tomado una toalla se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo, y pónese á lavar los piés de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla que se había ceñido." [1]

He aquí la preparación inmediata del gran misterio, que está á punto de realizar el Redentor de la humanidad pecadora.

Va á humillarse, hasta hacerse el alimento del hombre.

Comienza por humillarse, hasta hacerse su esclavo.

Los apóstoles quedan á la mesa y Jesús se levanta como el sirviente y el esclavo: mientras ellos conservan sus túnicas y sus mantos, Jesús se quita sus vestidos y no conserva más que la túnica que usaban los que servían una mesa: se ciñe una toalla, tomando así un nuevo atributo que distingue á los esclavos de servicio.

Y se hace resaltar más este acto de humildad divina, fijando la atención en las circunstancias

1 Joan. XIII-1 á 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que detalla el texto evangélico y que á primera vista carecen de importancia.

Nadie sirve al Maestro adorado en esta ocasión: él sólo se despoja de sus vestidos, el sólo se ciñe la toalla, él solo vierte agua en el lebrillo, y con sus manos, que son las manos de un Dios, lava y enjuga los piés de humildes pescadores.

No se conforma con lavarlos: los enjuga y los besa con sus labios, humildemente.

Así se infiere, al menos, de las enseñanzas de San Ambrosio, quien afirma que esta costumbre ya existía en Milán, cuando él gobernaba aquella Iglesia, y que tal costumbre venía de San Pedro y de Jesucristo mismo. [1]

"Oh Cristo Salvador, exclama San Agustín, nombraros, es nombrar la humildad."

Viene Jesús á Simón y se prosterna á sus piés, á fin de comenzar este humilde ministerio, por aquél á quien había puesto á la Cabeza del Colegio Apostólico: *Ut a Petro*, dice el padre Cornelio á Lapide [2] *quasi a capite et primate Apostolorum, lotionem inciperet.*

Pedro, confuso y sorprendido, dice: "Señor tú

1 Cornel in Joan XIII.
2 Loc. cit.

lavarme á mí los piés? *¿tú* que eres el Rey de los Reyes y el Señor de los que dominan; á *mí*, que soy un pobre pescador y un vil gusanillo de la tierra, *has de lavar*, con tus manos benditas y omnipotentes, mis piés inmundos y pecadores?"

"Lo que yo hago, respondió Jesús, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después."

Es decir, el misterio que está oculto, bajo este abatimiento, bajo esta humillación, no lo comprendes ahora, te será revelado dentro de poco: entonces comprenderás la pureza que se necesita para aproximarse al sacramento virginal de mi cuerpo y de mi sangre.

Pedro, lleno de humildad profunda, se obstina; Jesús le amenaza, con separarse de él, y entonces Pedro, conmovido, exclama: "Señor, no solamente mis piés, sino las manos también y la cabeza."

Jesús responde: "el que acaba de lavarse no necesita lavarse más que los piés. Vosotros, limpios estáis, bien que no todos."

Y diciendo estas palabras, que se referían á Judas, vino á él, se arrodilla ante el traidor, lava aquellos piés que ya iban á correr en busca de cadenas para un maestro tan bueno, los enjuga y los besa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Con qué dulzura miraría Jesús al ingrato discípulo! ¡Con qué efusión besaría sus piés! ¡Cómo habría querido arrancarlo, á cualquier precio, del abismo en que iba á precipitarse!

¡Jesús á los piés de Judas!

El ingrato discípulo resiste, más duro que la roca, á los llamamientos de un corazón amoroso.

Jesús tiene ternuras incomprensibles, aun para las almas más endurecidas.

Mientras el ángel del mal no las hunde en el abismo en que no penetra el amor, Jesús las busca, las persigue, se agota por redimirlas.

Después de este ejemplo maravilloso de humildad, brota de los labios de Jesús la explicación luminosa de ese misterio.

"¿Comprenderéis, dijo á sus discípulos, lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor: y decís bien: porque lo soy."

"Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los piés: debéis también vosotros lavaros los piés uno á otro; debéis estar dispuestos para hacer con vuestros hermanos los oficios más humildes, con el fin de ganarlos para el cielo."

"Ejemplo os he dado, para que pensando lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis también."

"En verdad, en verdad, os digo, que no es el siervo más que su amo: ni tampoco el enviado mayor que aquel que le envió."

"Si comprendéis estas cosas, añadió Jesucristo, seréis bienaventurados con tal que las practiquéis."

"No lo digo por todos vosotros: yo conozco á los que tengo escogidos; mas ha de cumplirse la Escritura: uno que come el pan conmigo, levantará contra mi su calcañar."

"Os lo digo desde ahora, antes que suceda, para que cuando sucediere me reconozcáis por lo que soy."

Los apóstoles quedan preparados: al lavar sus piés, Jesucristo no sólo quita el polvo que en ellos había, sino que purifica las almas de sus discípulos, hasta de las ligeras manchas que en ellas pudieran descubrirse.

La humildad de Jesucristo los ha enternecido profundamente, y se puede decir que mientras el Señor lavaba sus piés, recibían sus almas un baño celestial de pureza y de amor.

Que una pureza soberana, que una humildad profunda, sean las disposiciones de nuestras almas al acercarse al convite eucarístico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesús va á instituir ya la Eucaristía.

Ha llegado la hora fijada, desde la eternidad, para este prodigio de amor. Los ardientes deseos de la vida toda de Jesucristo van á realizarse: el grano sembrado en la Encarnación inclina su espiga madura: el corazón de Jesús va á agotarse en el esfuerzo de su amor infinito.

LA SANTA CENA.

Durante la cena, *cœnantibus autem eis*,[1] después que había terminado la cena, *postquam cœnatum est*,[2] cuando todavía estaban comiendo, *manducantibus illis*,[3] tomó Jesús el pan, dió gracias, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mía."

Y después, sin ninguna interrupción, tomando el cáliz, después de haber cenado, dió gracias y lo dió á sus discípulos, diciendo: "Bebed todos: esta

1 San Mateo.
2 San Pablo.
3 San Marcos.

es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos en remisión de sus pecados: haced esto, cuantas veces lo bebiéreis, en memoria mía."

He aquí el texto de la Institución, formado con las palabras de los evangelistas y con las que ha conservado San Pablo.

Las palabras "durante la cena" y estas otras, "cuando aun estaban comiendo todavía," significan la vuelta de Cristo á la mesa, después que había lavado los piés á sus discípulos, en cuyo momento el Señor tomó todavía algún manjar.

Las palabras "terminada la cena," de que se valen San Lucas y San Pablo, significan que había concluido la cena legal y la cena común.

Tal es, al menos, la enseñanza del sabio Pontífice Benedicto XIV.[1]

De manera que la Institución de la Eucaristía se verificó al fin de la cena legal, al fin de la común y después que el Salvador lavó los piés á sus discípulos. "*Christus*, dice el Padre Cornelio á Lapide,[2] *postquam cœnavit cœnam mysticam agni paschalis, et deinde communem aliorum ci-*

1 Capítulo 166.
2 Ad Corint., ca XI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

borum tunc demum tertiam cœnam Eucharisticam instituit."

Y no hay oposición entre la situación que denuncian las palabras de San Mateo y San Marcos, y la que revelan las de San Pablo y San Lucas.

Los primeros dicen que la Institución se realizó durante la cena, *cœnantibus illis.*

Bien pudieron usar de esta frase San Mateo y San Marcos, porque el Salvador hizo la institución, cuando todavía los Apóstoles estaban sentados á la mesa y cuando en ésta aparecían aún las viandas que allí se sirvieron; *dum adhuc mensæ epulis stratæ accumberent*, dice el Padre Cornelio á Lapide, *ideoque Matheus ait "cœnantibus."*

Pero no puede ponerse en duda, según la opinión común, que la institución se realizó terminada la cena legal, concluida la cena común, que por costumbre seguía después de aquella.

La Iglesia así le proclama.

En la fiesta del Corpus hace escuchar á sus hijos, entre otras estrofas inspiradas y bellísimas, esta del Doctor Angélico:

Post agnum typicum, expletis epulis,
Corpus Dominicum datum discipulis.

Estos datos han servido á los intérpretes de las

divinas Escrituras, para fijar casi con precisión la hora en que Jesús instituyó el sacramento dulcísimo de su amor.

En esa época, la noche comenzaba como á las siete y ese era el momento en que según el rito judío, debía comenzar la cena del cordero.

En hacer esta cena, en concluir la segunda que inmediatamente seguía y en lavar los piés á los Apóstoles, no es irracional suponer, dicen los intérpretes, que se consumiera hora y media.

Cuando Judas salió del cenáculo, que fué después que recibió la divina Eucaristía, *ya era de noche*, dice San Juan.

Así es que, á las ocho y media de la noche fué cuando Jesucristo dejó caer de sus labios divinos aquellas omnipotentes palabras que obraron la transformación maravillosa del pan y del vino, en su cuerpo y en su sangre. ¡Oh palabras sublimes: ellas son nuestra gloria, nuestro gozo, la prenda de nuestra redención completa.

"Qué sencillez en esas frases, dice Bossuet, qué precisión, qué fuerza; pero al mismo tiempo qué autoridad y que poder."

Este es mi cuerpo, y es el cuerpo de Cristo; *esta es mi sangre*, y es la sangre del Redentor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quién puede hablar de esta suerte, sino aquel que tiene todo en su mano?

¿Quién puede hacerse creer, sino aquel para quien hacer y hablar es una misma cosa?

Es de notarse que el Salvador ejecutó, al instituir la Eucaristía, cinco acciones sucesivas.

Primera: Tomó el pan, uno de los ázimos que se hallaban en la mesa: estos panes eran de forma redonda y eran grandes á fin de que, divididos en veinte pedazos, cada concurrente pudiese recibir uno de ellos de mano del padre de familias.

Segunda: Levantó un poco el pan y al mismo tiempo levantó también los ojos hacia el trono de su Padre y le dió gracias: alabó el poder que le había dado sobre toda la naturaleza, y el permiso que en esa hora le concedía, para entregarse á sus apóstoles en alimento y, por ellos, á todos los que en lo futuro creyeran en su palabra.

Tercera: Bendijo el pan, y es probable que lo bendijera, haciendo sobre él, con la mano, el signo de la cruz é invocando al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo y que es un fuego que consume.

Cuarta: Dividió el pan en tantas partes, cuantos convidados había.

Quinta: Lo dió á sus discípulos.

Cuál de estas cinco acciones fué acompañada de las palabras sacramentales.

¿Acaso la última, como parece indicarlo, á primera vista, el texto evangélico?

No, responde Santo Tomás: al ejecutar las cinco acciones mencionadas, pronunció el Salvador la forma de la Eucaristía: el participio *diciendo* enuncia que estas palabras, *este es mi cuerpo*, se refieren á todo lo que precede. No hay motivo para que su relación se limite á la última palabra, como si Jesucristo no hubiese pronunciado la forma Eucarística, más que en el momento en que, dividido el pan, lo dió á sus discípulos.

El verdadero sentido, según Santo Tomás, es este: al mismo tiempo que el Salvador, bendijo el pan, que lo partió, y que lo dió á sus discípulos, pronunció estas palabras: "Tomad y comed, este es mi cuerpo." Lo mismo debe decirse respecto de las palabras que pronunció al tomar el cáliz, que contenía vino mezclado con algunas gotas de agua, al bendecirlo y darlo á sus discípulos.

Antes de pasar adelante, adoremos, como dice Bossuet, esas misteriosas palabras, y gustemos, meditándolas, su inefable dulzura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego que el Redentor de la humanidad pronunció, con acento dulce pero eficaz y poderoso, las misteriosas palabras sobre el pan y sobre el vino, se realizó un triple prodigio: ellas convirtieron en el instante el pan y el vino en la real y viva sustancia del que las pronunciaba; lo inmolaron, en sacrificio verdadero; hicieron de él, un alimento espiritual, capaz de nutrir las almas y de mantener en ellas la vida sobrenatural.

Apenas fueron pronunciadas sobre el pan, cuando bajo las apariencias que de este quedaban, se encuentra Jesús que las hizo escuchar: él mismo se tiene en sus propias manos, se ve con sus propios ojos en el sacramento, y él mismo, á pocos instantes, va á ser su propio alimento.

Como las palabras de la consagración debían, como efecto necesario, producir, bajo las especies, á la persona de Cristo, en el estado en que se encontraba al pronunciarlas, con la sola restricción de que su cuerpo estaría privado de toda dimensión exterior y de los efectos que de la extensión

se desprenden, claro es que, bajo el pan y el vino que tenía en sus manos, estaba presente tal como los apóstoles lo estaban mirando, con su carne pasible, con su sangre capaz de derramarse, con su vida perecedera y mortal.

Hoy, sobre los altares de la Iglesia Católica, al consagrarse la hostia, queda, en lugar de los elementos consagrados, el cuerpo impasible é inmortal de Jesucristo, porque así está glorioso y radiante en los cielos.

Pero en la primera hostia de la cena, Jesús estaba pasible y mortal, porque pasible y mortal era su naturaleza, al instituir, en aquella noche de los más dulces recuerdos, el sacramento en que dejaba á la humanidad, testimonio vivo de su amor infinito.

Estaba su cuerpo, bajo las especies del pan de la cena, pasible, es decir, capaz de sufrir, pero de sufrir, no los dolores que pudieran inferirle ó causarle agentes corporales, contra los que le protegía su modo de ser inapercibido y como espiritual bajo las especies, sino lo que un cuerpo puede experimentar, por la acción inmediata de una alma sujeta al sufrimiento y á la separación violenta de la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De manera que, como dice el Padre Tesnière, [1] si se hubiera conservado alguna partícula del pan consagrado en la cena, durante el Viernes Santo y hasta la mañana de Pascua, Jesús, bajo esta partícula, habría estado al abrigo de los azotes, de las salivas y de los golpes que cruelmente le atormentaron en el Pretorio; pero su alma habría sufrido, al mismo tiempo que en Gethsemani, las amarguras de la agonía, y el Viernes, á las tres, esa hostia viva se habría cambiado en un sudario.

Santo Tomás, con su incomparable precisión, se expresa así: "Jesús dió á sus discípulos su cuerpo, cual lo tenía entonces, *taie corpus tunc dedit discipulis, quale habuit.* [2]

Cristo, agrega el santo Doctor, tenía un cuerpo pasible, *passioni paratum.*

En consecuencia, el cuerpo de Cristo bajo la especie sacramental, era un cuerpo pasible.

Pero aun cuando bajo las especies de pan estaba el cuerpo de Cristo pasible, estaba de un modo impasible: *impassibili tamen modo erat, sub specie sacramenti*, agrega Santo Tomás.

Y la razón es clara: así como la visión, son

1 Predica. Eucaristic. tomo 1º
2 III P. q. 81, a. 3.

también palabras de Santo Tomás, requiere el contacto del cuerpo que se ve, del mismo modo la pasión ó el sufrimiento requiere el contacto del cuerpo que sufre con aquel que lo hace padecer. Y como el cuerpo de Cristo bajo el sacramento no estaba, el día de la cena, en dimensiones que pudiese tocar á otros cuerpos, es evidente que no podía resentir dolor ó sufrimiento que le pudiera causar una causa corporea.

Santo Tomás resume así estos principios: En consecuencia, todo lo que pertenece á Cristo como es en sí, es decir, sin relación á cuerpos exteriores, podía atribuírsele, aun existiendo bajo la especie sacramental, como el vivir, el morir, el entristecerse, el estar animado ó inanimado; pero lo que puede convenirle, por su relación á cuerpos extraños, no podía atribuírsele, bajo la especie sacramental, como el ser burlado, flagelado, crucificado y otras de esta especie.

Así es que, en el día de la cena, el cuerpo de Cristo estaba bajo la especie de pan, tal como se hallaba en el momento en que daba ese pan á sus discípulos, es decir, con una naturaleza pasible, pero de un modo inmortal é impasible.

La presencia real de Cristo en las especies con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sagradas fué el efecto inmediato de las palabras que pronunciaron sus labios.

Cristo dijo: "Este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: esta es mi sangre, que por vosotros será derramada."

En estos momentos quedó instituido el sacrificio.

Verdad es que ese cuerpo había de ser entregado y esa sangre había de ser derramada, al día siguiente de aquel en que el Salvador celebraba la Pascua con sus discípulos; pero en la voluntad de Jesucristo, ese cuerpo era entregado y derramada esa sangre, en la misma noche de la Institución.

Este cuerpo, pudo decir Jesucristo en la noche de la cena, os lo doy á comer, como la carne de una víctima; esta sangre está ya vertida, pues la podéis llevar ya á vuestros labios.

Y á fin de que la realidad interior del sacrificio apareciera claramente, el Salvador se consagra él mismo bajo las dos especies de pan y de vino: esta separación anuncia y profetiza la separación del día siguiente: la anticipa sin duda.

Jesús, en fin, dispone el alimento de las almas: se hace apto para ser comido: se sirve á sus após-

toles, como el pan de la vida, como el vino que engendra la pureza de las vírgenes.

Presencia real, sacrificio, comunión, este triple aspecto de la Eucaristía, este triple estado, este triple fin, aparece al mismo tiempo.

Todas estas maravillas del poder, de la sabiduría y del amor, que desafían no sólo á la inteligencia humana, sino también á la inteligencia angélica, se realizan en un instante, en el instante que se gastara en pronunciar aquellas palabras divinas.

Y á fin de que estas maravillas lleven en sí el poder de renovarse, como lo llevaron, en el día de la creación, todos las obras de Dios, el Salvador, al mismo tiempo que instituye la Eucaristía, funda el sacerdocio de la nueva alianza, que ofrezca el sacrificio perpetuo y lleve el pan de vida á todas las generaciones.

"Haced esto en memoria mía."

El sacerdocio nuevo quedó establecido, al lado del nuevo sacrificio.

Este sacerdocio acabará el último día de los tiempos.

San Pablo dice, haciéndose eco de las palabras de Jesucristo: "Todas las veces que comieréis de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

este pan, y bebiereis de este cáliz, renovaréis y anunciaréis mi muerte hasta que yo venga."

Es decir, hasta que venga Jesucristo á juzgar á los hombres y á cerrar la serie de los tiempos, que será en aquella hora, en que se consume la última oblación del pan Eucarístico.

Comunión de Jesús y de los apóstoles.

Una vez convertido el pan en el cuerpo, y el vino en la sangre de Jesucristo, por la eficacia omnipotente de su palabra, tomó El mismo de ese pan celeste y de ese vino admirable, antes de distribuirlos á sus queridos y admirados discípulos.

La primera comunión que se hizo en el mundo cristiano, fué la de Jesucristo: él fué el primero que recibió, por su propia mano, su cuerpo precioso y su sangre redentora.

No puede ponerse en duda la verdad de este hecho singular y admirable.

"He deseado, decía Jesucristo al comenzar la

última cena,[1] con el deseo más vivo, comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer."

"En verdad os digo, agregaba,[2] que ya no comeré de esta Pascua tan deseada, hasta que su misterio se cumpla en el reino de Dios."

Estas palabras inequívocas del texto Evangélico, revelan con toda claridad, que Jesucristo tomó su cuerpo y su sangre en la última cena.

Y Santo Tomás de Aquino, maestro admirable y guía seguro en estas materias delicadas y difíciles, así lo enseña con frase clara.

Cristo, dice el sabio Doctor, hacía él mismo todo aquello que deseaba se observara por los demás.

A este respecto, es precisa la palabra que se lee en los "Hechos de los Apóstoles:"[3] *Cæpit*, dice el Sagrado texto, *facere et docere*.

Jesús hacía y luego enseñaba.

Por eso, agrega Santo Tomás, quiso ser bautizado antes de imponer y enseñar el bautismo á los demás.

Así es que él tomó su cuerpo y su sangre antes

1 San Lucas, XXII—15.
2 Lugar citado.
3 I.—1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hacer partícipes á sus discípulos de esta inefable dulzura.

Santo Tomás, para ministrar un argumento de tradición, dice que algunos escribieron estos versos:

Rex sedet in cœna turba cinctus duodena;
Se tenet in manibus, se cibat ipse cibus.

San Jerónimo [1] decía: "Nuestro Señor Jesucristo fué, él mismo, convidado y convite; él mismo comía y era comido. *Dominus Jesus Christus ipse conviva et convivium, ipse comedens et qui comeditur.*

Jesucristo, pues, recibió espiritual y corporalmente su propio cuerpo y su propia sangre, no para que en él se aumentara la gracia, que no podía aumentarse, porque él es su principio y su fuente, sino para percibir cierto deleite espiritual que tenía que causarle la nueva institución de este Sacramento.

Así lo enseña el Doctor Angélico cuando dice: *Quamvis autem Christo gratia non fuerit augmentata ex susceptione hujus sacramenti, habuit*

1 Ad. Hedibiam. quæst. II, col. 986, tom. 1.

tamen quamdam spiritualem delectationem in nova institutione hujus sacramenti. [1]

De manera que nuestro amable Salvador fué el primero que tomó una de las partes en que había dividido la especie de pan; fué el primero que llevó á sus labios el cáliz que contenía su sangre.

Sacerdote verdadero y perfecto participó de la víctima que acababa de ofrecer

No podía este alimento, como acaba de expresarse, producirle aumento de gracia: su alma estaba colmada de ella desde el primer momento que vino á la vida.

Sin embargo, recibió el pan de los fuertes á fin de fortalecerse para los combates del siguiente día; para llenar su alma de una sobreabundancia de gozo espiritual y sumergir su corazón en un baño de dulzura y consuelo, como dice el padre Tesnièr, en aquella hora en que oía que ya subían, rugiendo como en enfurecido mar, las olas de mortal tristeza que debían envolver su alma atribulada, durante la agonía.

Jesús tomó su propio cuerpo y su propia san-

1 III Quæst. 81, art. I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gre, porque de ese cuerpo y de esa sangre tenían que participar sus discípulos, á quienes llamó entonces sus amigos en la acepción genuina de esta palabra: *quia pueri communicaverunt carni et sanguini, et ipse participavit eisdem.*

Tal es la sinceridad del amor de Jesús y la enternecedora armonía con la cual funda los misterios divinos sobre las costumbres humanas, levantándolas y divinizándolas.

El Salvador puso, después, en la mano de cada uno de sus discípulos una porción de pan Eucarístico y el cáliz en que está su sangre divina.

¡Qué pasaría entonces en el alma ardiente de Pedro, en el tierno corazón de Juan y en cada uno de aquellos Apóstoles que habían abandonado todo por seguir á Jesús, y á quienes Jesús amaba con un amor tan verdadero, tan dulce y tan profundo!

¡Oh comunión divina de Jesús!

Tu eres el consuelo de los que aman con tanto ardor la gloria del Sacramento Eucarístico, porque si cualquier criatura es incapaz de honrarlo como merece, hubo un día al menos en que fué deseado y glorificado con perfección soberana.

Ese día fué aquel en que Jesucristo, su autor

lo deseó, lo comió y abrió á sus eficaces maravillas los tesoros de su corazón.

Comunion de Judas.

La misma mano que había dado el pan de vida á Pedro, á Juan, á los once discípulos fieles, se extiende á Judas y le ofrece la prenda viva del amor más tierno.

Cristo dió á Judas su cuerpo adorable y su sangre divina.

Esta es, á no dudarlo, la enseñanza de la Iglesia.

San Juan Crisóstomo,[1] San Jerónimo,[2] San Agustín,[3] San Cirilo,[4] San León,[5] Santo Tomás[6] y todos los Padres, con excepción de San Hilario, que son los custodios de la tradición, así lo establecen de un modo uniforme.

El Papa Benedicto XIV,[7] así resume la tradición: *Eucharistiam a Juda fuisse susceptam,*

1 Hom. 46 in Joan, et 83 in Math.
2 2 Corit, Tor. cap. 14.
3 In pluribus locis.
4 1—9 in Joan.
5 Serm. 5 et 7 de Pasion.
6 III P. quest., 81, art. 1.
7 De Festis D. N. J. C. Pass I C. 160.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

præter Cyrillum Hier, Joan Chrys, Hieronym, et Aug., diserte etiam docet S. Thomas, cui assentiuntur theologi omnes.

La Escritura Santa lo enseña también abiertamente.

San Mateo[1] y San Marcos,[2] con frase inequívoca, refieren que Jesús estaba á la mesa con sus doce discípulos, *cum duodecim*, y que cenando todos, tomó el pan, lo bendijo, lo dividió y lo dió á sus apóstoles.

San Lucas [3] refiere que, después de consagrado el cáliz, dijo el Salvador: "Con todo, he aquí que la mano del que me hace traición, está conmigo en la mesa."

Es, pues, indudable que Judas allí se encontraba.

Y como todos los que estaban presentes, después de la consagración del cáliz, bebieron de él, según lo advierte San Marcos, cuando dice: *Et biberunt ex eo omnes*, infiérese, sin esfuerzo, que Judas bebió la sangre preciosa del Redentor del mundo.

1 Cap. 26.
2 Cap. 14.
3 Cap. 22.

La razón lo persuade así de igual manera.

Cristo, dice Santo Tomás, debía darnos ejemplo de justicia.

No convenía, entonces, á su magisterio, el que apartara de la comunión de sus fieles discípulos á Judas que era un pecador oculto, á quien ninguno denunciaba con ese carácter y contra el cual no se había presentado evidente prueba de su iniquidad y de su culpa.

Era, pues, conveniente no separar á Judas de la Comunión Eucarística, para no darle ocasión de pecar y para dejar un ejemplo á los Prelados de la Iglesia, enseñándolos de ese modo á que no alejen del convite divino á pecadores ocultos, como enseña Santo Tomás.

Jesucristo, después de haber consagrado el cáliz, según lo hace notar San Mateo, [1] se expresó de este modo: "Yo os declaro que no beberé ya más desde ahora de este fruto de la vid, hasta el día en que beba con vosotros del nuevo cáliz en el reino de mi Padre."

Estas palabras parecen revelar que daba á beber su cáliz en la cena, á aquellos que lo habían de beber con él en el reino de Dios.

1 XXVI.-29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y como Judas, dadas sus iniquidades, no podía beberle en el reino de los cielos, bien pudiera creerse que tampoco participó de él en la última cena.

Esta observación fué la que movió á San Hilario para sostener que Judas no recibió la comunión de manos de su Maestro, en la noche de su pasión.

Pero, en concepto de Santo Tomás, la observación carece de eficacia, ya porque no fué Jesucristo quien separó á Judas de los demás discípulos, sino él mismo fué quien repudió el convite del cielo, ya porque, hablando Cristo al colegio apostólico, no era necesario, para la exactitud y verdad de sus palabras, que todos y cada uno bebieran en el reino del cielo, sino que bastaba que algunos lo hicieran.

Otra observación pudiera hacerse contra la enseñanza tradicional de la Iglesia.

No deben participar del Sacramento Eucarístico los pecadores manifiestos, y Judas tenía ese carácter, porque Jesucristo antes de la comunión había dicho: "El que mete la mano conmigo en el plato, ese es el traidor."

Cuando Judas preguntó á Jesús, si él era, por

ventura, quien debía entregarlo, Jesús respondió: 'Tu lo has dicho."

En fin, cuando San Juan interrogó á Jesús quien era el traidor, Jesús dijo: "Es aquel á quien ahora daré pan mojado."

Y el Evangelista, agrega, que, habiendo mojado un pedazo de pan, se lo dió á Judas, hijo de Simón Iscariote.

No puede, en consecuencia, ponerse en duda que el crimen de Judas era notorio.

A esta dificultad responde Santo Tomás, con su incomparable precisión, con su perfecta y siempre evidente claridad.

Cuando dijo Jesucristo que, era el traidor, el que metía su mano en el plato, no hizo pública la iniquidad de Judas, porque éste la metía, como los demás apóstoles.

Jesucristo, al pronunciar aquellas palabras, se propuso hacer más tangible lo grave del pecado que cometía quien lo traicionaba, como si hubiera dicho: me traiciona el que come conmigo, el que se sienta á mi mesa, el que se sirve de mi propio plato.

Y tan cierto es que con aquellas palabras no reveló la traición de Judas, que el Evangelista

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace notar que después que las hubo pronunciado Cristo, los Apóstoles se preguntaban unos á otros, quien de ellos podía ser el que tal hiciese. [1]

Las otras palabras, "Tú lo has dicho," no son siempre palabras de quien afirma, sino de quien interrumpe ó suspende su juicio, como si dijera, tú lo dices, yo no lo digo.

Y esta es observación de San Agustín. [2]

"*Etiam*, dice el sabio Padre, *hic non est expressum utrum ipse esset; potest enim adhuc intelligi tanquam dixerit: Tu dixisti, non ego dixi.*"

Por último, cuando Cristo dijo á Juan: "Aquel á quien yo diere pan mojado, ese es el traidor," ya la comunión había concluido.

Así lo enseña San Agustín. [3]

No hay que dudarlo, Cristo dió la comunión á Judas.

Y esta comunión, dice el Padre Tesnière, es una de las obras heróicas del corazón de Jesucristo, que ama hasta la ceguedad, que ama á toda costa y que no desespera de vencer al odio, bajo el peso del amor.

1 S. Lucas XXII—23.
2 Lib. III de Concensu. Evang. C. L.
3 In Joan. tract. 62.

El amor ni ante la ingratitud retrocede: el obstáculo lo agranda, la resistencia lo exalta.

El amor de Jesús, en la comunión de los Apóstoles, que eran los "suyos," no daba por decirlo así, más que el primer paso; pero, en presencia de Judas, ese amor se fortalece, se excita, y, triunfando de las repugnancias que debía experimentar, llega, entregándose á Judas, á su última potencia, demostrando así que no tenía límite conocido.

Ese amor era como el torrente que baja de la cima de las montañas: si da contra una roca que le impide el paso, se detiene algún tiempo para amontonar sus olas y, pasando entonces por encima del impotente dique, se lanza al valle con una impetuosidad, que el obstáculo no hizo más que acrecer y centuplicar.

Judas era, por su incredulidad, la negación audaz de la verdad de la Eucaristía; por su estado criminal, profanaba su imponente santidad, y con su odiosa hipocresía, se burlaba de la indecible ternura que en ella le mostrara el mejor de los amigos.

"Había sido, dice Bossuet, uno de aquellos impíos murmuradores á quienes causara escándalo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la promesa, que hizo Jesús, de dar su cuerpo en alimento, en bebida su sangre."

"Si quedó escandalizado con la promesa, debió quedarlo con su realización: el banquete sagrado de la Eucaristía, acabó de perder al desventurado discípulo."

Jesús se entregó á Judas.

Y hace diez y nueve siglos que no rehusa entregarse á muchos traidores que vienen á buscarle á título de amigos.

Aún no concluye la historia de esas traiciones, tan dolorosas cada una, como fué la primera.

¡Plegue al cielo que ya no se escriba en esa historia otra página!

¡Plegue al cielo que ya no se acerque un traidor al convite Eucarístico, en donde el invencible amigo de las almas se entrega á todos, sin reservarse nada.

Comunión de María.

Después de haber contemplado la comunión de Jesús y la de sus fieles discípulos; después que el corazón, desgarrado por honda pena, ha podido

considerar la ternura inefable del Maestro divino, desconocida por la más amarga de las ingratitudes, lacerada por la más negra de las infidelidades, como fué la de Judas, el traidor y el desventurado apóstol, busca el alma, con las ansias más vivas, á María, á la Virgen sin mancha, y se pregunta, si ella recibió, de manos de su Hijo adorado, el delicioso pan de la Eucaristía, la noche misma en que instituyera el Augusto Sacramento.

Las revelaciones de algunos santos lo afirman, dice el Padre Faber, y las probabilidades, bajo el punto de vista teológico, independientemente del peso más ó menos considerable que esas revelaciones puedan tener, inspiran la convicción piadosa de que la dulce Madre del Redentor recibió de manos de éste la Eucaristía, en la noche de la cena.

Los Evangelios enmudecen; pero su silencio no es argumento, sin réplica, contra esa creencia que la piedad ilustrada ampara y sostiene.

De muchos actos importantes de la vida del Salvador no hacen mención los Evangelistas; San Juan dice con palabra inequívoca, al cerrar su Evangelio: "Muchas otras cosas hay que hizo Jesús; que si se escribieran, una por una, me pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rece que no cabrían en el mundo los libros que se habrían de escribir."

Nada extraño es por lo mismo el silencio de los evangelios, y mucho menos si se advierte que, tratándose de María, son en extremo sobrios, debido, sin duda, á que la humildad de esta Maestra de los Evangelistas se les imponía, al escribirlos.

Ni fuera lícito decir, que siendo el objeto principal de la última cena la creación del sacerdocio nuevo, debió quedar la Virgen excluida de aquel Misterio, por razón de su sexo.

Al contrario, dice el P. Tesnière, difícil sería poner de acuerdo la ausencia de María en la última cena, con su participación en los otros misterios de Jesucristo, tanto más cuanto que ninguno de esos misterios está más íntimamente ligado al de su concepción, en el seno de una Virgen sin mancha, en donde tomó su cuerpo y su sangre, como aquel por el cual ofrece el uno y la otra en alimento á sus apóstoles y, por medio de ellos, á las futuras generaciones cristianas.

¿Y la Virgen Inmaculada, la que desde los días ya entonces lejanos de Belén sabía que su hijo se haría pan de vida para nutrir á las almas, la que aguardaba esa hora bendita con las impaciencias de un amor casi divino, podría haber sido privada de la comunión Eucarística á la hora de la cena, por aquel que conocía esas impaciencias y esos deseos, y que, participando de ellos, estaba en condición de satisfacerlos?

¿La fuente de vida, y de vida sobreabundante y celeste, en el momento en que brotaba del divino corazón de Jesucristo, no podría entrar desde luego en su cauce más natural, en el que había preparado el Señor, limpio de toda mancha, exento de toda culpa?

Jesús creyó necesario fortificarse, tomando su propio cuerpo, para los grandes trabajos de su pasión y de su muerte.

¿Y habría retirado ese pan, poderoso elemento de fortaleza, á la que más que nadie tenía que ayudarle en su ruda tarea, beber con él la copa de sus amarguras, llevar más generosamente su cruz y ser con él crucificada?

Jesús, antes de ir al sacrificio se despide de aquellos á quienes amaba, dejándoles un testimonio de su infinita ternura.

Ese testimonio es la Eucaristía, que imprimió como un sello de imperecedero recuerdo en lo más íntimo de sus almas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Y María, á la que sin duda amaba el Verbo Encarnado con la efusión más viva y con la más incomparable delicia, habría quedado, en la hora solemne en que Jesucristo abría su pecho en las intimidades del amor, sin ese testimonio, sin ese ósculo de amor que dejaba á sus discípulos?

¿El corazón de Jesús, el corazón del Hijo de María, el más tierno y el más amante que Dios ha creado para amar á una madre, no le habría dejado esta expresión de su filial afecto, esta prenda de su vuelta gloriosa, después de su ausencia momentánea en la tumba?

No, dice el P. Tesnière: nada podía excluir á María de la primera comunión Eucarística: al contrario, todo lo llamaba á aquel sitio: su título de Madre de Jesús y Reina de los Apóstoles; su cooperación al sacrificio augusto del Calvario, su misión en la Iglesia.

Los Apóstoles representaban en el Cenáculo á los sacerdotes del Nuevo Testamento; pero al pueblo fiel, que recibe el pan Eucarístico y no lo consagra ¿quién podía representarlo, sino María, que era quien lo llevaba en su seno é iba á darlo á luz al día siguiente, en medio de angustias, cuyo eco doloroso aún está llenando los siglos?

Junto á la Cruz del Salvador, ofrece la Virgen sus lágrimas y sus dolores en reparación del deicidio, á la hora misma en que la ingratitud judía perpetra crimen tan espantoso: su misión de soberana reparadora, debe hacerse sentir al mismo tiempo que la ofensa.

Si, pues, Jesús sufría ya infinito dolor en su alma, por la sacrílega comunión de Judas, preciso era que María, desde aquel momento, comenzase á ofrecerle en su corazón los tesoros de su maternal ternura, para reparar así la ofensa del ingrato discípulo.

Jesús, recibiendo, el primero, su cuerpo sacramentado, llevó á su última perfección las disposiciones que requiere la santidad adorable del sacramento.

Pero Jesús no era hombre solo; era Dios.

¿No habría sido necesario que una simple criatura recibiese la Eucaristía, en su primera efusión, con las disposiciones con las que nadie, que no sea un Dios, puede recibirla?

Sólo María pudo albergar en su alma al Dios eucarístico, con la misma pureza con que albergó al Verbo Encarnado en sus castas entrañas.

¡Oh admirable comunión de María!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Unión inefable de la Madre y del Hijo, que hacía de los dos un solo corazón para amar, un solo cuerpo para sufrir, una sola voluntad para ofrecer á la justicia de Dios el mismo sacrificio y á los hombres la misma redención.

En la medida en que somos capaces, dígnate oh dulce Madre, reproducir en nosotros tu comunión inefable.

EL MISTERIO EUCARISTICO.

I

Exposición del Misterio.

El Maestro divino, el dulce Redentor de la humanidad pecadora, conduce á sus discípulos á Jerusalén, la víspera de su muerte, los sienta á su mesa y celebra con ellos la cena de Pascua.

Allí, de sus labios que guardan los tesoros de la infinita sabiduría, van á brotar palabras meditadas desde toda la eternidad, y bosquejadas en el desierto, cuando prometía, á las muchedumbres que escuchaban su voz, que daría su carne en alimento y su sangre en bebida, para la redención del humano linaje.

Sabe, y lo recuerda en aquella hora bendita, que viene de Dios, que es Dios como su Padre, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Unión inefable de la Madre y del Hijo, que hacía de los dos un solo corazón para amar, un solo cuerpo para sufrir, una sola voluntad para ofrecer á la justicia de Dios el mismo sacrificio y á los hombres la misma redención.

En la medida en que somos capaces, dígnate oh dulce Madre, reproducir en nosotros tu comunión inefable.

EL MISTERIO EUCARISTICO.

I

Exposición del Misterio.

El Maestro divino, el dulce Redentor de la humanidad pecadora, conduce á sus discípulos á Jerusalén, la víspera de su muerte, los sienta á su mesa y celebra con ellos la cena de Pascua.

Allí, de sus labios que guardan los tesoros de la infinita sabiduría, van á brotar palabras meditadas desde toda la eternidad, y bosquejadas en el desierto, cuando prometía, á las muchedumbres que escuchaban su voz, que daría su carne en alimento y su sangre en bebida, para la redención del humano linaje.

Sabe, y lo recuerda en aquella hora bendita, que viene de Dios, que es Dios como su Padre, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, habiéndose depositado en sus manos todo poder, puede intentar las maravillas más sorprendentes, sin que fuerza ninguna pueda resistirle.

Entonces, apremiado por el impulso irresistible de un amor infinito como su alma, cuando el respeto y la emoción suspenden á los Apóstoles en un silencio solemne, toma el pan y dice: *Este es mi cuerpo.....*; *Esta es mi sangre.*

Esta es la voz del Señor en el poder, la voz del Señor en la magnificencia. [1]

Al escucharla, se han estremecido los cielos y la tierra.

Aquella palabra obra sobre Dios y sobre todo el mundo de los cielos.

La naturaleza se ha conmovido hasta sus cimientos.

Una influencia vital, hasta entonces desconocida, atraviesa el mundo de las almas.

Un foco de luz inextinguible se ha encendido en la tierra.

Algunas sílabas, pronunciadas en las intimidades de un convite de despedida, han creado un cielo nuevo y una nueva tierra, un testamento nuevo y un nuevo sacerdocio.

1 Salmo XXVIII-4.

Ellas han inaugurado el reino del Dios del amor, que ha de durar hasta que venga el Señor de la gloria.

Y lo que hizo Jesús en la cena, mandó que después de él y como él, lo hicieran sus discípulos.

Y desde entonces, sus sacerdotes repiten esas palabras en su Espíritu y con su poder.

Llevan diez y nueve siglos de repetirse, por muchos labios, y conservan la misma eficacia que en la primera hora en que fueron pronunciadas; obran con el mismo poder y realizan los mismos prodigios.

Participan de la virtud del Verbo, engendrado siempre entre los esplendores de una juventud perpetua y en la plenitud de una vida infinita, que sin cesar se comunica y que jamás comienza á agotarse.

Y hoy, y hasta el fin de los tiempos, todo sacerdote católico, irá, pronunciándolas, tan lejos como Jesús.

Su voz resonará hasta en el seno de Dios, para crearlo en el altar; hasta en las profundidades de la naturaleza, para obligarla á que se preste á las maravillas de la presencia sacramental; hasta las extremidades del mundo de las almas, de esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Iglesia universal que cuenta con ciudadanos por todas partes, para regocijar á los bienaventurados, consolar á los que sufren y santificar á los que trabajan.

Esas palabras pronunciadas por Cristo en la cena y repetidas hoy por sus ministros, en los altares de la Iglesia Católica, realizan maravillas incomparables, estupendos prodigios que arrebatan y que deleitan.

Pero, ¿de qué se trata? pregunta el Padre Monsabré.

Se trata, responde, de poner, en donde se ve pan y vino, el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

Y de hecho, allí están por virtud de las palabras de la consagración.

Están *verdaderamente*, porque la Eucaristía no es un signo, una figura que Cristo ennoblece, permitiéndole que represente su cuerpo y su sangre.

Están *realmente*, porque la Eucaristía no es una simple invitación para pensar en Jesucristo y poseerlo objetivamente por la fe.

Están *sustancialmente*, porque la Eucaristía no es el puro receptáculo de una virtud comunicada de lejos por la humanidad gloriosa de Cristo.

Lo que reside, lo que está presente, por la fuerza y virtud de las palabras sacramentales, allí donde no vemos más que el pan es, como canta la Iglesia, el cuerpo verdadero que nació de la Virgen, el cuerpo que sufrió indecibles dolores, el cuerpo que fué inmolado en la cruz para la salvación de la humanidad.

Verum corpus natum
De Maria Virgine,
Vere passum, immolatum
In cruce pro homine.

Pero no es este el único prodigio.

El cuerpo y la sangre están como separados, por las palabras de la consagración.

No es, sin embargo, la Eucaristía el sepulcro de un cuerpo muerto, ni el vaso funerario en que se ha recogido su sangre.

Es Cristo vivo, glorioso é inmortal el que está presente en el sacramento.

Su cuerpo y su sangre no se separan.

En donde está el uno, viene la otra.

Y no sólo el cuerpo sigue á la sangre y la sangre al cuerpo, sino que el alma y la divinidad están presentes, en virtud de esta real é inevita-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ble concomitancia que hace que el cuerpo vivo lleve consigo á la persona toda á los lugares en que reside.

La separación de las cosas realmente unidas, sólo se percibe, dice Santo Tomás, [1] por la operación del entendimiento: *Sola enim operatione animæ discernuntur quæ realiter sunt conjuncta.*

Así es que, bajo cada una de las dos especies están el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo.

Y este Verbo divino está bajo las especies, no unido hipostáticamente á la sustancia del pan y del vino, ni penetrando á la una y á la otra: no hay en la Eucaristía ni *impanación*, ni *consubstanciación*.

Las palabras de la consagración fueron en los labios de Jesús tan poderosas, y lo son en los de la Iglesia, que cambian las sustancias del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo: hay *transubstanciación*.

No quedan más que los accidentes de pan y de vino: apariencias maravillosamente conservadas de sustancias que no existen.

1 III P. quæst. 76, a. 1.

Y no paran aquí las maravillas.

El misterio se multiplica, sin aminorarse, en cada una de las partes de la cantidad mensurable de los accidentes eucarísticos.

Jesucristo está todo entero bajo estas partes, juntas ó separadas.

Ni los efectos físicos que esas partes producen ni la corrupción á que están sujetas, deben atribuirse á la carne invisible é inalterable del Salvador.

Esta carne inaccesible á todas las sensaciones y á todas los accidentes, mora bajo los velos que la cubren, sin tocarla mientras no cambien de naturaleza.

La residencia de Cristo en la Eucaristía es perseverante é independiente del uso del Sacramento.

Allí está el autor de la gracia, aunque nadie se acerque á participar del pan del cielo.

He aquí el misterio eucarístico.

La razón retrocede espantada al borde de los abismos que ante ella se abren.

Estos temores deben calmarse.

Hay que creer en este misterio; pero la razón da motivos para creer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

PRUEBAS DE LA VERDAD DEL MISTERIO EUCARÍSTICO. NEGACIÓN DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

La Iglesia ha condensado, en fórmulas luminosas y precisas, su enseñanza sobre el Misterio Eucarístico.

Para establecer las pruebas que fundan la verdad de este dulce é incomparable Misterio, preciso es admitir la verdad de la revelación cristiana.

Sin ella será imposible probar inmediatamente la verdad de la Eucaristía, como sería imposible á un profesor de matemáticas demostrar los cuatro últimos libros de la geometría al que ignora los cuatro primeros, como sería imposible á un físico hacer comprender las admirables leyes de la luz al que no tuviese noticia de las primeras palabras de la ciencia algebraica.

Hay en las ciencias humanas como en las ciencias divinas, verdades que suponen otras ya conocidas, y la verdad tiene sus senderos progresivos, como las rutas que conducen de una ciudad á otra distinta.

Si no se cree en el Evangelio, si no se admite la divinidad de Jesucristo, la verdad de la Eucaristía no podrá establecerse.

Debe, pues, comenzarse por demostrar la divinidad de Jesucristo y la autenticidad é inspiración divina del Evangelio.

Y es preciso hacerlo así, porque los enemigos de la fe se burlan ó afectan burlarse de los católicos, quienes, á su juicio, no pueden presentar demostraciones completas de las verdades que acepta su entendimiento y propagan con su palabra.

Y es preciso hacerlo así, hoy más que en otras épocas, porque la negación de la divinidad de Jesucristo, que no es nueva por cierto, reviste cierto carácter, se da ella misma como la última palabra de la ciencia y del pensamiento humano.

Esta negación contemporánea, preciso se hace repetirlo, no es nueva, es tan vieja como el cristianismo, y lo que hace únicamente es cambiar de forma, según el medio en que vive y las condiciones en que se propaga.

Es ciertamente de notarse, como lo advierte un célebre apologista moderno,[1] que la negación de la

1 Didon. La Divinidad de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

divinidad de Jesucristo está siempre á merced del espíritu reinante y que siempre se inspira y se modela en la doctrina, en las costumbres y en los intereses del momento en que se proclama y del medio en que se desenvuelve.

La primera, contemporánea de Jesucristo, es la negación judía.

Cristo afirma ser Hijo de Dios.

Los judíos, poniéndose bajo el punto de vista supersticioso de la unidad divina, rehusaban admitir, no obstante las numerosas y trasparentes alusiones de los Profetas, que la vida íntima de Dios en muchas personas fuese compatible con la unidad de su naturaleza.

Por eso, cuando Jesús afirmaba su divinidad, escandalizados respondían: Tú blasfemas: te haces el Hijo de Dios, igual á Dios: ¿hay dos dioses, por ventura?

Y Jesús fué condenado no por rebelde á la autoridad civil, como la crítica actual se complace en repetirlo, sino por haber blasfemado la unidad de Dios en el sentido judaico, al afirmar que era el Hijo de Dios.

En los tres primeros siglos de la era cristiana, la negación de la divinidad de Jesucristo era una

forma del error entonces dominante: el Gnosticismo.

Para los defensores de este error, que tiene por base el dualismo y la emanación, Cristo es un ser inferior á Dios, ser que jamás se ha unido á la materia principio del mal.

En el IV siglo, cuando las doctrinas relativas á la Trinidad apasionaban á los espíritus deseosos de investigar los misterios de la vida divina, los Arrianos rehusaban tenazmente reconocer la igualdad sustancial de las personas en Dios, especialmente la del Padre y la del Hijo.

Aceptaban los Arrianos á Jesucristo como Hijo de Dios; pero negaban que fuese igual al Padre.

Esto era negar la divinidad del Verbo Encarnado.

Y esta negación fué casi universal, porque el Arrianismo, según la frase de San Jerónimo, invadió al mundo todo.

En el VII siglo aparece la negación mahometana.

Mahoma reconoce á Cristo como á un profeta pero inferior á él.

Los Mahometanos suprimieron la divinidad de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sopla después el viento terrible de la reforma, y en ese torbellino aparece una nueva negación de la divinidad de Jesucristo, la doctrina sociniana.

Los socinianos tenían como los judíos el culto fanático de la unidad de Dios.

Negaban la Trinidad y negaban la Encarnación del Verbo.

Con el siglo XVIII vino la negación deista.

Los filósofos y los sabios de entonces aceptan á Dios, sus atributos divinos de verdad y sabiduría, de poder y misericordia, de justicia y de providencia; pero niegan la intervención positiva de Dios en la humanidad, la revelación y el milagro, y de consiguiente, la obra más grande de Dios, la Encarnación del Verbo.

Jesucristo para ellos no es más que un hombre más perfecto, más sabio, que los ignorantes han divinizado.

Este es el carácter de la negación racionalista.

La negación de este siglo, la negación contemporánea, es más sabia y más completa.

Se distingue por un movimiento de ateismo, que no tiene ejemplo en la historia de la humanidad pos-diluviana, á decir del Padre Didón.

Este movimiento consiste en suprimir á Dios

de todas partes, en el origen de las cosas, en su evolución, en su fin, en el origen de la vida, en el origen de las especies y de los géneros, en el origen del hombre, en la evolución de la raza humana, en la conciencia de la humanidad, en las sociedades políticas, en el alma del niño, en el corazón de la mujer, en la ley, en todas partes.

Esta es la negación positivista: esta es la negación dominante.

Es, por tanto, preciso, para demostrar la verdad de la Eucaristía, ante las sociedades modernas, inficionadas de positivismo, establecer aunque sea brevemente la divinidad de Cristo y la autenticidad del Evangelio.

"Si yo encontrase un hombre, dice Mgr. Landriot, que no creyese en los Evangelios, ni en la divinidad de Jesucristo, comenzaría por establecer estas dos verdades: después, con el Evangelio en la mano, le haría yo comprender el pensamiento del Salvador divino al instituir la Eucaristía.

Eso es lo que hoy se necesita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NEGACIÓN POSITIVISTA
DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Importantísimo sería desenvolver las pruebas sobre la divinidad de Jesucristo, contra todas las escuelas que la han negado, desde la época en que apareció en el mundo el Redentor de la humanidad pecadora.

Pero la exposición de esas pruebas, hasta cierto punto, sería inútil, en los tiempos que corren.

Todas las negaciones que han precedido á la negación reinante en estos días, de tanta ciencia y de tanta luz, es decir, á la negación positivista, están ya sepultadas en esa fosa común en la que caen sin honor, uno por uno, aquellos que niegan á Jesucristo.

La negación judaica, desapareció ante la gran afirmación y la casi universal adoración de la divinidad de Jesucristo.

La negación gnóstica, bajo su forma original, se ha perdido, desvanecida con todas las sutilezas del Oriente, que no es ya más que una tierra desolada y muerta.

La negación musulmana vive aún; pero no vive en los países civilizados: se ha retirado, del mundo europeo, á aquellas comarcas en donde la civilización cristiana no ha penetrado todavía, pero que va á conquistar en nombre de Cristo, Hijo de Dios: la lucha está próxima.

La negación sociniana, se pierde también en las variaciones sin número de las doctrinas protestantes.

La negación deista, la que tanto defendieron y propagaron los que asimismos se llamaban, sabios y filósofos en el último siglo, ha envejecido y ha envejecido mucho, á decir de los modernos incrédulos.

Queda hoy la negación científica, la negación positivista.

Esta negación, es hija de la escuela positivista que invade hoy á las universidades del mundo oficial, á sus instituciones, á sus leyes y á muchas inteligencias.

Augusto Comte, conocido por sus necias excentricidades y arrebatado alguna vez por furiosa demencia, es el padre de la filosofía positiva y, al mismo tiempo, el sumo pontífice de la religión positivista.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ernesto Littré, fiel discípulo de Comte, médico que enseñó y escribió en París, fué quien principalmente contribuyó á esparcir el conocimiento de su maestro y el de su célebre doctrina.

A éste han seguido, moderando algunos de los dogmas de esa religión, muy pocos por cierto, el francés Taine, y los ingleses Stuart-Mill, Spencer y Bain.

Las sociedades modernas, bebiendo en esas fuentes y rindiendo fervoroso culto á esos maestros, niegan la divinidad de Cristo y su negación es consecuencia inevitable de su sistema y de sus principios.

Para establecer la divinidad de Jesucristo, enfrente de esa escuela, preciso es conocer su doctrina, aunque sea en compendiado resumen.

El positivismo, nacido en Francia, es para muchos de los católicos, según la oportuna observación del P. Félix,[1] como uno de esos países extranjeros de que se oyen contar cosas prodigiosas, y á los que casi no se conoce más que por las relaciones de los viajeros que han tenido la suerte de visitarlos.

1 El progreso por medio del cristianismo, tom. 10, conferencia 5ª

Y esta oportuna observación del sabio jesuita, se ve realizada en nuestro suelo.

Los católicos mexicanos, bien los que tuvimos la fortuna de ser educados en las antiguas escuelas, bien las generaciones que hoy se levantan educadas, aunque tropezando con graves dificultades, á la sombra de la Cruz, en las escuelas católicas hoy existentes, escuchamos, sorprendidos, las maravillas de esa nueva ciencia y de esa nueva filosofía que, con santo entusiasmo, refieren sus adeptos.

Noticias son de viajeros que han visitado esa ciudad, para nosotros casi desconocida.

Necesitamos, pues, para presentar nuestras pruebas sobre la divinidad de Jesucristo, adecuadas á las exigencias de esa filosofía, y fundar en seguida la verdad del Misterio Eucarístico, hacer una exposición clara y breve de ese sistema, que se aviene muy poco, en nuestro concepto, con el buen sentido del género humano.

Difícil es hacer esa exposición, porque no es infrecuente tropezar, como lo advierte el mismo P. Félix, con uno de dos escollos: calumniar ó lisonjear; desfigurar, ó embellecer; ser injusto con el error, á fuerza de amor á la verdad; ó ser in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

justo con la verdad á fuerza de contemplaciones con el error.

Para salvar esos dos escollos, para exponer rápidamente las doctrinas positivistas, con imparcialidad completa y estricta justicia, las mostraremos, en sus grandes rasgos, pintadas por ellas mismas.

POSITIVISMO.

La humanidad, al decir de los fundadores de esta escuela, ha estado hundida en las sombras y en el error, hasta poco antes de mediar este siglo.

A ella estaba reservado difundir la luz en el universo y dar nueva organización á la ciencia.

Ella es la que anuncia no sólo una nueva reforma del mundo, sino lo que es más grave y radical todavía, *una nueva educación de las inteligencias*, una refundición del espíritu humano.

Para establecer las bases de esta ciencia, que está regenerando á las sociedades, la escuela positivista comienza por asentar estos principios.

Dios es una quimera, un producto de la imaginación humana, una ficción sin realidad.

El alma, como sustancia distinta y superior al cuerpo, es otra quimera.

El pensamiento es simplemente una secreción del cerebro.

La libertad ó libre albedrío, una decepción.

La inmortalidad del alma, la vida futura, la creación del mundo y la Providencia Divina son hipótesis mentirosas y destituidas de todo fundamento: son palabras vacías de todo sentido.

No hay más criterio de verdad que la experiencia material y sensible; no hay más seres que aquellos cuya existencia atestiguan los sentidos.

Los seres espirituales y las causas primeras, son fantasmas de una imaginación delirante.

No hay más seres reales que la fuerza y la materia, ó mejor dicho, no hay más realidad que la materia, la cual, merced á la fuerza de que se halla dotada y que le es inherente, se desarrolla, se eleva, se perfecciona y se trasforma, produciendo por este medio, todos los seres, cuya existencia nos revela la experiencia.

La materia y la fuerza son eternas, inmortales é infinitas como lo es el mundo, el cual no es otra cosa que el conjunto de cuerpos y fenómenos, resultantes de la trasformación sucesiva y de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

circulación perpetua de la fuerza, como propiedad esencial de la materia, sujeta á reglas fijas necesarias é inmutables.

Tal es, en resúmen, el conjunto de principios ó afirmaciones que ofrece, como la última palabra de la ciencia, el materialismo positivista representado por Feuerbach, Heine, Hackel, Vogt, y sobre todo por Büchner y Moleschott, en Alemania; por Stuart Mill, en Inglaterra; por Comte, Taine, Littré, y parcialmente por Vacherot, en Francia.

Así es que la verdadera ciencia, está exclusivamente destinada á observar, analizar y clasificar los hechos particulares; á reconocer y fijar por inducción las leyes que presiden y determinan la existencia de los fenómenos sensibles, negando y excluyendo toda intervención de las nociones abstractas é ideas metafísicas.

Tal es, para el positivismo, la función propia de la ciencia y el método único para llegar al conocimiento de la realidad.

En consecuencia, el positivismo declara *fuera de la ciencia* á la Teología, que trata de Dios, porque lo absoluto es inaccesible al espíritu humano, y constituye una simple hipótesis.

Excluye, igualmente, á la metafísica, porque las entidades abstractas de que ella se ocupa, son también ficciones, que carecen de valor científico.

Esas dos ciencias, están condenadas por el positivismo á un desuso definitivo y á una impotencia irremediable.

La Psicología ó la ciencia del alma, que es otra hipótesis, también queda fuera de los linderos científicos, porque entre los animales y el hombre no hay más que diferencia accidental y de grados.

La ciencia moral está de igual modo fuera de sus dominios, porque la noción de derecho es inmoral: así lo dice Comte.

La verdadera moral, dice el P. Félix, la que consagra la ciencia, en sentir de los positivistas, descansa por completo en la distinción de los instintos egoístas y altruistas, ó sea los que concentran al hombre sobre sí mismo, y los que lo inclinan á los demás.

El egoísmo y el altruismo son los dos polos de la vida moral en la humanidad.

Descartadas todas las regiones de la hipótesis, y reconocidas como inaccesibles á las miradas de la verdadera ciencia, los dominios científicos se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estrechan de un modo notable; pero es para iluminarse más.

El positivismo, dice el P. Félix, colocado fuera de lo imaginario y de lo quimérico, toma, en medio de la luz de la ciencia, el punto de partida que ha de llevar á ésta, de claridad en claridad, desde su base más profunda, hasta su cumbre más elevada.

En vez de lanzarse con la imaginación en busca de las causas y esencia de los seres, el procedimiento único y universal que ha de conducir al verdadero conocimiento de los seres y de sus leyes, es aplicarse á estudiar, por medio de la observación, las cosas en sí mismas, con sus fuerzas inmanentes.

Así quedarán sustituidas á las aventuras de la especulación teológica, metafísica, moral ó psicológica, las investigaciones precisas del cálculo aplicados á las realidades materiales.

Ya no habrá más que seis ciencias posibles: las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología.

Esta simple exposición, por sí sola, demuestra que el positivismo, en el fondo, no es más que una eliminación, y, como hace notar un profundo filó-

sofo, por una de esas ironías vengadoras que la verdad echa sobre el error, cuando la ultraja, la soberbia palabra *positivismo*, que quiere significar la plenitud de la afirmación, no sirve sino para expresar la plenitud de la negación.

Para esta escuela no hay Dios, como ser trascendente, personal y superior al mundo, y como una consecuencia indeclinable la divinidad de Cristo, para los positivistas, si no es una hipótesis, es un absurdo.

Ante esta escuela, que es la que hoy domina, es ante la que debemos probar la existencia de Dios y la Divinidad del Verbo Encarnado.

Quizá podrá verse que, aun con sus mismos principios, por una contradicción frecuente en los sistemas anticristianos, es dable demostrar con toda claridad la existencia de un Ser infinito, creador de los cielos y de la tierra.

Esta demostración nos conducirá á la que establezca la divinidad de Cristo, para fundar de este modo la verdad de la Eucaristía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El término natural, la consecuencia única de la concepción positivista, es el materialismo.

Se cree, sin embargo, por los más ilustrados representantes de la escuela positivista, que hay siempre una línea de separación entre el positivismo y el materialismo, y que la teoría positivista, si tiene débil uno que otro principio, es siempre una teoría luminosa y la última palabra de la ciencia.

Littré, á quien tanto alaban y á quien tanto admiran, no ha marcado esa línea de separación entre el positivismo científico, y el mezquino y grosero materialismo.

Para Littré, como para la generalidad de los positivistas, la idea de un ser teológico, es decir, la existencia de Dios, dice el Cardenal Zeferino González, es una hipótesis inútil: "L'idée d'un être theologique quelconque, c'est comme le disait Laplace, une hypothése désormais inutile."

El alma humana no se distingue, para este filósofo, de las funciones morales ó intelectuales que se verifican en el cerebro (*l'ensemble des fonc-*

tions morales et intellectuelles devolues au cerveau) en otros términos, el alma es el conjunto de las facultades del sistema nervioso central: *Il faut reserver le nom d'âme à l'ensemble des facultés du systéme nerveux central.*

La libertad es una ilusión, y en su virtud la historia de la humanidad viene á ser un desenvolvimiento determinado por las condiciones de la naturaleza cerebral del hombre y por la manera de ser del mundo: *un developpement determiné par les conditions de la nature cérébrale de l'homme et par la manière d'être du monde.*

La constitución y origen de las sociedades, lo mismo que la constitución y origen de las religiones, la teología, las profecías, las revelaciones, lo mismo que los gobiernos, los imperios, las artes, las ciencias, todo depende y procede de las fuerzas propias del hombre, en combinación con los diferentes medios ambientes, con exclusión de toda acción divina, de toda acción sobrenatural: quien quiera que esto reconoce ó afirma, dice Littré, ha entrado en posesión de la verdad, ha realizado su emancipación mental: *quiconque accède a cette vue a planement accompli le cycle de l'emancipation mental.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fácilmente se advierte, por estas brevísimas transcripciones, que la distancia que separa á Littré—y es conclusión del Cardenal González—de los materialistas contemporáneos es *muy escasa* ó *nula*, más bien.

Los positivistas, materialistas en el fondo, porque allá los llevan inevitablemente los principios en que descansa su sistema, tienen, sin embargo, como cierta vergüenza de profesar el materialismo y rechazan este cargo que se les hace, con razón, sin duda.

Larousse, en su gran Diccionario, y en el artículo que consagra á Maximiliano—Paulo-Emilio Littré, se expresa de este modo: "El positivismo no niega los grandes problemas metafísicos que, en todos tiempos, han preocupado al espíritu humano: se limita á eliminarlos del dominio científico: el positivismo *no afirma, como se repite con frecuencia, el materialismo:* el positivismo, dice con Littré: "En las ciencias positivas no se conoce alguna propiedad sin materia, no porque *a priori* se tenga la idea de que no existe alguna sustancia espiritual independiente, sino porque *a posteriori* jamás se ha encontrado gravitación sin cuerpo pesado, calor sin cuerpo caliente, elec-

tricidad sin cuerpo eléctrico, afinidad sin sustancia de combinación, vida, sensibilidad y pensamiento sin un ser viviente, sensitivo y pensante."

Aquí está hablando Littré, aquí está exponiendo todo su pensamiento.

Para él, según aparece por sus palabras, que no pueden equivocarse ni desconocerse, la sensibilidad y el pensamiento son á la materia, lo que la gravitación al cuerpo pesado, el calor al cuerpo caliente.

La sensibilidad y el pensamiento son, de consiguiente, á juicio de este sabio, fuerzas ó propiedades de la materia.

No puede, entonces, decirse que el positivismo de Littré está, por una línea de separación bien perceptible, alejado del materialismo.

Materialismo, y no otra cosa, es hacer sensible á la materia, y hacerla origen del pensamiento humano.

Materia que siente, materia que piensa.

He aquí el luminoso pensamiento de Littré.

Su simple enunciación, basta para poner de resalto el valor científico de la teoría positivista por él enseñada, con tanto aparato de ciencia y erudición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No es menos materialista en sus teorías sobre la causa primera, sobre Dios, Creador del mundo y de todas las cosas visibles é invisibles.

Para Littré, como para su maestro Augusto Comte, la historia del desenvolvimiento del espíritu humano, presenta tres fases esenciales, que corresponden á tres fases sucesivas de la civilización:

"En el primero, que es la fase teológica, dice el mismo Littré, la explicación de las cosas se refiere á personalidades que son causa de las existencias, de los fenómenos y de los acontecimientos."

"En el segundo, que constituye la fase metafísica, cuando la crítica ha comenzado á quebrantar las nociones espontáneas ó teológicas, una clase de entidades interviene en el sistema y elimina allá y acá, y más y más, los seres divinos, cuya acción era reconocida en cada fenómeno."

"En la tercera, que es la fase positiva, *se renuncia á la investigación de lo absoluto*, es decir, *de las causas primeras y de las causas finales*, reconocidas ya como inaccesibles y buenas solamente para ocupar la infancia del espíritu humano, y se consagra el hombre *únicamente* á la investigación de leyes y *condiciones*."

"Así, pues, infiere Larousse, de las transcritas palabras de Littré, la filosofía positiva renuncia á la investigación de lo absoluto, cualquiera que sea la forma que tome, ya con relación al origen de las cosas, ya con referencia á su fin y á su destino, porque ella está convencida de que toda investigación en este sentido, es inútil por completo."

Ya se ve la enseñanza de este filósofo.

El hombre no debe buscar á Dios: no debe preocuparse de él: es inaccesible é inútil.

Lo único útil, lo único accesible, lo único propio del entendimiento humano, es contemplar la materia y sus fenómenos, sus condiciones y sus leyes.

Tan radical era Littré, sobre estas materias, que cuando Comte, su maestro venerado, en los últimos años de su vida, se refugió en las ideas místicas y quiso agregar á sus doctrinas un aparato teúrgico, se separó de él, y después de la muerte del maestro, quedó hecho jefe de la escuela positivista, que no ha seguido, como se expresa Larousse, lo que se ha llamado las desviaciones doctrinales de Comte cuando se hizo viejo.

Justo es, sin embargo, decir que este célebre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

positivista murió felizmente en el seno amoroso de la Iglesia Católica.

STUART MILL.

Cuatro obras nos hacen conocer la filosofía de Stuart Mill: El Sistema de lógica, El Examen de la filosofía de Hamilton, El Utilitarismo y Augusto Comte y el positivismo.

Lo que se considera como obra maestra de Stuart Mill, en el sistema de lógica, es su teoría de la inducción.

Esta, según el filósofo inglés, es la operación que descubre y prueba proposiciones generales, ó el procedimiento por el cual concluimos, que lo que es verdadero de ciertos individuos de una clase, es verdadero de toda la clase, ó lo que es verdadero en ciertos tiempos, lo será en todos, si las circunstancias son semejantes.

¿Y cómo pasa la inducción del presente al porvenir, del hecho actual al hecho deducido?

Por la noción de causa que es la raíz oculta de toda esta teoría.

Por causa de un fenómeno, entiende Stuart Mill, el antecedente ó la reunión de antecedentes de que el fenómeno es invariable é incondicionalmente la consecuencia.

La ley de la causalidad universal, es por tanto, un hecho y no tiene más extensión que la experiencia.

La segunda de sus obras, nos da la metafísica de Stuart Mill y se muestra en ella discípulo de Berkeley y de Hume, para quienes la oposición, vulgarmente admitida, como dicen ellos, entre lo que se llama espíritu y lo que se llama cuerpo, no tiene sentido.

La conclusión del filósofo inglés, es que en el hombre no hay más que fenómenos, que se nos presentan los unos, como internos y los otros como externos, sin que pueda saberse más sobre este punto.

La materia, según él, puede definirse así: Una posibilidad permanente de sensaciones.

El espíritu puede definirse de este modo: Una serie de estados actuales de conciencia, con una base de estados posibles de conciencia.

En la tercera obra muestra Stuart Mill lo que es para él la moral.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En este punto es utilitario como Bentham, aunque establece modificaciones de cierta importancia en las teorías del jurisconsulto inglés, notablemente en lo relativo á la distinción de placeres superiores é inferiores y á la explicación de la justicia por el papel que desempeña el sentimiento natural y espontáneo de la venganza, para proteger ciertas utilidades sociales más absolutas y más imperativas, que las del individuo.

En la última obra citada admite, como Comte, la ley de los tres estados, sustituye á la causalidad la sensación y reconoce la imposibilidad de investigar las causas primeras y últimas de las cosas.

Algo se aparta, sin embargo, del jefe del positivismo francés.

Califica de incompleta la clasificación de las ciencias hecha por Comte, en la cual, debieran tener lugar por lo menos, la lógica y la psicología.

El modo positivo de pensar, dice, no es necesariamente una negación de lo sobrenatural.

Pero cuida de agregar que, en el orden existente del universo ó más bien de la parte del universo que nos es conocida, la filosofía positivista sostiene que la causa directamente determinante de cada fenómeno es *natural y no sobrenatural*.

Es compatible, á su juicio, con este principio, el creer que el universo ha sido creado y que aun es continuamente gobernado por una inteligencia, *con tal que se admita que esta inteligencia está sujeta á leyes fijas*, que no son modificadas ó contrariadas, sino por otras leyes de la misma naturaleza y nunca de un modo caprichoso ó providencial.

Aclara más todavía este pensamiento.

Cualquiera que contemple, dice en la obra citada, todos los acontecimientos como partes de un orden constante, siendo cada uno de ellos consecuencia invariable de una condición antecedente ó de una combinación de condiciones antecedentes, acepta plenamente el modo positivo de pensar, reconozca ó no un antecedente universal, y lo conciba ó no como una inteligencia.

Tales son en brevísima frase las notas más salientes del positivismo de Stuart Mill.

Pudiera llamarse, como dice el cardenal González, positivismo moderado, porque no entra en la esfera del materialismo explícito, ó mejor positivismo ecléctico, en atención á que entraña cierta síntesis y amalgama de ideas y direcciones pertenecientes al positivismo de Comte, con ideas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y direcciones extrañas á éste y relativamente originales.

Pero si no es explícito materialismo, á él conducen las teorías de este filósofo.

Concede tal importancia á la asociación de ideas y al estado ó modificaciones de los nervios, para explicar el origen, naturaleza y condiciones de los fenómenos psicológicos, que en ocasiones es muy difícil separar su tesis psicológica de la tesis materialista.

En realidad, agrega el cardenal González, para Stuart Mill nada existe más que la sensación, de manera que la misma persona humana viene á ser una serie de sensaciones.

En la hipótesis, dice el positivista inglés, *de que exista realmente Dios*, éste no podía ser considerado por nosotros, sino como un conjunto de series de sensaciones.

Y aun este Dios, si llegara á existir y si llegara á concebirse como una inteligencia, ha de estar sujeto á leyes invariables, ha de ser un antecedente universal que ha de tener como consecuencia ineludible la naturaleza ó el universo.

Alguien ha dicho que la concepción filosófica

de Stuart Mill, podía apellidarse un materialismo idealista.

Las definiciones que de *la materia* dejamos, transcritas, justifican el nombre.

Al materialismo, por más que no se quiera, conducen las teorías de los modernos positivistas

De ellas, sin embargo, ha de brotar la luz del espiritualismo.

Los principios de esta escuela filosófica han de dar los materiales para demostrar la existencia de un ser espiritual, eterno é infinito, personal y libre.

HERBERT SPENCER.

El movimiento provocado por la filosofía positiva de Comte, en Francia, dejose sentir no poco en Inglaterra.

Los representantes de ese movimiento en el Reino Unido, aunque pertenecen á la escuela positivista por parte del método y por cuanto admiten implícitamente sus conclusiones fundamentales, como las que se refieren á los tres estados del conocimiento, á la eliminación de las lla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

madas hipótesis metafísicas, á la incognoscibilidad de lo trascendente y de las causas primeras, se separan de Comte en algunas otras conclusiones, y principalmente en orden á la importancia de la psicología en el árbol de las ciencias.

Así se concibe que la doctrina de los filósofos ingleses, que representaban el movimiento causado en Inglaterra por el sistema filosófico de Comte, sin dejar de ser positivista en su método, en su espíritu y parcialmente en sus conclusiones, constituya, sin embargo, una escuela psicológica especial.

Tal es, al menos, la autorizada opinión del Cardenal González, que estudió tan á fondo la historia de la filosofía.

El representante más completo, y, en expresión del mismo Cardenal González, el más filosófico de esa escuela psicológica inglesa, es sin duda, Herbert Spencer.

"Es uno de los pensadores más vigorosos, dice Larousse, más originales, más atrevidos y más fecundos de la Inglaterra contemporánea."

"Es uno de esos espíritus, como se ven en ciertas épocas, que parecen hechos para reunir y coordinar metódicamente en un sistema para el

cual se necesita crear un nombre nuevo, la masa flotante de hechos conocidos de diversos órdenes é ideas en vías de ascendencia."

Stuart Mill, que, á decir de Larousse, tenía el derecho de ser difícil, no vaciló en considerar á Spencer en el pequeño número de los creadores y de los maestros.

La vida de Spencer está toda entera en la producción de su grande obra intitulada "Sistema de filosofía."

El punto central de la concepción de Spencer, es la ley de la evolución, del desenvolvimiento, del progreso necesario, según que entraña la transición insensible, infinitesimal, por decirlo así, de lo simple y de lo homogéneo, á lo compuesto y lo heterogéneo.

"Spencer simplifica y generaliza al mismo tiempo esta ley, aplicándola á todas las esferas del ser y del conocer, al mundo inorgánico y al orgánico, al individuo y á la especie, á la vida y á la historia, á la sociedad, al gobierno, á la industria, al comercio, al arte y á todas las manifestaciones de la naturaleza y del pensamiento." [1]

Al lado de esta ley fundamental, y como deri-

1 González. Historia de la Filosofía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vaciones y aplicaciones de la misma, Spencer desenvuelve la ley de asociación de ideas y la correlación ó equivalencia de fuerzas.

"Además de estas leyes que constituyen, como se ha dicho, los principios fundamentales del sistema filosófico de Spencer, admite, como los positivistas, que nuestros conocimientos son todos relativos; que se debe rechazar toda explicación trascendente de los fenómenos sensibles; que entre la Religión y la ciencia no puede haber nada común; que lo absoluto y lo divino trascendente, están fuera del alcance de la ciencia y de sus métodos, y, lo que es más aún, que constituyen la región de lo inaccesible á la razón humana; que la evolución social está sujeta á leyes tan necesarias, como la evolución orgánica, y que la creencia en la inmortalidad del alma es una señal y un efecto de la ignorancia primitiva." [1]

La teoría teológica de Spencer, dice el Cardenal González es una teoría esencialmente negativa.

No niega la existencia de Dios, como hacen otros positivistas, y hasta concede al hombre una concepción vaga, confusa é indefinida del Ser Supremo; pero este Ser, el Absoluto, Dios, en fin, es

1 Obra citada.

perfectamente inaccesible á la razón humana, coincide y se identifica con lo Incognoscible, porque la razón no puede salir fuera de la esfera de lo relativo, y Dios, ó no existe, ó es el Absoluto.

Para este filósofo inglés, el alma no es una sustancia distinta del cuerpo.

Entre la función más humilde y el pensamiento más alto no hay, para él, oposición de naturaleza, sino diferencia de grado, no siendo cada una de esas funciones, más que una de las innumerables manifestaciones de la vida.

La vida del cuerpo y la vida mental, son á su juicio dos especies, cuyo género es la vida propiamente dicha.

Entre los hechos fisiológicos y los psicológicos, no hay para él línea precisa de separación.

Sensaciones, sentimientos, instintos, inteligencia, todo constituye un mundo aparte, pero todo eso brota de la vida animal, en ella tiene sus raíces y es como su eflorecencia.

Si esto no es un materialismo grosero, á él conduce sin remedio.

Si para los materialistas, como Laplace, es el pensamiento una secreción del cerebro, para Spencer es una eflorecencia de la materia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para uno y para otro, adoptando aquél frase áspera, y escogiendo éste imagen más dulce, el pensamiento no es más que el producto de la materia.

No hay, por lo mismo, Dios para Spencer, porque está fuera de la ciencia; no hay alma humana, porque ésta, según afirma otro filósofo de esta escuela, Bain, no es más que una fase de la sustancia única, que tiene dos órdenes de propiedades.

"Las esperiencias de utilidad, organizadas y consolidadas á través de las generaciones humanas que han pasado, han producido modificaciones nerviosas correspondientes, que por trasmisión y acumulación continuas, se han convertido en nosotros en ciertas facultades de intuición moral."

La ley de la libertad, en la igualdad es, para este filósofo, la ley moral.

Cuando cada hombre úna en su corazón á un amor activo por la libertad, sentimientos activos de simpatía por sus semejantes, entonces los límites á la individualidad que subsisten hoy, trabas legales ó violencias privadas, quedarán borradas.

Utilitarismo, libertad desenfrenada, sin más

límite que la libertad ajena, he aquí el sistema de moral desarrollado por el filósofo inglés.

Tales son los rasgos principales del sistema filosófico de Spencer, en lo que se relaciona con la teología, la psicología y la moral.

Eliminación de Dios, porque lo absoluto es incognoscible; eliminación del alma, como sustancia espiritual, porque el pensamiento no es más que la eflorecencia de la materia; eliminación de la diferencia eterna entre el bien y el mal, que es uno de los fundamentos de la ley moral, porque esta no es más que el ejercicio de la libertad propia que se detiene ante la libertad ajena.

Ante estos sistemas, reinantes hoy en el mundo, tiene que establecerse la Divinidad de Cristo.

Todos ellos son materialistas en el fondo: todos ellos niegan la existencia de un Ser Supremo por hipotético ó por incognoscible.

EL POSITIVISMO ANTE LA CIENCIA.

El sistema filosófico que se acaba de bosquejar, porque bosquejo es y no exposición, la brevísima síntesis de sus principios y sus tendencias con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

signadas en los precedentes artículos, no puede sostenerse ante la ciencia, por más que en los delirios de su arrogancia, se llame á sí mismo la ciencia, y la ciencia en su manifestación más sublime, en sus más luminosas y altísimas concepciones.

No es aquí la oportunidad de hacer un estudio pormenorizado y detenido sobre el positivismo y sus apóstoles.

Ese estudio pondría de manifiesto los estravíos de esa escuela, en el orden puramente científico y los ningunos merecimientos que tiene para dar á su sistema el nombre de filosofía, en la genuina y hermosa acepción de esta palabra.

Pero no ha sido este nuestro principal propósito al escribir estos artículos.

Consagrados al estudio y contemplación del más dulce de los misterios del cristianismo, sólo de paso nos hemos detenido ante esa escuela filosófica, que es hoy la dominante, al menos en el mundo oficial, para establecer en su presencia la Divinidad de Jesucristo que ella elimina de la ciencia y de las sociedades, como se han propuesto eliminarla siempre las escuelas que la han precedido, perdidas hoy en ese abismo sin fondo que

guarda las cenizas de los errores todos y de todas las negaciones.

Debemos, no obstante, dejar establecido, que el positivismo entraña tres vicios radicales que revelan su nulidad científica: la hipótesis gratuita, la contradicción universal y la falsedad absoluta.

Los positivistas todos, desde Comte, fundador de la escuela, hasta los últimos y más sabios representantes de ese sistema, eliminan de la ciencia lo que ellos llaman hipótesis y á título de hipótesis.

Eliminan la Teología, porque ella *supone* un mundo de realidades teológicas; eliminan la Metafísica, porque ella *supone* un mundo de realidades metafísicas; eliminan la Psicología, porque ella *supone* un mundo de realidades psicológicas; eliminan la Moral, porque ella *supone* un mundo de realidades morales.

El catolicismo, á los ojos de estos grandes filósofos, está *suponiendo* siempre, lo mismo en las creencias más acreditadas, que en las convicciones más universales.

En sus libros, están hablando siempre de la *supuesta* causa primera, del *supuesto* Dios, de la *supuesta* alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La tiranía de la hipótesis es, en concepto de ellos, la que domina á la filosofía cristiana.

Natural era que la filosofía positivista, una vez que excomulga á la filosofía cristiana, porque se asienta en puras hipótesis, levantara su grandioso edificio sobre bases sólidas y seguras, que estuvieran muy lejos de la hipótesis.

Y, sin embargo, por una de esas contradicciones en que incurren los sistemas anticristianos, como hemos tenido ocasión de notarlo otra vez, el positivismo se funda en hipótesis puras y en hipótesis gratuitas.

Desde el principio del mundo hasta mediados del presente siglo, el espíritu humano á pesar del genio y de la virtud de sus más admirables oráculos, ha estado sometido, dicen los positivistas, á voluntades libres y quiméricas, y á entidades metafísicas imaginarias.

¿Y esta afirmación del positivismo, que otra cosa es sino una suposición?

¿Qué otra cosa más que una hipótesis?

El positivismo debía demostrar que las creencias de la humanidad, en una primera causa y en una sustancia espiritual distinta del cuerpo, han sido realmente un sueño y una quimera.

Ha debido demostrar que los hombres todos de todos los climas y de todas las latitudes han sido víctimas, en este punto, de una ilusión tan desgraciada como lamentable. Pero no es esta la única hipótesis del positivismo.

Afirma que todos los hechos, de cualquier naturaleza que sean, están sometidos al mismo método de comprobación; que toda realidad debe ser conocida por la experiencia; que no hay más que una ciencia y que esa ciencia es el encadenamiento de hechos ligados entre sí, por relaciones que pueden observarse directamente.

Estas afirmaciones son otras tantas hipótesis.

El positivismo no se ha encargado de justificar que son exactas, y que son verdaderas.

¿Será por ventura que las considera evidentes, como un axioma?

¿Cómo es, entonces, que por espacio de tantos siglos se han obstinado en no verlas; aun las inteligencias más claras?

El positivismo afirma la existencia de una serie de causas sin causa primera; de una serie de leyes sin legislador supremo; de una serie de movimientos sin primer motor.

Establece qne lo sobrenatural es imaginario, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo absoluto quimérico; que lo que no es visible, comensurable y tangible, es la pura nada; que no hay teología, metafísica, psicología, ni moral, y que lo único real y positivo, es la inmanencia intrínseca de las fuerzas de la naturaleza y la fatalidad de su imperio. Todas estas afirmaciones, son también otras tantas hipótesis.

El positivismo ni una sola palabra ha hecho brotar de sus labios para demostrar la verdad de esas afirmaciones, que llama sus principios.

Y en verdad que necesitaba presentar una demostración completa, para que la inteligencia humana se inclinara sumisa ante esas teorías.

El entendimiento del hombre, por la simple enunciación del positivismo, no puede admitir efecto sin causa, ley sin legislador, movimiento sin un motor absolutamente inmóvil.

Organizada para la verdad, más bien admite, sin esfuerzo y como verdades que llevan en sí la luz de la evidencia, que sin causa primera, ningún efecto podía contemplarse en el mundo; que sin una inteligencia infinita, no podría existir el orden en el universo; que sin una fuente de vida y de movimiento, nada podría moverse en el orden armonioso que se nota en la creación.

¿Qué vale ante la ciencia, un sistema filosófico, que rechazando la hipótesis, funda en hipótesis sus principios y sus teorías?

¿Qué valor tiene ante la ciencia, un sistema filosófico que tiene por base las hipótesis y las hipótesis absurdas, como las que él proclama de que todos los hechos son homogéneos y que el único criterio de verdad es el testimonio de los sentidos?

Admira que hombres de buen entendimiento y de honrada conciencia, acepten el positivismo, como la última palabra de la ciencia.

¡Y es la última palabra de la ciencia, el sistema que descansa en hipótesis gratuitas!

El positivismo adolece de un vicio radical bajo el punto de vista científico: este vicio es suponerlo todo y no demostrar nada.

La base de este sistema, como se ha visto ya, es la hipótesis gratuita y la hipótesis absurda.

No hay ciencia posible si ha de asentarse en principios hipotéticos que nunca se demuestran.

Pero no es este solo el vicio que inficiona á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escuela positivista, que la carcome en sus fundamentos y que muy pronto la ha de condenar, por consunción, á la más absoluta y completa esterilidad.

Ese otro vicio, no menos capital, es la contradicción científica, elevada, como dice el P. Félix, á su última potencia.

Como es hipotético en sus bases, es contradictorio en todos sus procedimientos.

Parte, agrega el sabio jesuita, de la hipótesis, y camina en medio de la contradicción.

El gran principio fundamental del positivismo, es proclamar en la ciencia el reinado de los hechos. Lo que no es un hecho sujeto á la observación y á la experiencia, está fuera de los dominios científicos.

Hay un hecho, el de la historia humana, que toda ella afirma lo sobrenatural.

Todos los pueblos del mundo, según enseña la historia, han reconocido la existencia de Dios.

Y la han creído en su parte más escogida: han tenido la idea de Dios, no sólo las tímidas mujeres, los niños, los pusilámines é ignorantes: la han abrigado en su pecho y la han propagado con su palabra, los hombres más valerosos, los más grandes naturalistas, los filósofos más eminentes y los poetas más inspirados.

Las tradiciones primitivas del linaje humano, que ha recogido la historia, conservan, aunque á veces desfigurada, la memoria de un Dios creador, que la humanidad ha guardado siempre en todos los pueblos y en todas las épocas.

Allí están de acuerdo la leyenda y la fábula, la religión y la mitología, proclamando, como un hecho, que la humanidad ha creído siempre en un Dios, en un ser infinito, personal y trascendente.

La oración y el sacrificio, según la historia, expresión clarísima de la existencia de un ser sobrehumano á quien se ruega y á quien se aplaca, se encuentran por todas partes en donde existe un ser dotado de razón, aunque esté sumido en la ignorancia y en la barbarie.

Estos son hechos: hechos palpitantes, hechos que se tocan, hechos que la historia ha ido recogiendo y que son para el hombre un tesoro de inmensa valía.

Y sin embargo, la escuela positivista, que sólo admite en su reino, que es el reino de la ciencia, hechos y sólo hechos, niega al Ser Supremo, adorado y creído por toda la humanidad, ó por lo me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos enseña que si ese Dios no es una hipótesis, es lo Incognoscible, de que la razón humana ni puede ni tiene que ocuparse.

Otro hecho palpitante y de todos conocido es que la inteligencia del hombre tiene idea de lo infinito, de lo absoluto.

Esto no admite duda, dice Augusto Nicolás, porque poseemos el nombre, y el nombre presupone infaliblemente la idea.

Tenemos la idea de cierta cosa infinita, en todas las condiciones del ser: infinito en duración, infinito en poder, infinito en toda clase de perfecciones.

A cada paso usamos los nombres *im-perfecto, des-ordenado, in-justo, im-potente*, lo cual da por sentado que las ideas que de las cosas tenemos, se derivan de la idea primera de una cosa absoluta en perfección, en orden, en justicia y en poderío.

Los nombres, *relativo*, *limitado* de que usamos á cada paso se refieren sin remedio á lo absoluto y á lo infinito.

No se concibe lo limitado, dice Fénélon, sino poniéndole un término, que es una pura negación de otra extensión mayor, como si dijéramos la privación ó ausencia de lo infinito.

Y no pudiéramos concebir la privación de lo infinito, si no se concibiese antes el infinito mismo, á la manera que no podemos formar idea de lo que es enfermedad, si no concibiéramos primero la salud.

Y no se diga que la idea que se tiene del *infinito*, no es otra que la del *indefinido*, y que por ella entendemos un objeto cuyos límites nos son desconocidos, pero que sin embargo, existen.

Esto no es verdad, y si lo fuera, nos bastaban los nombres *infinito* é *indefinido:* no acudiríamos á un tercer nombre, si no tuviéramos también una tercera idea.

Lejos de esto, la voz *indefinido*, hace más significativa y vigorosa la voz *infinito*, reservándola para expresar la idea de una cosa que no tiene fin, sea éste conocido ó desconocido, en una palabra, una cosa cuyo fin no existe.

Indefinido, aleja y suspende el límite; infinito, lo excluye totalmente.

Tal es el sentido propio y usual de esta palabra.

Es, pues, un hecho, que la inteligencia humana tiene idea de lo infinito y de lo absoluto.

¿Pero esta idea, pregunta Augusto Nicolás,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiene una realidad, de la clase que llaman objetiva ó es meramente una quimera? ¿Existe de positivo un ser que sea infinito en todo?

Bastaríame contestar, responde el gran filósofo cristiano, que fuera un absurdo decir que por una quimera medimos todas las realidades, ó sean todas las cualidades que atribuimos á las cosas.

Si la suprema perfección es una quimera, serán, sin remedio, quiméricos también todos los juicios que formemos sobre los diversos grados de perfección de las demás cosas, y todo desaparece ante una indiferencia completa ó una negación absoluta.

Pero puede presentarse, siguiendo á Augusto Nicolás, una demostración casi matemática.

Cuando tenemos idea de algún objeto, una de dos: ó la recibimos de la impresión que este objeto produce en nuestro espíritu y entonces la idea es verdadera, ó bien la forjamos á semejanza de otro objeto que nos la sugiera y entonces no es más que una imitación, una idea prestada y, por lo mismo, falsa.

De aquí concluyo, continúa Augusto Nicolás, que si existe una idea que no pueda habernos sido sugerida por algún objeto extraño, preciso es que

venga directa y necesariamente de su objeto propio, y que este objeto exista y sea verdadero.

Tal es la idea del infinito: solamente lo infinito puede representarse á sí mismo: si, pues, no existiera, no tendríamos su imagen en nuestra mente.

Si no tenemos á nuestro alcance otra cosa más que lo limitado, ¿cómo puede sacarse de ello la idea de lo infinito?

Esto es matemáticamente imposible, porque en lo menos nunca puede verse lo más: no pueden verse cien realidades en donde sólo hay cuarenta, porque entonces se verían sesenta que no existen, y la nada ni es visible, ni inteligible.

Bajo cualquier orden de ideas, lo limitado no puede ser el tipo generador de lo infinito.

Si, pues, la mente humana ve lo infinito, preciso es que ello exista en realidad.

Y sin embargo de ser esto un hecho evidente, que el hombre observa y experimenta en sí mismo, y que entra, de consiguiente, en el orden científico de la escuela positivista, ésta lo desconoce y lo niega.

Nueva contradicción, que demuestra una vez más lo que, ante la ciencia, vale el positivismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay otro hecho admirable y por todos conocido: el hecho de la conciencia, que lleva impreso el sello de la ley moral.

Hay en todos los hombres ideas morales.

Bueno, malo, lícito, ilícito, derecho, deber, obligación, culpa, responsabilidad, mérito, demérito, son palabras que emplea el ignorante como las emplea el sabio, en todos los tiempos y en todos los países.

Este es un lenguaje perfectamente entendido por todo el linaje humano, sean cuales fueren las diferencias en cuanto á la aplicación de lo que aquellas palabras significan, á casos especiales.

No cabe señalar un hecho más general que éste; no cabe designar un orden de ideas de que nos sea más imposible despojarnos; el hombre encuentra en sí propio tanta resistencia á prescindir del orden moral, como del mundo físico que percibe con los sentidos.

Por ignorante ó por sabio que se le suponga, ya sea que se encuentre en la degradación más profunda, desheredado de la luz y de la ciencia, ya sea que se le mire en las más altas cimas de la sabiduría, irradiando claridad y disipando las sombras, uno y otro lanzarán un anatema contra aquel que manche sus manos privando de la vida á la que le diera el ser, y ensalzarán con las frases más escogidas del lenguaje humano al que sacrifica su existencia por salvar á su patria y redimirla de vengonzosa servidumbre.

El hombre, por instinto, alaba y busca lo bueno, huye de lo malo y condena sin misericordia al que está hundido en el oscuro cieno de las degradaciones humanas.

Siempre ha habido moralidad.

Antes que hubiera escuelas filosóficas, existía ese sentimiento moral en los pueblos y en los individuos, como antes de que hubiera ciencias naturales la luz se difundía é inundaba al mundo.

Esa distinción entre la virtud y el vicio, nunca varía: no cede á los tiempos, ni se acomoda á los intereses particulares.

Cada uno de nosotros la trae escrita en el fondo de su conciencia privada, y todos juntos la traemos en la conciencia pública.

Ella es la que domina y regula así á las naciones como á los individuos, así á los siglos como á los días.

Los historiadores, de cualquiera país que sean, no tienen necesidad de caracterizar los hechos que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

refieren: bástelas exponerlos y abandonarlos á esa conciencia universal del género humano que ningún poder puede destruir, como dice Tácito, para que la posteridad unánime les otorgue la corona del aplauso ó imprima sobre ellas la marca infame del vituperio.

Ese instinto, esa regla, esa ley viva en nuestra alma, es como dice Cicerón, universal, invariable y eterna.

Nos enseña el bien, continúa el famoso orador de Roma, y nos aparta del mal; no puede ser derogada ni alterada; ni el pueblo ni el senado pueden dispensar á nadie de su obediencia; ella es intérprete de sí misma, y no es una en Roma y otra en Atenas, una hoy y otra mañana; ley inmutable y santa, que regirá en todos tiempos y en todas partes, y con ella el Dios que la ha hecho y sancionado, el Dios que es el Arbitro y el Soberano del universo.

Así hablaba un pagano: veía ese hecho admirable, universal y permanente en medio del mundo.

Lejos de negarlo, buscaba su origen y anunciaba su grandeza.

Y este hecho sujeto á la observación y á la experiencia, que todos palpan, que todos experimentan y que la historia de todos los siglos, maestra imparcial de la humanidad, consigna y refiere, la escuela positivista lo desprecia y lo niega.

La libertad de los actos humanos es, para Littré, una verdadera ilusión, y la historia de la humanidad es una evolución natural y necesaria, un desenvolvimiento determinado por las condiciones de la naturaleza cerebral del hombre y del modo de ser del mundo.

El origen y constitución de la moral procede, para Spencer, de las experiencias de utilidad realizadas, acumuladas y trasmitidas de padres á hijos, en relación con determinadas modificaciones nerviosas.

Ante estos principios de la escuela positivista, la libertad de los actos humanos, la ley moral que los gobierna y que, como toda ley, tiene que ser un ordenamiento de la razón, desaparecen por completo.

El hecho tangible de la existencia de esa ley moral que necesariamente supone el libre albedrío, ese hecho universal de todos los tiempos y de todos los países, como lo proclamaba Cicerón, no es admitido por la escuela positivista.

Espantosa contradicción: ella no admite como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fundamento y base de la ciencia, más que hechos, hechos que puedan someterse á la observación y á la experiencia, y niega, sin embargo, el hecho de la conciencia que lleva impreso el sello de la ley moral, de esa ley que resplandece en medio del mundo como un sol esplendente y vivificante, que ilumina las sendas por donde debe caminar la humanidad para no perderse en las sombras del vicio, en las escabrosas y oscuras sendas de la degradación moral.

Una escuela que tiene por solo fundamento la contradicción científica, que parte de la hipótesis y camina en medio de aquella contradicción, no puede reclamar para sí el glorioso título de fundadora de la ciencia.

El positivismo no sólo se contradice al proclamar en la ciencia el reinado de los hechos y desconocer, al mismo tiempo, el hecho de la historia que afirma lo sobrenatural; el hecho del pensamiento que conoce y percibe lo invisible; el hecho del pensamiento que afirma lo absoluto, y el hecho de la conciencia humana que lleva impreso el

sello de la ley moral muchas veces profanada, pero jamás, ni por nadie desconocida.

Incide en otra contradicción más radical y más profunda.

Elimina la metafísica del campo de la ciencia, y sin embargo, la supone, la admite como base de su grandioso sistema.

Por una parte, el positivismo descansa en la eliminación de la metafísica.

La metafísica, dice el P. Félix, inspira al positivista una repulsión aun más profunda que lo sobrenatural, porque el positivismo tiene, más que nada, horror á lo absoluto, y la metafísica vive de lo absoluto.

Y por otra parte, el positivismo acepta las matemáticas como la primera de sus bases, la primera de las ciencias que para él merece el honor, que á otras ha negado, de ocupar distinguido asiento en el recinto estrecho del mundo científico, que ha venido á crear con el soplo de su poderosa palabra.

¡Eliminar la metafísica y aceptar las matemáticas!

Contradicción sin nombre; absurdo que el entendimiento no concibe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La certeza de las verdades íntimamente ligadas con la experiencia, cuales son las aritméticas y geométricas, no se apoya en la inducción.

La comprobación de las ideas por los hechos, dice Balmes, es imposible en muchos casos, pues que la debilidad de nuestra percepción y de nuestros sentidos, y lo grosero de los instrumentos que empleamos, nos impiden asegurarnos con toda exactitud, de la correspondencia de los hechos con las ideas.

A veces, la imposibilidad para hacer esta prueba, es absoluta, á causa de que la verdad geométrica supone condiciones que en la práctica no podemos realizar.

Apliquemos estas observaciones, dice el mismo filósofo, á las más sencillas verdades de la geometría.

No habrá ciertamente quien ponga en duda la solidez de la prueba que se llama de superposición: es decir, que si dos líneas ó dos superficies, puesta la una sobre la otra, se confunden exactamente, serán iguales.

Esta verdad es elemental, es evidente en geometría.

Su exactitud indiscutible, ¿procede, por ventura, de la experiencia?

Jamás lo podría demostrar el más fervoroso positivista.

La experiencia está reducida á algunos casos. la inducción que resultase se limitaría á un cierto número de hechos; número que, aun admitiéndose tan crecido como podría darle la experiencia de todos los hombres de todos los siglos, distaría infinitamente de la universalidad, que se extiende á todo lo posible.

La experiencia podría acreditarnos que en los casi infinitos casos por ella observados, dos superficies que se han confundido exactamente, han resultado iguales; pero esta afirmación dista infinitamente de esta otra: dos superficies que se confunden, son iguales.

Aquí aparece lo universal, lo absoluto: aquí se descubre un principio general, independiente de la experiencia; pues no de otro modo se podría deducir lo universal de lo particular, sino reconociendo una necesidad intrínseca en aquella verdad: aquí parece la metafísica.

Y aunque la experiencia pudiese valer para fundar la exactitud de ese principio geométrico,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es imposible hacerla exacta: la superposición hecha del modo más delicado que imaginarse pueda, no llegará jamás á la exactitud geométrica, que en ningún punto consiente la diferencia más pequeña.

Es un teorema elemental, el que los tres ángulos de un triángulo equivalen á dos rectos.

Esta verdad no puede depender de la experiencia, primero, porque de lo particular no puede deducirse lo universal; segundo, porque toda la delicadeza de los instrumentos para medir los ángulos no llegaría á la exactitud geométrica, y tercero, porque la geometría supone condiciones irrealizables para nosotros en la práctica: las líneas sin grueso, y los vértices sin ángulos, puntos indivisibles.

Si estas verdades geométricas, como otras muchas de las ciencias matemáticas dependieran de la experiencia, dejarían de ser principios generales, se limitarían á un cierto número de casos.

La enunciación tampoco podría ser absoluta, ni aun para los casos observados; porque sería menester ceñirse á lo observado, es decir, á un poco más ó menos que jamás llegaría á perfecta exactitud. Así, no podría afirmarse que en *todo* triángulo los tres ángulos equivalen á dos rectos,

se debería decir: en todos los triángulos, sobre los cuales se ha podido hacer la experiencia, se ha observado que los tres ángulos valen dos rectos, á poca diferencia.

No es así como las matemáticas consagran y proclaman sus grandes y luminosos principios.

Sus afirmaciones son absolutas: dos círculos de diámetros iguales, son iguales: los tres ángulos de un triángulo equivalen á dos rectos: los ángulos opuestos al vértice son iguales.

Las verdades matemáticas son absolutas: las matemáticas, puede decirse, que son el reino del absoluto: es el reino de la metafísica.

El positivismo admite las matemáticas: admite lo absoluto, lo universal, lo necesario.

Y condena la metafísica.

¡Qué contradicción!

No se conforma la escuela positivista, con proclamar el reinado de los hechos y desconocer los hechos más luminosos, si puede decirse así, como es el hecho de la historia que afirma lo sobrenatural, el hecho del pensamiento que percibe y conoce lo invisible, el hecho de la inteligencia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reconoce lo absoluto y el hecho de la conciencia que lleva el sello de la ley moral.

No se conforma con eliminar á la metafísica del campo de la ciencia, y admitir en él la ley matemática que tiene como base inconmovible la metafísica.

Todavía incide en otra contradicción que es también inconcebible.

Los hombres del positivismo, se llaman ellos mismos los hombres de la ciencia, los hombres que vienen á fundar el edificio de la sabiduría, que vienen á establecer lo inmutable, que es la ciencia.

Y estos mismos hombres, que tan grandiosa empresa acometen, comienzan por desconocer y proscribir lo absoluto.

Si la metafísica les causa horror y verdadero espanto, es porque ella es realmente la ciencia de lo absoluto.

La ciencia sin lo absoluto, no se concibe.

No hay ciencia posible sin raciocinio y el raciocinio no se concibe sin lo absoluto.

La conciencia nos da testimonio de esta verdad: *yo pienso*.

Si aquí se detiene la actividad humana, si el

hombre no conoce más que los hechos que observa y experimenta, no podría dar un paso más.

Pero si el hombre á esta verdad que experimenta: *yo pienso*, agrega esta otra: *lo que piensa existe*, puede sacar de la verdad experimental de su pensamiento, la verdad evidente de su existencia.

Para formar este raciocinio tan sencillo, ha sido necesario que á esta verdad: *yo pienso*, estéril por sí sola, venga á fecundizarla esta otra: *lo que piensa existe*, que es una verdad absoluta, ideal y fecunda.

Y es que en el orden de nuestros conocimientos hay dos clases de verdades: las reales y las ideales.

Las primeras son las que expresan un hecho ó una cosa existente: *el volumen de la tierra es mayor que el de la luna*: esta es una verdad real, porque expresa un hecho.

Las segundas son las que expresan la relación de las ideas prescindiendo de la realidad: *tres más cinco es igual á ocho*: esta es una verdad ideal, porque no se dice que existan tres ni cinco, ni ocho y sólo se afirma la relación de igualdad de tres más cinco es igual á ocho.

En nuestros conocimientos, entra una parte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puramente ideal y otra real: la primera comprende todos los principios intrínsecamente necesarios; la segunda, las proposiciones atestiguadas por la experiencia.

Sin lo primero, no podríamos generalizar y careceríamos de ciencia propiamente dicha.

Todos nuestros conocimientos se reducirían á un conjunto de hechos atestiguados por la experiencia sin enlace ninguno y dotados de una espantosa y desesperante esterilidad.

De un hecho, no puede deducirse otro hecho.

Para esa deducción, como se ha visto en el ejemplo antes citado, sería preciso aplicar una verdad del orden ideal.

Sin lo segundo, nuestra ciencia no tendría aplicación, sería á su vez una estéril combinación de ideas. ¿Qué adelanto con saber que es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo?

Imaginémonos, dice Balmes, un espíritu que poseyese toda la ciencia geométrica sin saber que existe algo extenso, su conocimiento sería puramente ideal; pero si por la observación llegara á conocer que existen seres extensos, aplicaría á estos la geometría, entrando así en las ciencias naturales.

De aquí se infiere, concluye el profundo filósofo español, que en nosotros hay dos órdenes de conocimientos: unos puramente ideales, otros reales; que los primeros forman una verdadera ciencia, pero estéril para la realidad; y que los otros, son un conjunto de observaciones que por sí solos no constituirían ciencia. La unión y combinación de estos dos elementos engendra la ciencia, positiva, útil, en el orden moral, metafísico y físico.

La escuela positivista, al eliminar lo absoluto, condena á la ciencia á una esterilidad completa.

Son los positivistas los fundadores de la ciencia: y sin embargo, eliminando lo absoluto, condenan la ciencia, cuya base consiste en las relaciones necesarias que unen las conclusiones ciertas con los principios evidentes.

Pero, como si el positivismo hubiera querido demostrar que es una pura contradicción ó más bien la contradicción encarnada, todavía incurre en otra no menos desconsoladora y lamentable.

Afirma á cada paso que él no se ocupa en modo alguno de los grandes problemas, á saber, de Dios, del alma humana, de las causas finales y de la inmortalidad de la vida.

Su solución sobre estos grandes problemas es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no tener ninguna. Nada dice sobre ellos: ni afirma ni niega: deja al hombre en libertad absoluta.

Estas cuestiones no las trata, las borra como supérfluas, del programa de la ciencia.

Esto es lo que él dice que enseña, lo que él dice que constituye una de las partes fundamentales de su doctrina.

Y sin embargo, cuando se viene á la aplicación, como lo observa el P. Félix, en todos los libros del positivismo hay una cosa que salta á los ojos y es que todas esas cuestiones que se proponía no tratar y que parece que no quería ni siquiera tocarlas con la punta del dedo, las decide y las resuelve con un aplomo y una seguridad que os dejan absorto por más de un motivo.

Y así llama al espíritu ó al alma humana un *conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal* y afirma que deben *eliminarse* de una manera definitiva *todas las voluntades sobrenaturales* conocidas con el nombre *de Dios ó de la Providencia* y enseña que es *inherente á la materia organizada la propiedad de ajustarse á un determinado objeto*, de acomodarse á ciertos fines y proclama, en fin, que no se *puede explicar*

el origen del mundo ni *por medio de muchos dioses, ni por medio de uno solo.*

Nada sabe de esos problemas y así los resuelve.

Ultima contradicción que pone de manifiesto lo que el positivismo vale ante la ciencia.

Hemos visto en el positivismo dos cosas que son esencialmente anticientíficas, la hipótesis gratuita y la contradicción universal.

Considerados en absoluto esos dos vicios, dice el P. Félix, que alcanzan á todo el sistema y lo condenan á la impotencia, podrían muy bien no afectar, sino al método; y por eso, para ultimar el proceso de esa escuela ante la ciencia, es necesario convencerlo de falsedad absoluta en sus afirmaciones radicales.

El afirma, como se ha visto, que son hipótesis gratuitas, Dios, el alma, lo ideal, lo absoluto, lo infinito, la ley moral que rige y gobierna la conciencia.

La humanidad, á sus ojos, no tiene que volver sus miradas al cielo.

Cautiva y deshonrada, debe sólo fijarlas en la tierra, con un compás en una mano y con una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

balanza en la otra, midiendo la extensión y pesando la materia; encerrada para siempre en el círculo fatal que forman en derredor suyo, hambrienta de lo infinito, las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología.

Las generaciones todas se levantan contra esos delirios de la razón, enferma de orgullo, que pretende, como el ángel del mal, levantar su trono sobre el trono del Altísimo.

Todos los pueblos de la tierra han reconocido la existencia de un Ser Supremo, sobrehumano, al que han rendido culto.

Los diferentes dioses que adoraban y la diversa manera con que les rendían culto, lejos de ser un argumento contra la existencia de Dios, es una invencible demostración de ella misma, porque en el fondo se descubre que el género humano reconocía y adoraba á un Ser Supremo, á una divinidad.

Los hombres más ilustres del mundo antiguo, se distinguían precisamente por el fondo de religión que resplandecía en su vida.

Epaminondas, libertador de su patria, era reputado en su tiempo por el más religioso de los

hombres; Xenofonte, guerrero filósofo, era modelo de piedad; Alejandro, eterno ejemplar de los conquistadores, se llamaba hijo de Júpiter: entre los Romanos, los antiguos cónsules de la república, Cincinato, Fabio, Papirio Cursor, Paulo Emilio, Scipión, no ponían su esperanza más que en la divinidad del Capitolio; Pompeyo marchaba á los combates, invocando la asistencia divina; César quería descender de una raza celeste; Bruto, su asesino, creía en las potencias sobrenaturales y Augusto, su sucesor, no reinó más que en nombre de los dioses.

Por todas partes se descubren los vestigios de la existencia de un Ser Supremo: en los escritos de los filósofos, en los cantos de los poetas, en las aras y en los altares, en los ritos sagrados, en los días de fiesta.

Entre tantas y tan distintas religiones, decía Voltaire, ninguna ha dejado de tener como objeto principal la expiación.

La primera consecuencia de este hecho, agrega Augusto Nicolás, es que todas las religiones proclaman que el género humano *peca* contra Dios.

Y esta creencia del pecado, es Voltaire quien lo asegura, se encuentra en todos los pueblos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En todos los pueblos, por lo mismo, antiguos y modernos, ha existido la creencia en la Divinidad.

Y esta creencia universal no puede tener por causa, *ni la educación* ni las *preocupaciones*, porque estas se mudan y se cambian; ni el *engaño de los sentidos*, porque el ejercicio de éstos no se concibe sin objeto sensible; ni el *fraude y la conspiración de los hombres*, porque entonces aquella creencia no se encontraría en todas partes, como se encuentra aún entre los bárbaros que viven fuera de sociedad; ni la *ignorancia* tampoco, porque, como lo atestigua la historia, la persuación en la existencia de un Ser Supremo, crece á medida que la verdadera ciencia crece y avanza.

Y así como la humanidad ha guardado siempre, en el fondo de su ser, esa creencia dulce y consoladora, así ha crecido también en el alma y en la vida futura.

"Es necesario, decía Platon, creer á los legisladores y á las *tradiciones antiguas*, y particularmente por lo que respecta al alma, cuando nos dicen que es cosa enteramente distinta del cuerpo, y que es lo que cada uno llama Yo: que el cuerpo no es más que su sombra que la sigue: que

este Yo del hombre es positivamente inmortal: que es lo mismo que llamamos alma; y que ha de dar cuenta de sus acciones á los Dioses, según lo enseñan las leyes patrias, creencia tan consoladora para el justo, como terrible para el perverso. No creais que esta masa de carne que enterramos por acá, sea el *hombre*, y sabed que este hijo, este hermano, á quien creemos dar sepultura, ha pasado á otra región después de haber cumplido en ésta lo que aquí tenía que hacer. Esto es lo cierto, aunque la prueba de ello exigiría los más grandes discursos, y es menester creerlo bajo la *palabra de los legisladores y de las tradiciones antiguas, como no hayamos perdido enteramente el juicio.*"

Y la humanidad entera, ha creído, por lo mismo, en lo infinito, en lo absoluto, en la causa primera y en las causas finales.

No es posible que la humanidad se haya engañado.

La persuación que ha tenido de todas estas verdades, que se ha hecho más firme á medida que más se ha profundizado en su examen, que ha crecido con la suavidad de las costumbres y la cultura de los ingenios, y que se ha confirmado con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la palabra de los hombres más esclarecidos que han existido en el mundo, tiene sus raíces en la misma naturaleza de la razón, y tiene, por lo mismo, que ser invariable y verdadera.

Claro es, en consecuencia, que las afirmaciones del positivismo están desmentidas por la humanidad, y son falsas, en consecuencia.

Para que no fuera así, para que pudiéramos glorificar á una filosofía que hasta ahora no ha conquistado otra celebridad, sino la de la audacia y la exentricidad, tendríamos que acusar de falsedad á todos los hombres y á todos los pueblos que han proclamado y proclaman que el mundo tiene una causa primera y un objeto final distinto de sí propio; á todos los hombres y á todos los pueblos que han creído que más allá de la naturaleza y de sus leyes hay realidades superiores á este mundo inferior; á todos los genios metafísicos de primer orden, como Platón y San Agustin, Aristóteles y San Anselmo, Descartes y Santo Tomás, Leibniz y Mallebranche, que han creído con toda la energía de sus convicciones, que la metafísica no descanza en hipótesis ni en quimeras; á todos los que han creído en la realidad del alma humana, y que han basado sobre la inmaterialidad de nuestro ser pensador, esa noble é ilustre ciencia que se llama psicología, y cuyas glorias son seculares; á todos los moralistas antiguos y modernos que han admitido en el hombre el imperio de la conciencia, independiente del imperio de la materia, y como reguladora de ese imperio interior una moral que nada tiene de común con las leyes de la fisiología, y que es superior á la que procede de un instinto animal.

Imposible sería acometer tal empresa.

Acusar de falsedad al género humano y reconocer que sólo el grupo reducido de positivistas profesa la verdad en toda su pureza, sería caer en el *régimen* de la locura, que será sin duda el *cuarto régimen* y quizá la última etapa de la escuela positivista.

Hipótesis gratuitas, contradicción científica, falsedad en sus afirmaciones radicales; he aquí el carácter de un sistema que hoy domina á muchas inteligencias y que impera casi exclusivamente en las escuelas oficiales.

Ni la índole de nuestra publicación, ni el objeto con que hemos estudiado los principios de la escuela positivista, nos han permitido hacer un análisis más detenido de ese sistema, que tanto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fascina y tanto corrompe en los tiempos actuales.

Los ligeros apuntamientos que hemos hecho bastan, sin embargo, para conocer lo que vale la negación contemporánea y para poder levantar enfrente de ella las pruebas de la divinidad de Jesucristo, que sirven de fundamento á la verdad del Misterio Eucarístico.

Réstanos sólo, y lo haremos en el próximo artículo, exponer el valor científico del sistema de Spencer que á tantos hombres de inteligencia seduce y cautiva.

EL SISTEMA DE SPENCER ANTE LA VERDAD.

El sistema de Spencer es impío. Spencer hace mofa de la religión y la censura: primero, porque enseña el dogma de la creación, [1] segundo, porque ha revestido con falsos dogmas la fe en un principio supremo, fe que la ciencia ha refutado y destruido en el curso del tiempo, y tercero, por-

1 Los Primeros Principios, cap. II, nú n. 11, Biología, 3ª parte, cap. II, pág. 403.

que no ha llenado su misión, mostrándose más ó menos irreligiosa. [1]

Estas cosas y otras muchas que el escritor inglés inconsideradamente asienta, con especialidad en el cap. V de sus Primeros Principios, si se aplican á la religión divinamente revelada, como por él se aplican sin duda alguna, están á toda luz llenas de impiedad. Y no es de extrañarse proceder tan impío, cuando el mismo Spencer desconocía la misma religión natural.

En la obra citada, enseña que por creencia religiosa debe entenderse *una teoría a priori acerca del Universo.*

Y no vaciló en proclamar que hay más verdadera religión en sostener que nuestra existencia y la de todos los seres son misterios superiores eterna y absolutamente á la inteligencia humana, que la que se encuentra en todos los libros escritos sobre teología dogmática.

El sistema de Spencer es ateo, ya porque no admite á un Dios personal é infinito, [2] ya porque en realidad no reconoce á otro dios que al dios de los panteistas.

1 Los Primeros Principios, cap. II, núm. 14.
2 Obra citada, pág. 95.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El sistema de Spencer es realmente el sistema panteista.

Admite, es verdad, la existencia de cierto supremo ente que llama el Incognoscible por quien se han hecho todas las cosas; [1] pero no lo reconoce como la causa eficiente del mundo y de las cosas que en el mundo se hallan.

En efecto, enseña que pueden hacerse tres hipótesis acerca del origen del universo: que exista por sí mismo; que se haya creado por sí mismo; que haya sido creado por alguna causa externa: á la primera le llama ateismo, á la segunda panteismo y á la tercera teismo, y las tres son por él sin piedad rechazadas. [2]

Excluye é impugna la creación de los vivientes y en lugar de la creación elige y defiende el sistema de la evolución.

Además, en su concepto, el calor, la luz, las afinidades químicas, los afectos, las sensaciones y los pensamientos son modalidades ó modificaciones del Incognoscible. [3]

Ante estas afirmaciones puede concluirse que

1 Obra citada, núm. 31.
2 Obra citada, núm. 11.
3 Obra citada, núm. 71.

el sistema de Spencer es un sistema de evolución netamente panteista.

El sistema de Spencer está inficionado de positivismo materialista: este es como el alma que informa la doctrina toda de este filósofo.

Establece, en efecto, como primer principio, que nuestro entendimiento nada conoce fuera de los fenómenos sujetos á la experiencia, y que nos son enteramente desconocidas, no sólo las sustancias de las cosas y su realidad latente en ellas, sino nuestra propia personalidad. [1]

Para dar razón de los fenómenos del mundo, niega que se requiera otra cosa más que la materia, la luz y el calor solar, debiendo, en consecuencia, desecharse cualquiera alma, vegetativa, sensitiva ó racional distinta de las fuerzas de la naturaleza, porque estas mismas fuerzas que producen los fenómenos de luz, de calor, de electridad y otros, deben tenerse como el principio de la vegetación, de la sensación, de la intelección, de las voliciones, en una palabra, de toda la vida individual y social.

A juicio de Spencer, todos los vivientes y todo el género humano, con sus operaciones intelec-

1 Principios de Psicología, tom. 1º, núm. 589.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuales, morales y sociales, con todas sus ciencias, artes é historia, es una cierta colección de máquinas que se gobiernan por la sola fuerza de la naturaleza. Nada puede pensarse, ni decirse por el materialismo, que sea más absurdo y más degradante.

No debe olvidarse que según las doctrinas de este filósofo, la razón del hombre no se distingue del instinto del bruto, sino porque aquella está enriquecida de mayor número de experiencias; [1] que el alma humana carece de libertad [2] y que los pensamientos y las afecciones del espíritu se producen de la misma manera que los sonidos en un instrumento músico.

Este sistema filosófico, que más bien pudiera llamarse el delirio de una alma enferma, tan impío, tan ateista en su fondo y tan impregnado del grosero positivismo materialista, es el que hoy impera, casi exclusivamente en las escuelas oficiales del mundo moderno, el que seduce y fascina á muchos hombres honrados é inteligentes y el que arrastra á sus abismos á la juventud estudiosa, hambrienta siempre de verdad y de luz.

1 Obra citada, núm. 219.
2 Psicología, núm. 206.

Su simple exposición, y á grandes rasgos, como lo hemos hecho en este artículo, basta para condenarlo ante la verdad y ante la razón.

El no es la verdad, no es la luz, no es la ciencia.

Por más que sus defensores lo ensalcen, no es en el fondo más que un materialismo con todas sus asperezas y todos sus absurdos.

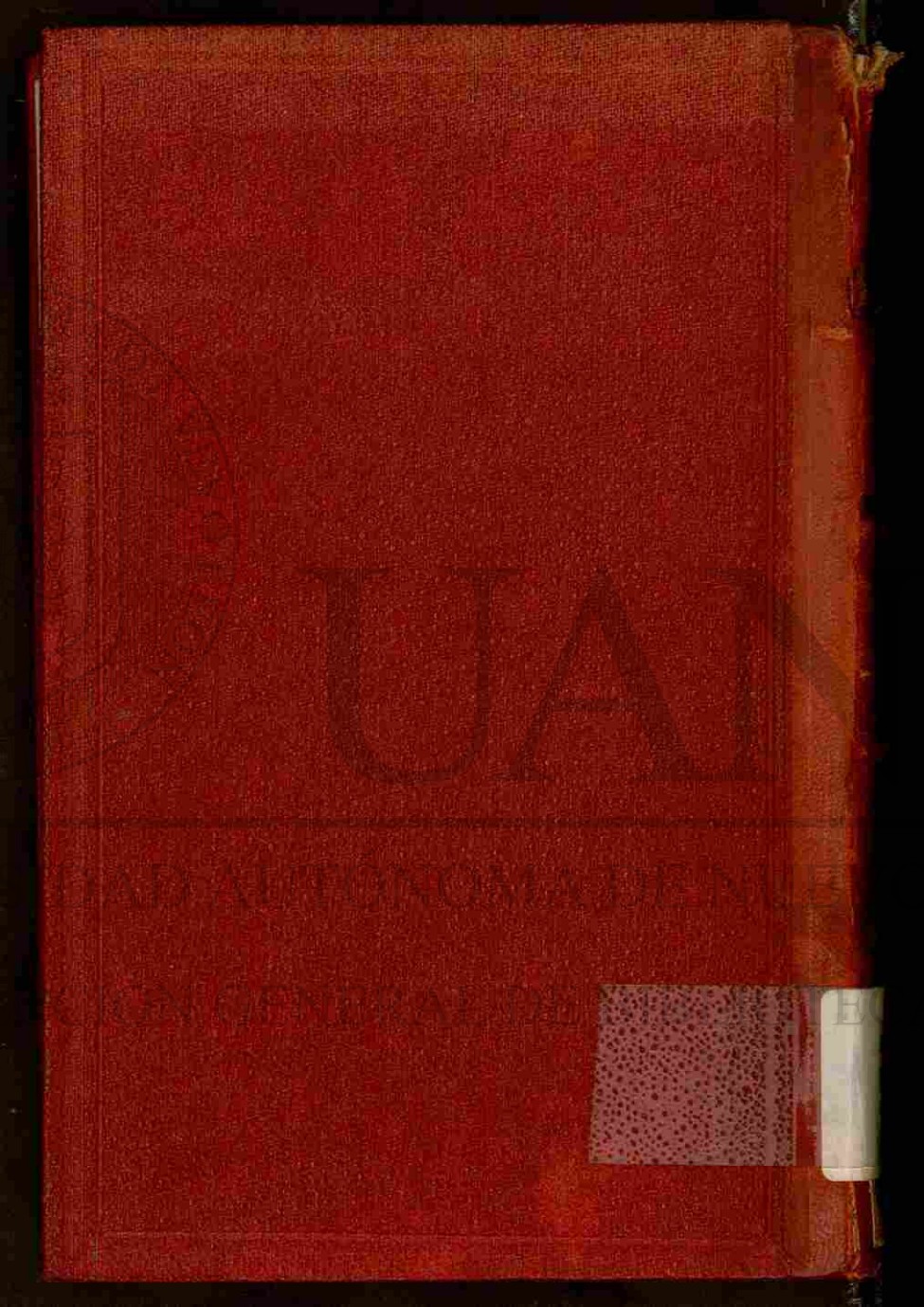
Es una nueva fase de la negación racionalista.

Con su breve exposición demos término á esta serie de artículos áridos por su naturaleza, pero que nos hacen conocer el medio en que tenemos que presentar las pruebas de la divinidad de Jesucristo, que son apasible luz para el entendimiento, consuelo dulcísimo para el alma.

Comenzaremos esta gratísima tarea, con la ayuda del Señor, al comenzar el segundo año de nuestra humilde publicación.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


UAN
D AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN GENERAL DE